

INDICE

Página

LA ASISTENCIA SOCIAL

PRINCIPIOS DE REHABILITACION INDIVIDUAL Y COLECTIVA...	3
---	----------

CAPITULO 1

PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA INDIVIDUAL Y COLECTIVA	13
Comportamiento individual.....	17
El terror	17
La angustia.....	18
La desesperación.....	21
Comportamiento colectivo.....	24
El pánico	25
El incivismo.....	26
Evolución temporal del impacto psicológico producido por una catástrofe.....	28
Evolución espacial.....	30
Evolución temporal.....	33

CAPITULO 2

ATENCION A ENFERMOS, IMPEDIDOS, ANCIANOS Y NIÑOS.....	59
Enfermos.....	62
Recluidos en sus casas, hospitales, sanatorios, clínicas o en la calle (enfermos crónicos).....	63
Asistencia social durante la evacuación.....	67
Asistencia social en el albergue.....	70
Impedidos.....	72
Recluidos en sus casas, hospitales, sanatorios, clínicas o en la calle.....	74
Asistencia social durante la evacuación.....	78
Asistencia social en el albergue.....	80
Ancianos.....	80
En casa, asilos o en la calle.....	83
Asistencia social durante la evacuación.....	85
Asistencia social en el albergue.....	86
Niños.....	88
En casa, en el colegio o en la calle.....	89
Asistencia social durante la evacuación.....	93
Asistencia en el albergue.....	95

CAPITULO 3

LUCHA CONTRA SITUACIONES DE PANICO INDIVIDUAL Y COLECTIVO.....	99
Pánico individual.....	104
Pánico colectivo.....	108

CAPITULO 4

ENTRENAMIENTO PARA ADULTOS Y NIÑOS.....	115
Para adultos.....	116
Grupos críticos.....	119
Adultos no pertenecientes a grupos críticos.....	123
Entrenamiento para niños.....	124

CAPITULO 5

COMPETICIONES RECREATIVAS.....	127
---------------------------------------	------------

**PRINCIPIOS DE REHABILITACION
INDIVIDUAL Y COLECTIVA**

PRINCIPIOS DE REHABILITACION INDIVIDUAL Y COLECTIVA

El terror ante una situación catastrófica es tan antiguo como la humanidad. Ya nuestros antepasados, en los tiempos prehistóricos, hubieron de luchar contra las consecuencias de los desastres, por entonces tan sólo naturales; de igual manera, hoy seguimos haciéndolo, intentando comprender, además, el origen de los mismos, para, de alguna forma, evitar sus efectos.

Hoy como ayer, nuestras reacciones son similares. Un comportamiento intuitivo, si la catástrofe se nos presenta de improviso y un comportamiento reflexivo cuando, pasada tal situación y en consonancia con nuestro instinto de conservación, aplicamos nuestra potencia intelectual para "apacar" las causas que la originaron.

El primer comportamiento, el de origen animal, no ha cambiado en los milenios que el hombre lleva sobre la tierra. Como expusimos en el volumen de Auto-protección de estos Coloquios, nuestra reacción ha sido siempre la misma: huir o luchar. Nuestro organismo, ante la presencia de un peligro o ante la presunción de un riesgo, se prepara para una de esas dos opciones.

El segundo comportamiento está relacionado con la cultura que, en cada momento y a lo largo de su presencia en la Tierra, ha tenido la sociedad en la que el hombre ha desarrollado su vida. Los mitos, las leyendas, la religión..., y, últimamente (*), las ciencias de la naturaleza, han sido los elementos utilizados para neutralizar los efectos de las catástrofes.

(*) Por "últimamente" no ha de entenderse en los últimos años, sino desde el momento en el que la humanidad dio carácter natural a lo que creía que era obra de seres superiores. Es decir, cuando empezó a comprender las leyes inmutables de la naturaleza.

¿Quién no medita con profundidad y asombro ante la gran cantidad de fetiches, ídolos, ornamentos... que utilizaban nuestros ancestros para aplacar la ira de los dioses, a fin de que no hubiese sequía? ¿Quién no se imagina los sacrificios cruentos para complacer a los inmortales con la sangre de las víctimas, a cambio de que no temblase la tierra? ¿Quién no ha sorprendido a alguien hacer señales externas de carácter religioso o murmurar una jaculatoria cuando el trueno llena con su sonido nuestro espacio?

Y aún hoy en día, como una especie de involucionismo hacia el pasado, oímos de grupos de personas que se reúnen, como en los antiguos aquelarres, para conjurar las fuerzas del bien o del mal, según el carácter de aquéllas, contra los poderes de la naturaleza.

Si algún día Protección Civil tuviera que buscar sus propias raíces, llegaría a identificarse con aquellos brujos que, sonajas en mano, plumas en la frente y saltos rituales, ahuyentaban los espíritus malignos que atraían la maldición y el desastre a sus tribus, de igual manera que, en un rasgo de inteligencia preverían (¡no olvidemos que proteger, en protección civil, es prevenir!) las catástrofes mediante sacrificios sangrientos.

En algún tema anterior, ya comentamos los sucesos naturales que perjudican al hombre: el rayo, la inundación, el incendio... En algunas culturas civilizadas y como reminiscencia de su pasado, se siguen denominando hoy en día, "actos de Dios".

A medida que los hombres fueron descubriendo las leyes que regían los comportamientos de los diversos elementos que constituyen su medio vital, la razón despejó las nieblas del misterio y se empezaron a tomar medidas preventivas. No hacía falta danzar alrededor del "totem" del poblado para alejar la amenaza de incendio por rayo; bastaba con no poner árboles elevados dentro del recinto habitado y un cortafuegos entre éste y el bosque cercano. Tampoco hacía falta el incesante redoble del tam-tam, si se hacían pozos adecuados en la tierra, que almacenasen el agua que escaseaba en épocas del año propicias a anticiclones. Haciendo los puntales de las casas más firmes, el viento no se las llevaba, independientemente de que hubiésemos encendido una vela a los dioses del mal.

Pero esa misma inteligencia que ha sabido combatir la violencia de los elementos naturales y alcanzar una razonable protección frente a los mismos, ha introducido en su entorno otros elementos que pueden producir, y de hecho producen, situaciones de peligro más terribles que aquellas que se derivan de la propia naturaleza. Bien es cierto que esos elementos llevan aparejado un bienestar superior, y es de seres inteligentes, intentar y conseguir que los beneficios que de ellos se obtienen, sean superiores a los peligros inherentes.

Hay, no obstante, un caso en el que la justificación no es tan clara y parece contradecir la capacidad de la inteligencia para ser útil al hombre. Es el de aquellos elementos utilizados por los hombres para la destrucción de otros hombres.

Solamente en una extrapolación del sentido de la supervivencia y del egoísmo

personal, puede encontrar justificación lo injustificable, pues la naturaleza ofrece por sí misma recursos suficientes para garantizar a todos los que habitan en ella, un nivel adecuado de calidad de vida. Sólo la cultura actual puede explicar estos hechos.

La electricidad, por ejemplo, es buena, pero peligrosa. Como produce mayor bien que mal, es aceptada por la sociedad. Pero para hacerla más ventajosa el hombre trata de incrementar la parte buena y minimizar la mala. Antes, de vez en cuando, oíamos de personas electrocutadas en sus hogares a causa de los electrodomésticos que tenían. Hoy en día gracias a las previsiones técnicas, como son un mejor diseño de los aparatos y de su instalación, y las físicas, que incluyen el conocimiento de los riesgos asociados a la electricidad, los accidentes se han reducido drásticamente hasta alcanzar niveles que ya no preocupan a la población.

A lo largo de este tema iremos comprendiendo cuál es el comportamiento humano ante un peligro, cuando se está dentro de él, y en caso de haberlo podido sobrevivir.

¿Por qué nos interesa todo esto?

Para contestar a esta pregunta tenemos que dar un rodeo. En Protección Civil pueden distinguirse dos grupos de actuaciones que, si bien tienen la misma finalidad: proteger a los ciudadanos en caso de catástrofe, siniestro o calamidad pública, los medios para conseguirlo son distintos. Podemos identificar estos grupos de forma alegórica, como el cerebro y el corazón de protección civil. Protección Civil no existiría sin la existencia de los dos conjuntamente. Los que pertenecen al primer grupo (los del cerebro), estudian, analizan, investigan, escriben..., es decir, utilizan a pleno rendimiento sus neuronas para conseguir unos planes de actuación en emergencia que eviten toda improvisación; que implanten una prevención a ultranza; que obtengan la operatividad óptima en caso de catástrofe; y que la recuperación, tras el luctuoso acontecimiento, se realice con eficacia y prontitud.

Los que componen el otro grupo (los del corazón) son los que se adiestran y entrenan en el manejo de los medios y en las técnicas de socorro, rescate y salvamento, para que aplicando los criterios, normas y procedimientos dados por el otro grupo en sus planes de emergencia, se consiga el fin último: la protección al ciudadano.

Es pues este último grupo el que está en contacto directo con los individuos que, aislada o colectivamente, necesitan ayuda. Y así, como ya dijimos en el volumen *Conocimientos Generales de Protección Civil*, de estos coloquios: "para hacer frente a un peligro, nada mejor que conocerlo", podemos volver a repetir lo dicho, afirmando que para proteger a una persona, nada mejor que conocerla.

Conocer no sólo su estado físico, que es importante para proteger su salud y vida, sino su estado psíquico para curar las lacras que seguramente dañen su mente.

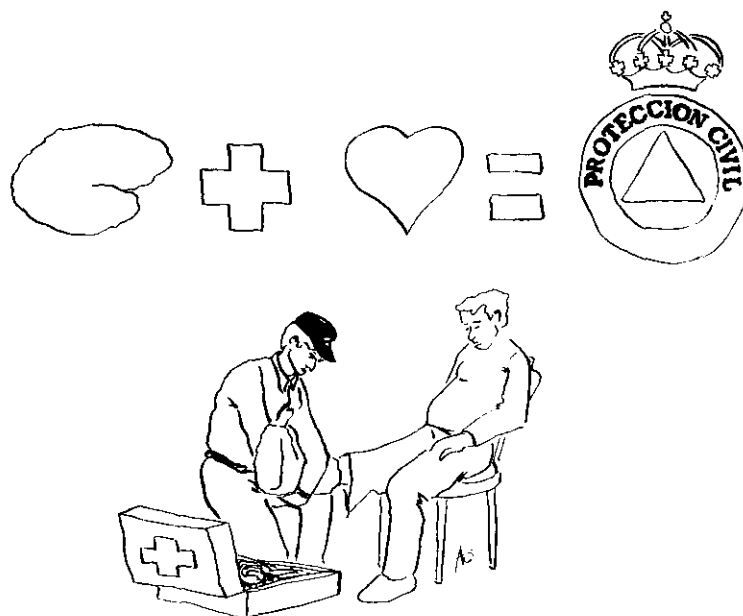


FIG. 1. CEREBRO Y CORAZÓN: CONOCIMIENTO Y VOLUNTAD. RESULTADO: PROTECCION CIVIL.

Algunos autores, recordando quizá las fábulas de la antigüedad, denominan a las personas que pertenecemos a ese corazón de protección civil, con el extraño y sorprendente sustantivo de "patos". ¿Por qué? nos preguntaríamos. Dice un fabulista que un pato es el ser más completo de la naturaleza. En efecto, puede moverse en cualquiera de los tres elementos vitales que constituyen nuestro ecosistema: agua, aire y tierra.

- El pato no nada como un pez... pero nada.
- El pato no vuela como un pájaro... pero vuela.
- El pato no anda como un humano... pero anda (*).

Podemos decir análogamente:

- Nosotros no sofocamos un incendio como los bomberos... pero lo sofocamos.
- Nosotros no sanamos como un médico... pero sanamos.
- Nosotros no consolamos como un psicólogo... pero consolamos.

De aquí que sin ser médico, bombero o psicólogo podamos, en caso necesario, suplir mínimamente sus funciones específicas.

(*) Este pasaje está tomado de una de las fábulas del canario don Tomás de Iriarte (1750-1791), titulada "El pato y la serpiente". La serpiente seguramente no estará de acuerdo con lo que decimos, ya que su opinión era "no entender de todo sino ser diestro en algo".

Creemos que ya hemos contestado a la pregunta que formulamos anteriormente. Nos interesa el comportamiento humano en una emergencia porque, en primer lugar, somos seres humanos y en segundo lugar hemos de tratar con seres humanos. Y de la perfecta simbiosis entre una persona que necesita ser ayudada y de otra que proporciona ayuda, se consigue el fin deseado.

En temas anteriores hemos tratado ampliamente de cómo hacer frente a una agresión natural o provocada (inundación, terremoto, alud, incendio, contaminación, naufragio, accidente de circulación, transporte de mercancías peligrosas, etc.) y de cómo atender a las víctimas en las diferentes fases del socorro, rescate y salvamento.

Nos queda ahora por desarrollar la última faceta, ¿cómo comportarnos ante las víctimas en su característica humana, en su condición de seres racionales!

CAPITULO 1

**PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA
INDIVIDUAL Y COLECTIVA**

PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA INDIVIDUAL Y COLECTIVA

La medida del comportamiento humano ante un peligro, viene determinada por el riesgo que supone para nuestra integridad física, nuestra salud, nuestros familiares, amistades, bienes materiales, etc.

Es el riesgo lo que mide el peligro. Un ejemplo. El mar en sí representa un peligro: es un medio hostil a nosotros, ni siquiera podemos beber su agua. Contemplémosle desde un promontorio. Nadie pensaría que es un peligro; incluso nos parece bello, interesante, relajante... ¡un don de la naturaleza! En este caso, el riesgo que sentimos es nulo. Metámonos en el mar a bañarnos. Vamos con precaución, algunos se ponen chalecos salvavidas; procuramos "hacer pie"; no bañarnos solos, en fin, tomamos medidas. No quiere decir que dejemos de bañarnos, pero... somos precavidos. Sabemos que, todos los años, el mar se cobra algunas víctimas. El mar es entonces un peligro, con un riesgo mayor que si lo contemplásemos desde lejos.

Hagamos una travesía, aunque sea de placer. Lo primero que nos enseñan es cómo comportarnos en un naufragio, después cómo se utilizan los salvavidas, nos asignan unos botes... Además de la satisfacción de un crucero turístico, tenemos el sentimiento de que en cualquier momento puede aparecer una tormenta, una galerna, una vía de agua y... La sensación de riesgo es mayor que en los casos anteriores.

Debemos, pues, tener claro que el peligro es un concepto estático. Un peligro es un peligro, valga la redundancia, en cuanto puede influir en nosotros de manera negativa. Es decir, tenemos que exponernos a él para que constituya

un peligro. Esta exposición, en mayor o menor grado, es lo que designamos por riesgo.

Pongamos otro ejemplo. Un carnívoro, como el león, es un peligro para nosotros. Si atravesamos un paraje donde habiten leones y éstos andan un poco hambrientos, el riesgo es enorme. Nos exponemos al peligro y además sin protección, lo que da lugar a un riesgo elevado. Supongamos ahora los mismos leones y con su estómago vacío; es decir consideramos el mismo peligro; pero hacemos la travesía del lugar en donde se encuentran en un vehículo blindado, con armas y radio de emergencia. Es evidente que el riesgo es casi nulo.

Creemos que queda claro que lo que hemos de hacer ante un peligro, no es solamente huir de él (que a veces puede ser el caso), sino disminuir el riesgo asociado al mismo mediante la oportuna protección. Aunque no cabe duda que huir del peligro es una protección más.

Hemos tratado del peligro y del riesgo. Hablemos ahora de un tercer concepto que completa el panorama psicológico que define una situación de emergencia. Este concepto es el "daño".

Podemos definir el daño como el efecto de un peligro sobre la persona afectada por él. No se introduce en esta definición el riesgo, ya que si una persona ha sufrido un daño (el efecto de un peligro) quiere decir que el riesgo es "uno" (*).

Ya tenemos los tres componentes que nos van a permitir comprender el "miedo" o el "respeto" que tenemos ante cualquier suceso catastrófico.

No cabe duda que el tráfico es un peligro. Por término medio, puede cifrarse que, por cada millón de personas, mueren al año 250. En este caso, el daño es la muerte. ¿Cuál es el riesgo? El riesgo es el cociente de dividir el número de personas realmente afectadas, por las que potencialmente pueden verse afectadas. Así pues, el riesgo asociado al peligro del tráfico es $250/1.000.000 = 2,5 \times 10^{-4}$. Al iniciarse cada nuevo año podemos decir: "para este año tengo un riesgo, una probabilidad de morir atropellado o dentro de un vehículo a consecuencia de un accidente, de $2,5 \times 10^{-4}$.

Analicemos este número. Y, ¿si viviéramos en un lugar donde no haya tráfico?; está claro que allí no existe el peligro, luego es obvio que tampoco habrá daño ni riesgo. Por ello, estas cifras, se dan "como término medio". También es cierto que si uno vive dentro de una ciudad, su riesgo será mayor que el dado. Todo es cuestión de situarse en una realidad determinada.

A causa de inundaciones, se sabe que "como término medio" mueren 33 personas al año por cada millón. El riesgo será en este caso: $3,3 \times 10^{-5}$. La preocupación general será menor que en el caso del tráfico. Pero, no cabe

(*) Como luego veremos, en la cuantificación del riesgo, éste puede tomar un valor entre "cero" (el peligro no nos afecta) y "uno" (el peligro nos afecta).

duda de que si vivo al pie de la presa de un embalse, en un lugar donde no hay circulación de vehículos, mi preocupación particular será, el día que llueva, que se agriete la presa, haya un sismo, etc., y me tendrá sin cuidado la densidad del tráfico o la velocidad de circulación.

Si leemos las estadísticas de las muertes por rayo, comprenderemos los primeros versos de don José Zorrilla en *Don Juan Tenorio*: "... Cuan gritan esos malditos / pero **mal rayo me parta...**". ¡Sí, tenía que ser un rayo muy malo! pues el riesgo asociado a él, para que nos cause daño (electrocutarnos o "partirnos" según Zorrilla) es de 0,5 entre un millón cada año, es decir, 5×10^{-7} . Y esto se demuestra porque ¿a quién le preocupa hoy el poder morir por rayo?

Pero no creamos que todo es así de fácil, cuando se trata de ciertos peligros, es algo más que el frío número asignado al riesgo, lo que nos preocupa como seres humanos ante un determinado peligro.

Los expertos nos aseguran que el riesgo de morir a consecuencia de un accidente nuclear (se excluyen las personas que han de hacer frente a la emergencia), es de 0,0002 entre un millón cada año. Es decir, 2×10^{-10} . O sea que según lo anteriormente expuesto no nos teníamos que preocupar lo más mínimo de vivir al lado de una central nuclear. Pero... todos sabemos que esto no es así. Por tanto, se da una de estas tres posibilidades: 1) los expertos son honestos y han confundido los cálculos; 2) los expertos nos engañan, y 3) tenemos un miedo irracional a la energía nuclear.

Este apartado trata de diferenciar los comportamientos individuales de los colectivos en caso de emergencia. En estos prolegómenos también vamos a distinguir entre riesgo individual y colectivo (también denominado sociológico).

El primero, el riesgo individual, tiene carácter egocéntrico: ¿qué riesgo tengo **yo** de morir ahogado?

El segundo, el riesgo sociológico o colectivo es menos egoísta, de ahí su nombre de social. Representa el número total de personas afectadas a causa de un peligro. Por ejemplo, en el país X, 3.253 personas quedaron sin hogar a causa de los incendios forestales. Aquí, el peligro es el incendio forestal, el daño es el quedarse sin casa y el riesgo es el número de personas afectadas.

Muchos autores, a este último índice denominado riesgo sociológico o colectivo, no le dan la consideración de "riesgo" y lo sustituyen por el vocablo "impacto social".

El riesgo es inherente a la condición humana, pero su comportamiento ante el mismo depende del valor asignado al riesgo individual. Si es de 10^{-3} muertes al año, se considera inaceptable y, si ocurre, se toman medidas inmediatas para reducir ese valor. Si es de 10^{-4} muertes al año, la sociedad está dispuesta a gastar dinero para reducir este valor, como por ejemplo, en mejorar las carreteras, aumentar la plantilla de bomberos, establecer controles de tráfico, etc. Si es de 10^{-5} muertes al año, el individuo toma medidas de precaución personal como, por ejemplo, no nadar solo, guardar las medicinas fuera del alcance de los niños, etc. Si es de 10^{-6} muertes al año, el individuo es cons-

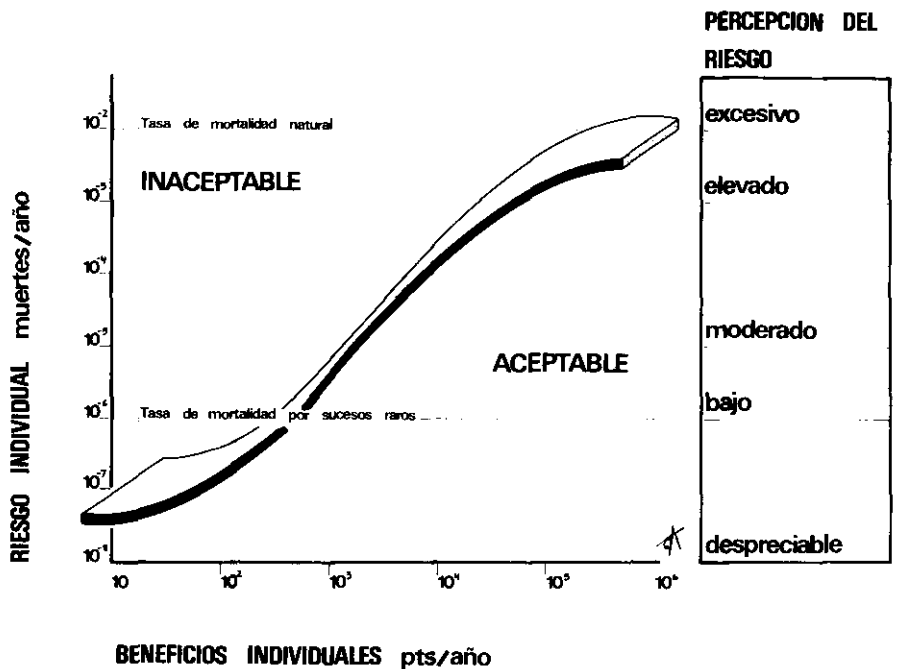


FIG. 2. EXPRESION ANALITICA DE BENEFICIO-RIESGO.

ciente del riesgo, pero piensa que no le va a ocurrir a él. Valores de riesgos individuales inferiores a 10^{-6} ni siquiera son planteados.

Actualmente, los valores que limitan el riesgo vienen dados en el gráfico de la figura 2. El superior es de 10^{-2} muertes al año, ocurridas de forma natural en los países desarrollados. El valor inferior es de 10^{-6} muertes al año, ocurridas a consecuencia de rayos, inundaciones, terremotos, mordeduras de insectos o serpientes, etc. Cualquier otra actividad humana que represente un peligro para el hombre, es decir, que traiga consigo un riesgo, debe ser sometida a la consideración de la Sociedad, para ser aceptada. Uno de los parámetros que pueden influir sobre tal decisión es el de los beneficios que reporta la nueva actividad, beneficios que pueden ser, generalmente, cuantificados.

Una manera bastante prosaica de enfocar el problema de aceptación de un riesgo por la sociedad, es considerar la "peseta" como unidad de medida. Lo que vemos en el gráfico es que para el individuo, sería aceptable un beneficio anual de 10.000 pesetas por soportar un riesgo de por ejemplo 10^{-5} (no olvidemos que esto significa que a causa del peligro que origina tal riesgo, 1 de cada 10.000 habitantes morirá). Sin embargo, dicho individuo no aceptaría 100 pesetas al año por soportar el mismo riesgo.

¿Qué hacer en este último caso? Pues una de dos: o aumentar el beneficio personal o disminuir el riesgo asociado. De esta forma, toda actividad humana

se ve sometida a un juicio social coherente con sus deseos, aunque éstos sean materiales.

Al exponer la anterior teoría, no hemos pretendido agotar el discurso sobre las actividades humanas que aportan, de alguna forma, un riesgo a la sociedad unido a un beneficio de progreso. Queda mucho por discutir: hay cosas que no se cuantifican con monedas, sino con el nivel de cultura, sensibilidad y civismo de una sociedad civilizada y esto no está recogido en el gráfico. Nuestra pretensión ha sido, únicamente, mostrar la postura psíquica de una persona ante un hecho que para ella constituye un peligro y ver cómo, si el riesgo al que se ve sometida por el mismo es grande, no tiene inconveniente en sacrificarse (este sacrificio lo hemos cuantificado económicamente) para reducirlo. Si el riesgo es pequeño, no toma conciencia de él. Por otro lado, hemos visto que cualquier riesgo al que se vea sometido como consecuencia de actividades industriales, puede ser aceptado si le reporta algún beneficio.

Debemos, pues, considerar los valores del gráfico en su aspecto cualitativo y no cuantitativo, en lo que se refiere a aquellos asignados a los beneficios.

COMPORTAMIENTO INDIVIDUAL

A menudo, por no decir siempre, los hechos luctuosos, las catástrofes, los siniestros, las calamidades..., son tratados desde el frío espectro de los números. **Tantos** muertos, **tantos** heridos, **tantos** edificios derrumbados, **tantas** hectáreas afectadas, **tantos** sin hogar. Y siempre, como colofón de cualquier crónica radiada, televisada o escrita, la misma "canción": "... Estas pérdidas se valoran en **tantos** miles de millones de pesetas". Con ello, nos quieren dar a entender la gravedad de una catástrofe. ¡Como si se pudiera tasar la soledad de aquella niña, cuyo rostro apareció en las pantallas de TV después de una inundación, con el cuerpo dentro del agua, sus pies encima de un ser querido, su madre muerta, sus labios morados del frío... y nadie pudo hacer nada por salvarla. Eso sí, se pudo "filmarse" y "entrevistar" como "noticia", como "primicia informativa". Después, su muerte fue contabilizada dentro de un puñado de billetes.

Para nosotros, los de protección civil, lo más importante no es el reportaje gráfico o los números que cantan los portavoces de los medios informativos; para nosotros son las víctimas –su terror, su angustia, su desesperación–, nuestra preocupación vital.

El terror

El terror puede producirse con anticipación al suceso catastrófico: basta con la noticia de lo que va a suceder, para que los controles mentales sobre nuestro comportamiento se inhiban, en buena parte, por el desconocimiento de lo que puede suceder. Podemos comparar la situación de nuestro cerebro en esos momentos en que nos avisan de que va a suceder algo anormal o que ha sucedido, con los de algunos mecanismos eléctricos o electrónicos, cuando decimos que se han vuelto "locos". Creemos que, así como a estos aparatos

tos, cuando existe una deficiencia en su alimentación energética y las señales que discurren por sus circuitos integrantes no son capaces de activar convenientemente los mecanismos de las diferentes funciones para los que están programados, se comportan de forma totalmente descontrolada, en nuestro caso, al recibir la noticia, percibir un hecho catastrófico o al vernos involucrados en él, nuestro consciente no encuentra una respuesta clara a lo que hay que hacer. Busca cada vez con más anhelo, una instrucción que no llega. Al mismo tiempo, el organismo se prepara de la forma que detallamos en el volumen: *La Autoprotección de los Apuntes Didácticos*, con la secreción de hormonas para enfrentarse a una situación en donde los músculos se preparan para huir o luchar. El propio organismo, ya preparado, apremia al cerebro qué hacer; éste se encuentra en blanco y, entonces, se produce el terror. Se descontrola todo: chillamos o nos quedamos mudos, huímos sin saber dónde, nos alejamos del peligro, o bien nos metemos de lleno en él o nos quedamos paralizados. Nos sorprendemos con los ojos abiertos como "platos" o los cerramos para no ver nada.

Ante un caso así, ¿qué hacer? Si la víctima no se encuentra en peligro inmediato y sus reacciones no son violentas, es mejor dejar que los propios mecanismos orgánicos agoten la capacidad física, y tras ella, una vez eliminadas las sustancias hormonales que crean el estrés, puede sustituirse el inconsciente "ignorante" por la información que podemos dar. Comprendemos que es una solución temporal, pues, dado que estas situaciones crean "lacras", se necesita la participación sanitaria, en concreto la psiquiatría.

Si la víctima está en peligro, trataremos –no con razonamientos, que son ineficaces, sino utilizando la violencia– alejarla del mismo. Esto es posible cuando las reacciones son poco violentas e incluso si se produce una situación pasiva y se puede recurrir a transportarla como si fuese un impedido físico. Si las reacciones son tan violentas, que nosotros podemos ser arrastrados al peligro, pediremos ayuda o bien... Muchas víctimas de una catástrofe son producidas por un terror irracional fuera de todo control.

Ya hemos dicho ininidad de veces en los temas anteriores, que la información a la población desde la escuela primaria hasta la universidad, y aun después, mediante comunicados en los medios informativos, es el mejor remedio para hacer frente a una emergencia. En esa dicotomía existente entre un cuerpo preparado y una mente vacía y desatendida por el subconsciente, lo mejor que podemos hacer es llenarla de la información adecuada para ser utilizada en esos terribles momentos.

El terror se diferencia del pánico en que el primero es causa de nosotros mismos, es consecuencia de nuestra situación personal y, el segundo, como analizaremos más adelante, surge de un comportamiento colectivo que bien pudiera iniciarse por un individuo en el que se generase el terror.

La angustia

En este caso, el sujeto conoce la situación. Es perfectamente consciente de

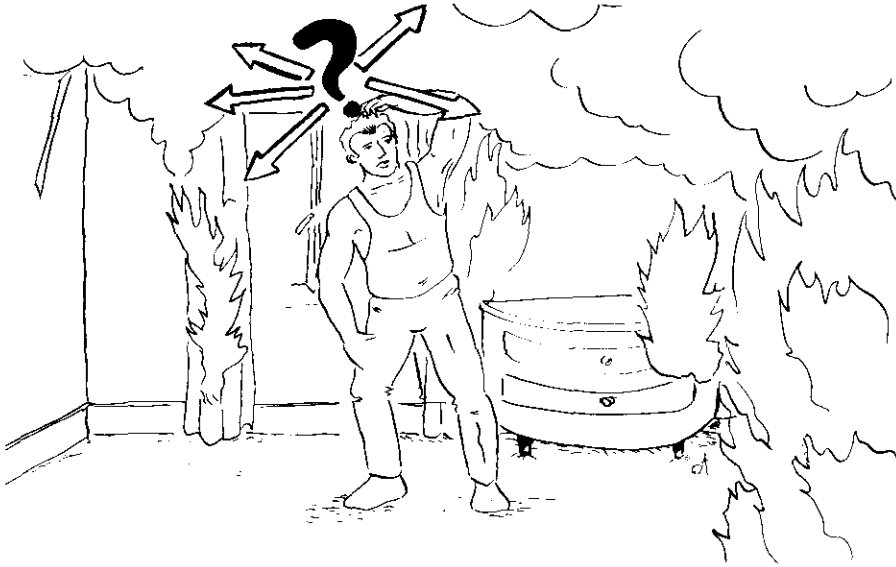


FIG. 3. CEREBRO VACIO... REACCIONES IMPREVISIBLES.

lo que pasa. Pero no sabe lo que va a venir, lo que puede pasar. La angustia surge como consecuencia de una falta de respuesta sobre el futuro o sobre el presente, es decir, sobre lo que ocurre.

Antes de poder encontrar el remedio para tratar, dentro de nuestras posibilidades a esta gente, analicemos lo que sucede en sus mentes, y lo que seguramente pasaría en las nuestras en las mismas condiciones que las víctimas.

Angustia es una ansiedad de saber. La forma de iniciarse el terror es preguntando qué ocurre, con ansiedad. La diferencia está en que, si el subconsciente nos dice lo que pasa y qué podemos hacer, el terror desaparece, y nuestro cuerpo adopta la medida más adecuada. O hace frente al peligro o se aleja de él.

La persona angustiada responde ante el peligro. Pero hemos dicho "persona". El animal no tiene este sentimiento, no se puede aterrar ante algo que su instinto no puede encarar; huye o se defiende. Pero la persona tiene inteligencia, sabe que hay un porvenir. La persona tiene sentimientos y afecto hacia los demás (hacia sus familiares, amigos...).

Podemos decir que la angustia es una preocupación en grado máximo sobre nuestro futuro y sobre nuestros seres queridos dentro del contexto de una catástrofe.

A consecuencia de un siniestro, nuestra casa se derrumba. No perdemos el conocimiento, tratamos de incorporarnos; de tentar, si no hay luz, el lugar en

el que nos encontramos; buscamos refugio debajo de estructuras que puedan darnos cobijo de otros derrumbes; prestamos atención a lo que sucede en nuestro alrededor; palpamos nuestro cuerpo por si estamos heridos o contusionados; nos hacemos sentir por las posibles ayudas que habrán acudido. Somos conscientes de nuestra situación y actuamos correctamente. Pero... ¿qué pasará?, ¿y si se ha roto una tubería de gas y éste se está extendiendo por nuestro alrededor? Instintivamente empezamos a oler y a llevarnos las

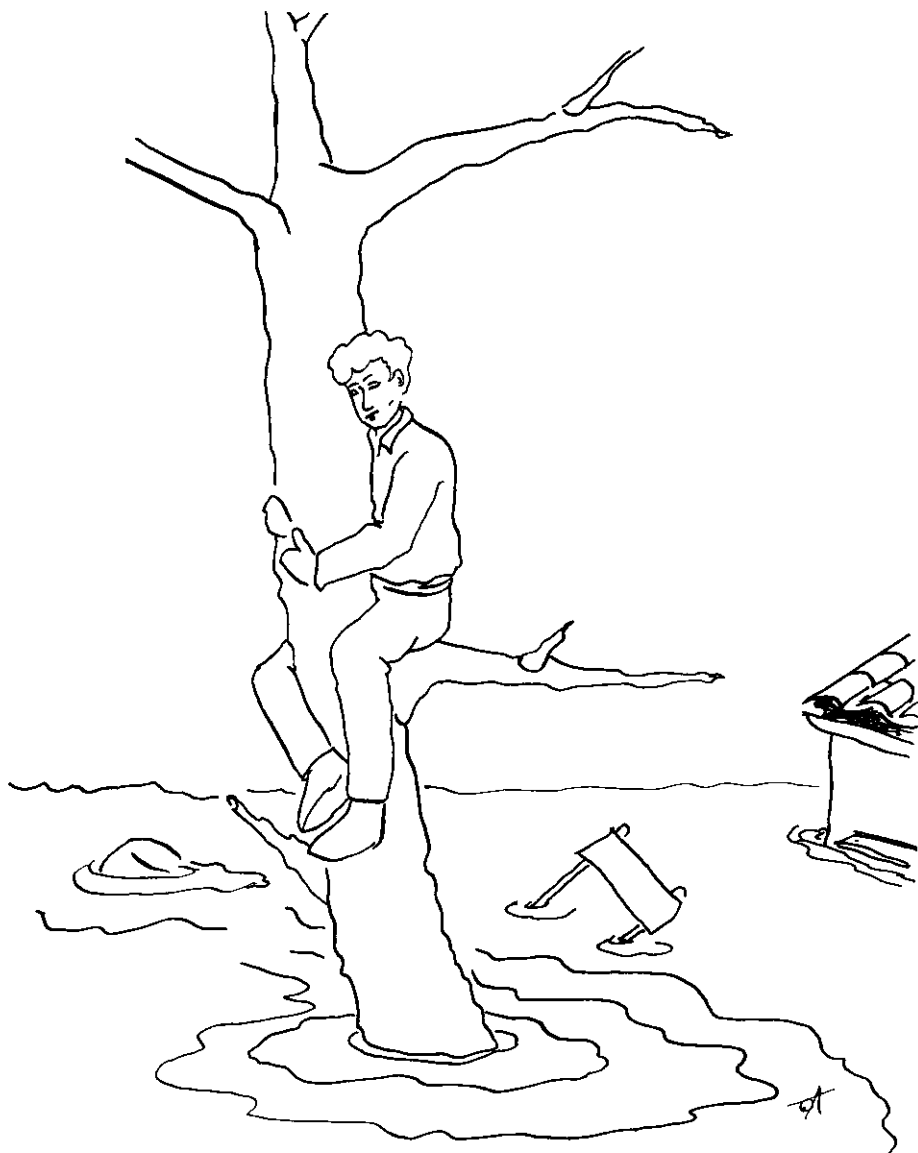


FIG. 4. ¿QUE ME PASARA? ¿QUE LOS HABRA PASADO?

manos a la nariz para impedir el paso al gas. Pero no sabemos qué puede ocurrir. ¿Habrá algún incendio?, ¿seguirán los derrumbamientos? No oímos nada ¿qué puede suceder?, ¿por qué ha sucedido?, ¿qué me pasará si no me rescatan? ¿Y si ha sido un terremoto y no pueden llegar los equipos de protección civil? Estas preguntas que no podemos contestarnos, son las que nos producen la angustia y que pueden resumirse en una sola: ¿qué será de nosotros?

Centrémonos ahora en los sentimientos que nos surgen. ¿Dónde estarán mis hijos, mi esposa, mis padres, hermanos, amigos..?, ¿qué será de ellos? Es la constante pregunta que nos hacemos. ¿Habrán muerto?, ¿estarán heridos?, ¿estarán asustados?, ¿me estarán llamando? Es también otro tipo de angustia, quizá más trascendente, que aminora en parte nuestra preocupación por nosotros mismos.

Conociendo, pues, que la angustia es un reflejo de la limitación humana de no saber lo que ha pasado, pasa o pasará, nosotros debemos combatir ese estado, aportando la información pertinente. Sabiendo que, a la angustia de tipo propio, a la pregunta de: "¿qué será de nosotros?", contestaremos con frases esperanzadoras. "¡Sé salvará!", "no se preocupe". Y a continuación, indicaremos a la víctima lo que debe hacer para que su comportamiento sea normal en cuanto a la adopción de medidas se refiere. Después, podremos atender a sus otras demandas de información.

No debemos dejarnos "llevar" por la víctima angustiada, sino forzar la situación en nuestro "terreno". En primer lugar, darle ánimos; en segundo lugar, darle instrucciones para su seguridad. Después le contaremos lo que ha pasado y, al final, le diremos lo que a su familia le ha pasado, si lo sabemos.

No es lógico comenzar a hacer una casa por el tejado. En esta situación de angustia, pasa igual. Tenemos que eliminar la angustia del futuro de la víctima y, después, vendrá lo demás. El contactar con un ser angustiado y decirle: "pues su familia o amigos están muertos, o no sé que les habrá pasado..." es conducirlo a la desesperación, justo en el momento que más fortaleza necesita para salir de la situación presente.

Si la víctima ya está fuera de peligro, puede decirsele la verdad, pero solamente entonces; ¿qué pasaría si en un naufragio intentamos sacar del agua a una persona, y se le dice que todos los demás han perecido? ¿o si en un derrumbamiento, entre escombros, podemos contactar con las víctimas y a sus preguntas angustiosas respondemos que todos los demás han perecido? Hagámonos los sordos o utilicemos la táctica de "medias verdades" o "mentiras piadosas", pero no digamos frases que puedan "derrumbar" el ánimo de los que necesitan salir del atolladero.

La desesperación

Así como la angustia surge de la duda de lo que nos va a suceder, la desesperación se origina como consecuencia de la certeza (real o imaginaria) de lo que nos va a suceder en un corto intervalo de tiempo.



FIG. 5. ¡NO HAY ESPERANZA! ¿QUE SE PUEDE HACER?

Hay un pasaje en la *Divina Comedia* de Dante, en referencia al Infierno, que narra cómo es la entrada a este tenebroso lugar. Dice así, más o menos, "... sobre la puerta hay un letrero que dice: quien aquí entre pierda toda esperanza". Precisamente la falta de esperanza es lo que, tanto semántica como psíquicamente, da lugar a la desesperación.

Es curioso hacer notar que lo que más tememos es la muerte, y sabemos que más tarde o más temprano, nos llegará. He ahí una ventaja de los animales, viven sin saber que han de morir.

Según lo que hemos dicho, la certeza de que vamos a morir nos debería sumir en la desesperación y, sin embargo, vivimos tan tranquilos, mientras no se manifieste en nosotros un signo interno (enfermedad) o externo (catástrofe) que nos indique que el fin supremo está cerca. Cuando esto ocurre, hay comportamientos para todos los gustos. Si la enfermedad es larga, el enfermo se acostumbra a ella, se resigna, busca en su mente mecanismos que neutralicen la desesperación, pensando muchas veces en la posibilidad de otra vida. Los no-creyentes se plantean el principio de complementariedad del ser: "para vivir hay que morir o para morir hay que vivir", del mismo modo que hay belleza porque hay fealdad, hay bondad porque hay malicia, hay luz porque hay oscuridad.

El problema se presenta cuando no hay tiempo para asumir el destino y la resignación no aflora a la mente. Es el caso al que debemos enfrentarnos.

Tenemos dos caminos para contrarrestar las causas que dan origen a la desesperación. El primero es eficaz cuando la situación que percibe la víctima es imaginada y podemos ofrecerle pruebas de que existen esperanzas reales para su salvamento. En estos casos, la víctima pasa a una situación de angustia fácilmente controlable.

El segundo camino es bastante más complicado, sobre todo cuando las posibilidades de supervivencia de la víctima son nulas. Siempre puede esperarse un "milagro" pero, hoy en día, tal tipo de salida no suele ser muy frecuente. Estamos ante un moribundo en estado agónico, con todas sus facultades mentales. Puede ocurrir que, efectivamente, la víctima esté en una situación en que peligre su vida por los efectos de la catástrofe: Una herida mortal de necesidad, una ingestión o inhalación letal de un contaminante, es decir, un situación en la que se producen unos efectos sobre su organismo que inexorablemente le conducen a la muerte. En estos casos puede ser que la aplicación de un calmante sea lo mejor. No es una forma de eutanasia, es simplemente el evitar dolores tanto físicos como mentales. Podemos quedar tranquilos de que, si ocurriese cualquier hecho que salvara la vida de la víctima, por la aplicación del sedante no ha peligrado. Podemos imaginar un herido mortal en medio de un siniestro y que aparece un prestigioso doctor con todo un equipo quirúrgico que con su intervención puede devolverle la salud.

Si la desesperación es porque la situación de muerte se producirá inexorablemente, y la víctima se encuentra bien, el caso es distinto. No se le pueden aplicar calmantes entre otras razones porque quizá no se deje, o porque nosotros no podamos llegar a él. Nuestra presencia ya de por sí es un alivio al poder hacernos receptores de sus problemas

Si fuésemos sacerdotes y la víctima creyente, podríamos reconfortarle con la esperanza de una nueva vida tal y como se hacía y se hace (esperamos que no se vuelva a hacer) cuando un condenado a muerte por la justicia se dirige hacia el patíbulo. Podíamos mentirle piadosamente diciéndole que la situación no es tan grave, que tenga esperanza, que domine sus nervios, que haga un esfuerzo para estar tranquilo..., pero nunca nombrar la palabra "muerte" (que sería como nombrar "la cuerda en casa del ahorcado") ni inducirle a que piense en su familia, pues esto, seguramente, le crispará aún más y elevará el grado de desesperación.

La naturaleza, en estos casos, suele ser "humana" y hace que la víctima entre en una especie de shock que le produce un desvanecimiento. Nosotros nada podemos hacer. Es duro reconocerlo, pero todos sabemos que las catástrofes producen víctimas, y no todas instantáneamente ni todas después de haber sido rescatadas. Algunas víctimas se producen después del suceso que produjo el siniestro y antes de que llegásemos a rescatarlas.

Ni siquiera nos enteramos cómo han muerto. Unas víctimas han muerto solas a consecuencia de heridas, de asfixia, de hambre, otras por las mismas causas, en grupos.

Sabemos por los supervivientes de estos grupos, que después de algún tiem-

po de alimentar esperanzas, y cuidarse unos a otros, impera el egoísmo, la desesperación; pero cuando las fuerzas físicas empiezan a faltar, la resignación es un factor común, el inmovilismo se apodera de ellos y...

COMPORTAMIENTO COLECTIVO

La colectividad es menos compleja que el individuo. Parece algo paradójico pero así es, al menos en su comportamiento. Cuando no pertenecemos a esa colectividad, a esa "masa de gente" como solemos decir, la vemos toda amorfa, van hacia un lado o hacia otro como "borregos", sin ánimo peyorativo. Fijémonos en las grandes aglomeraciones: creemos que todos gritan y se ponen de pie ante un buen resultado en una competición deportiva. Podríamos afirmar que todos se pusieron de pie como "un solo hombre". Pero esto no es así, algunos ni se mueven, ni siquiera abren la boca.

En apariencia todos hacen igual pero, individualmente, cada individuo hace algo distinto del otro. Por tanto si nos fijamos en el conjunto en general, observaremos un sólo comportamiento. Si nos fijamos en cada individuo veremos tantos comportamientos como personas haya.

En toda colectividad, por causas complejas de explicar, o aun inexplicables, unos individuos dominan a otros, y les hacen que sigan su comportamiento. "¿Adónde va Vicente?... ¡adonde va la gente!", y podemos también decir: "¿Adónde va la gente?... ¡adonde va Vicente!". Es explicable que un alumno imite a su profesor, porque reconoce en él unos conocimientos que no posee; que un hijo obedezca a sus padres porque ve en ellos personas de experiencia y afecto que le inducen a confiar; que por la misma razón el aprendiz cumpla lo que le dice su maestro, etc. Lo que no es tan fácil de explicar es

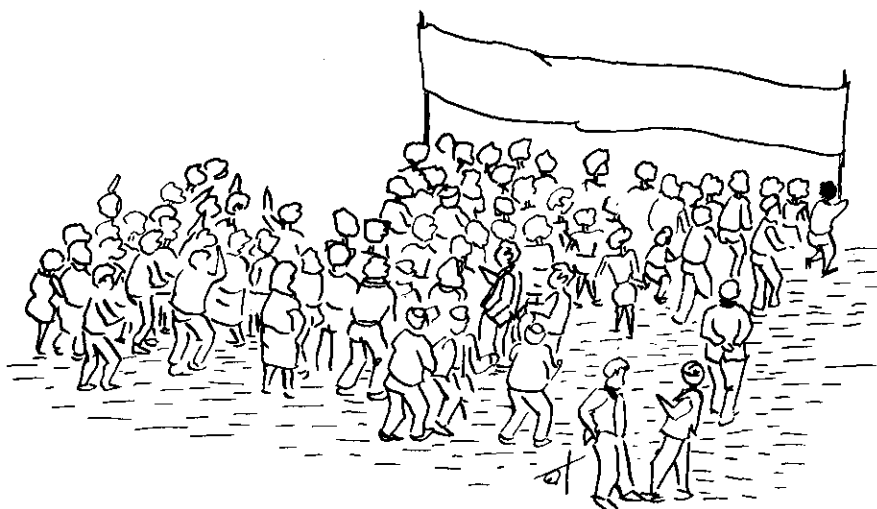


FIG. 6. MUCHOS NI SABEN DONDE VAN... VAN DETRAS DEL LIDER..., DE LA GENTE...

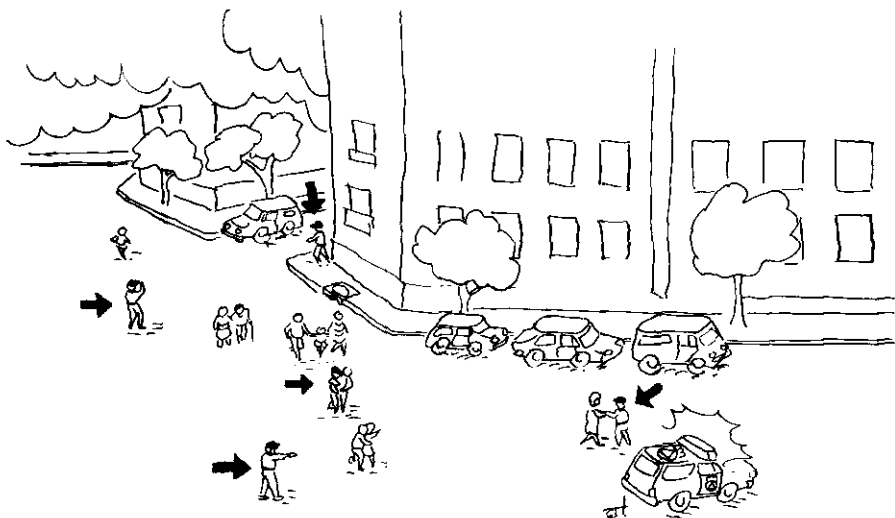


FIG. 7. VEMOS (SEÑALADOS CON FLECHA) A LOS DE PROTECCION CIVIL COLABORANDO, DE MUY DIVERSAS FORMAS, CON EL PUBLICO.

por qué, en unas situaciones de emergencia ante las que todos están igualmente preparados, unos hayan de seguir a otros. Tal vez porque unos sean más atrevidos que otros, o porque los otros sean menos decididos que los unos. Tal vez porque alguna persona sea considerada más instruida (maestros, médicos, abogados) o con más responsabilidad (alcaldes, concejales) o con un uniforme (policía, guardia civil...) que les haga ante los ojos de los demás más avezados en estos casos.

Una voz autoritaria y serena, unas instrucciones concretas, un distintivo como es el de Protección Civil, es suficiente para poder hacer que este colectivo adopte medidas para su seguridad. No obstante, no siempre es así. Según el tipo de catástrofe, la forma de producirse, la hora de ocurrencia, el tiempo que tardemos en llegar, etc., el comportamiento de grupos de personas puede presentar dos matices bien diferenciados: el pánico y el incivismo. El primero, fruto del terror contagioso de algunos miembros de la colectividad, el segundo, originado como medio de relajación de la tensión acumulada como consecuencia de la situación, y evasión de los problemas que se viven.

El pánico

En primera definición, y a efectos de protección civil, el pánico puede expresarse como reacción emocional incontrolada de un conjunto de personas aterradas. Pero con un agravante con respecto a los problemas que presenta un individuo solo que está bajo el terror, y es que no puede ser reducido por la violencia, a no ser que se les aisle uno a uno, so pena de provocar un altercado con consecuencias peores que las propias de la catástrofe.

Una multitud presa de pánico, es peor que un "elefante loco", se dice en el lenguaje coloquial. Al no actuar de acuerdo con la mente, las reacciones son impredecibles y, lo que es aún peor, contagiosas, que pueden afectar a los que tratan de ayudar. La sinrazón, genera sinrazón, "un loco hace otro loco".

Para enfrentarse a una multitud enloquecida, hay que hacer como Ulises cuando atravesó el mar de las sirenas, se ató al mástil del barco y taponó con cera sus oídos. Hay que no ver, ni oír, ni sentir nada; hay que intentar separar a los que parecen líderes, hay que aparentar (y esto puede ser peligroso para nosotros) estar como ellos. Llamar más la atención, gesticular más, chillar más, incluso decir más palabras vulgares, malsonantes o groseras; en resumen, desplazar al líder. Conseguido esto y superando la "borrachera" que nos invadirá, conduciremos al grupo al lugar apropiado, tratando poco a poco de hacer razonar a los demás. "Vamos compañeros donde están las autoridades, la policía y la prensa", "hagámonos oír", "que no quede así", "nos lo pagarán", "seamos prácticos, dejemos de chillar y exijamos nuestros derechos". "A ver vosotros, ir a donde esté el Gobierno, vosotros ir a donde están los policías, vosotros ir a donde están los periodistas, vosotros ir a por mantas y alimentos al supermercado, vosotros despejad la carretera para dejar pasar las ambulancias, etc.". De esta forma, se disgregará el grupo y se formarán grupos más pequeños. Si somos varios de Protección Civil podemos "capitanear" cada uno de ellos a su vez hasta que el número reducido de personas, el cansancio y la vivencia de la catástrofe haga aparecer el sano juicio.

Llevar el uniforme de Protección Civil puede presentar una ventaja y una desventaja. Una ventaja por cuanto la distinción que sobre nosotros se hace y el conocimiento que se nos supone tenemos para hacer frente a cualquier tipo de emergencia. Pero como ya hemos dicho, el pánico es irracional y puede conducir a que se vea en nosotros a los causantes de la catástrofe por pura asociación ilógica de ideas.

En cualquiera de las situaciones en las que nos encontremos, sería deseable que las fuerzas de seguridad no estuviesen lejos.

El incivismo

Más bien teníamos que llamarle "salvajismo" por cuanto representa de falta de cultura.

Suele iniciarse como se inicia una explosión, basta una chispa: aquellos que no han sufrido en su integridad física los efectos de una catástrofe, acumulan una gran cantidad de tensión emocional que les prepara para cualquier reacción violenta a fin de relajar la mente. Oportunidades no faltan y justificaciones tampoco. Con que alguno dé un "garrotazo" a una farola, los ánimos se encrespan y comienza una "orgía" que acaba con frecuencia en el pillaje.

Algunos piensan que son desaprensivos los que inician y continúan tal situación con fines, no de relajamiento, sino de lucro. Es, como encontramos en nuestro refranero: "a río revuelto, ganancia de pescadores".

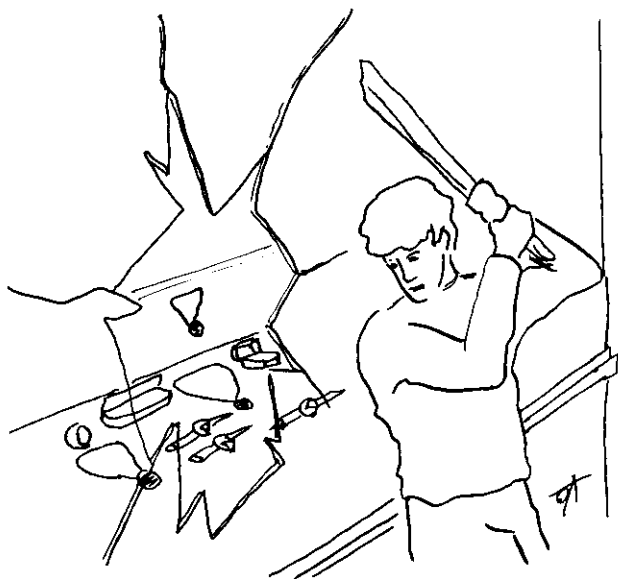


FIG. 8. EL DE ARRIBA DESTROZA... PERO PARA SATISFACER SUS APETENCIAS.
EL DE ABAJO DESTROZA... PERO PARA ELIMINAR TENSIONES PSIQUICAS.

El tratamiento es distinto en casos de personas que verdaderamente han sufrido un daño (físico o moral) a consecuencia del siniestro, de aquellas otras que solamente acuden a destrozar o a apropiarse de lo ajeno.

Como hemos indicado en temas anteriores, una de las misiones de las fuerzas de seguridad que se desplazan a la zona de la catástrofe, es evitar que algunos ciudadanos se aprovechen de lo ajeno dadas las circunstancias.

Se distinguen perfectamente las personas pertenecientes a uno u otro grupo. A las que se las puede justificar humanamente su comportamiento van en grupo, mostrando públicamente su enojo, y sin un objetivo determinado. Lo mismo vuelcan un vehículo, que rompen un escaparate, que doblan una farola, o que arrancan un arbolillo.

Los otros van en solitario o solamente dos o tres, no gesticulan sino que guardan silencio, se esconden, y tienen un objetivo muy claro. Para nosotros, este colectivo no es de nuestra incumbencia. Tampoco lo debería ser el primero, es decir el de los energúmenos indignados. Pero basta con que sean víctimas de una desgracia para que tratemos de apaciguar sus ánimos.

Es raro que intervengan heridos, pues a éstos solamente les interesa ser atendidos y curados, pero si los hubiese, aunque sean leves, debemos introducirnos entre ellos, atenderlos e incluso fingir que su herida merece un rápido tratamiento. De esta forma, no solamente se reduce el grupo, sino que además el resto nos considera "amigos".

Una llamada de petición de ayuda para poder atender a víctimas que están aún bajo los efectos de la catástrofe suele desviar la atención de los ciudadanos indignados, máxime si en ella hay alguien de sus allegados, y de esta forma podamos reducir el grupo. Cuando se vean en minoría, ellos mismos se disolverán pacífica y resignadamente.

Así pues, ante casos de incivismo originados a causa de una catástrofe, nuestra conducta debe ser la de atender a los posibles heridos que haya entre ellos, y recabar su colaboración para atender a las víctimas. Es decir, ganar su confianza y dispersar los grupos.

EVOLUCION TEMPORAL DEL IMPACTO PSICOLOGICO PRODUCIDO POR UNA CATASTROFE

El motivo de este apartado, que tiene un marcado carácter de especialización para los entendidos en psicología, es solamente el que podamos comprender cómo la mente de un individuo atraviesa por distintas fases cuando le ocurre una desgracia.

Nosotros no lo vamos a tratar desde el mismo ángulo que lo harían dichos eruditos en el tema. Pero vamos a sacar conclusiones y aplicarlas a nuestro caso.

Conviene advertir que en temas que abordan problemas de la mente existe un gran espectro de opiniones. Casi podemos decir al respecto que "cada maestrillo, tiene su librillo". Nosotros hemos seleccionado los pasajes que más



FIG. 9. EL DE ARRIBA DE LA FIGURA 8... ES COSA DE LA POLICIA. EL DE ABAJO ES COSA NUESTRA.

consenso tienen entre los autores de la materia y hemos evitado dar explicaciones que puedan resultar incomprensibles para el lego.

Existen dos formas de abordar el tema de la evolución del impacto psicológico. Una es considerar una determinada población y seguirla a lo largo del tiempo que dura la catástrofe y más allá aún. Otra forma es la de dejar el tiempo inmutable y ver que impacto se produce entre los ciudadanos según su distancia al lugar de la catástrofe.

Nos hemos centrado en la primera, considerando no una población cualquiera sino la que sufre la catástrofe. Es lo más adecuado para los de Protección Civil. Es lo que vamos a vivir. ¿Qué interés podemos tener en conocer la repercusión de un terremoto producido en la India para un vecino de Cáceres? Ni siquiera nos interesa profesionalmente el proceso psíquico de una persona que ha visto desde la ventana de su casa el paso de víctimas, procedentes de una localidad próxima, a consecuencia de una explosión de gas.

Para no dejar en "blanco" la segunda forma de enfocar la problemática de la evolución espacial diremos a continuación algunas palabras.

Evolución espacial

La mayoría de los desastres no solamente tienen una evolución temporal, sino también un carácter espacial. Hay ciertas áreas que reciben un impacto en su totalidad, otras de forma parcial y otras que no se ven afectadas. Así pues, la destrucción, la contaminación, el número de víctimas, junto con la capacidad para el socorro, el rescate y el salvamento en estas áreas y la vuelta a la normalidad de aquellas otras afectadas, dependen de la distancia al lugar donde ocurre el siniestro.

Esta forma de variación de la intensidad de las consecuencias de un impacto conlleva un fenómeno de comportamiento social, conocido entre los expertos como de "convergencia". Este fenómeno consiste en que muchas personas (física, económica o moralmente) convergen hacia las partes más afectadas a fin de iniciar las actividades de rehabilitación y recuperación que luego veremos (*). Algunas tratan de ayudar y socorrer, otras lo hacen con intención de ejercer la caridad y otras por curiosidad o morbo, o simplemente por oficio, como las que trabajan para los medios de comunicación. Como antes señalamos, las personas no tienen por qué ir a esos lugares y hacer acto de presencia. Por "convergencia" también se entiende el envío oficial o privado de mercancías con alimentos, ropas, medicinas y enseres diversos que hacen que la población afectada sienta con gratitud la aportación de los demás y la preocupación de gentes muy distintas por su destino. Luego veremos que tras la euforia de los primeros momentos llega la desilusión para muchos que esperaban más. Pero esto es un fenómeno temporal.

(*) Nos referimos, claro está, a las personas pertenecientes a zonas no afectadas o afectadas ligeramente y que no pertenecen a los equipos de Protección Civil o a otros que obligatoriamente tienen que acudir a los lugares afectados.

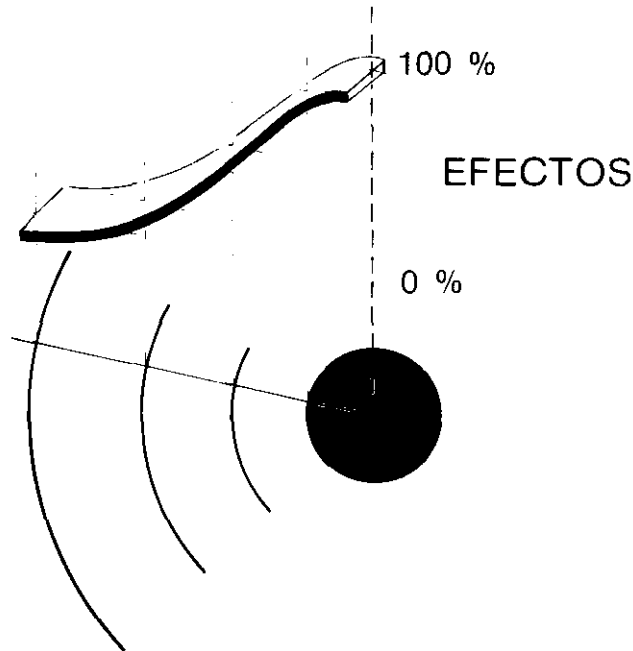


FIG 10. DICEN QUE LA DISTANCIA ES EL OLVIDO... Y QUE ¡OJOS QUE NO VEN... CORAZON QUE NO SIENTE! Y ASI, LOS EFECTOS DE LAS CATASTROFES, AL MENOS LOS EFECTOS FISICOS, SE MITIGAN CON LA DISTANCIA.

Tras los primeros momentos de la catástrofe, la "convergencia" consigue un período de tiempo en que la esperanza en el futuro se acrecienta, los ánimos se aplacan y en general la salud mental de la población afectada vuelve a la normalidad. No es que llegue a ser normal, pues es difícil desterrar las lacras que quedan en el subconsciente después de las escenas vividas, sino que la disposición psíquica de los individuos ante el estímulo de las atenciones que recibe se abre a la esperanza.

Nosotros tenemos un importante papel que hacer en este fenómeno de la "convergencia". Impedir que se desborde. En primer lugar, los curiosos y morbosos... ¡fuera! Los medios de comunicación, únicamente con el permiso del Director del Plan y con las limitaciones que se señalen. Los "caritativos" y los "humanitarios", sí... pero... solamente deben pasar aquellos que verdaderamente pueda hacer algo útil. No podemos, por ejemplo, dejar pasar un anciano para limpiar las calles de escombros, ni un joven imberbe a atender víctimas desmembradas, ni jóvenes embarazadas o en edad de procrear en un ambiente contaminado química o radiactivamente. Ahora bien, si llega un sanitario, un profesional en demoliciones, un conductor con su vehículo, etc., serán bien recibidos, aunque no harán lo que quieran.

Todas las personas que acudan al lugar y que sean útiles para el bien de los demás deben quedar encuadradas en los diferentes elementos operativos

que se forman bajo la coordinación de Protección Civil y cooperar, bajo las directrices del responsable de la función asignada, dentro del elemento operativo correspondiente.

Con relación a la "convergencia" material, tendremos que distribuirla de forma equitativa. Mejor diríamos, de la forma equitativa mejor posible según nuestro leal saber y entender, pues "nunca lloverá a gusto de todos". Las lógicas envidias, ni siquiera envidias, diríamos "piques" entre los afectados, siempre verán que al vecino se le ha dado más y mejor. Es conveniente aplicar el dicho: "en casa del pobre, reventar antes que sobre", pero..., así como no se debe escatimar, pues normalmente, a no ser en casos de crisis, las mercancías sobran, tampoco se debe despilfarrar.

Sabemos de un caso curioso. Raya en lo grotesco o mejor diríamos en lo humano, en lo solidario, en la bondad suma, aunque como veremos, no todos estuvieron de acuerdo.

En una casa de vecinos y en una noche bastante fría, se produjo una inundación a causa de la rotura de una tubería. Los vecinos del piso afectado empezaron a pedir socorro, ayuda, la presencia de bomberos, etc. Debemos decir que eran tiempos en los que el teléfono era algo inusual en las casas. A fin de recoger y empapar el agua se utilizaron solidariamente cubos, barreños, toallas, mantas, etc., hasta que por fin el conserje de la finca cerró la llave de paso de la vivienda y el agua poco a poco dejó de salir.

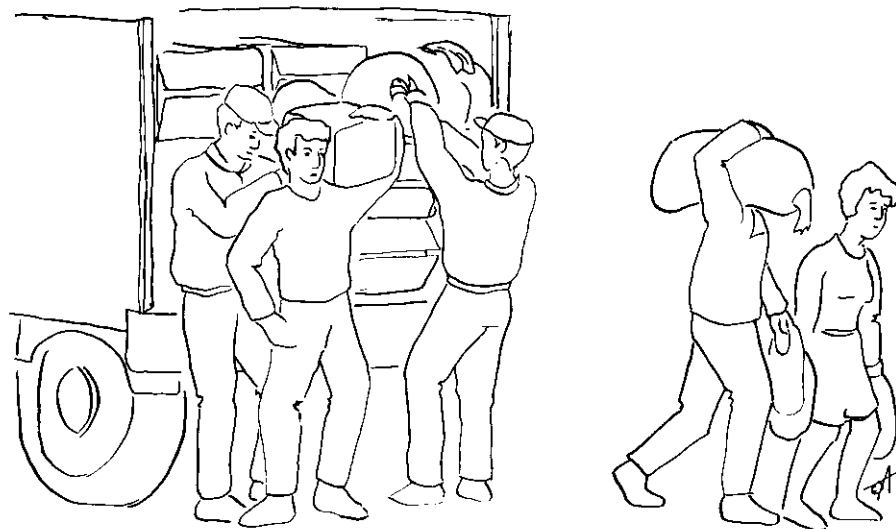


FIG. 11. NO DEBEMOS TIRAR LO QUE SOBRA... ¡OTROS LO NECESITARAN!

El resultado fue una vivienda llena de humedades que pasaron a los vecinos de abajo y unas paredes rebosantes de agua. La calma volvió a los hogares pero, cuando una de las familias fue a retirarse al lecho, se encontró ¡sin mantas! en la noche tan fría. La señora de la casa ante la desesperación de la vecina afectada, había sacado toallas, sábanas y mantas y las había arrojado al suelo en su deseo de que el agua no se extendiese a las otras viviendas. Nos imaginamos que ante esta situación otros vecinos más prudentes pudieron ayudarles. Pero no creemos que la caritativa señora fuese felicitada por los miembros de su familia por su humano proceder.

Pero sin ir más lejos, en recientes inundaciones del norte de España, una población entera se quedó sin reservas de combustible por dárselo a otras; así pues, los servicios de Protección Civil y de la Cruz Roja tuvieron que abastecer en primer lugar a la población no afectada.

Volviendo a la problemática de la "convergencia" de mercancías podemos comprender el afán de acaparamiento de los vecinos, pero debemos darnos cuenta que las cantidades que nos señalen las autoridades correspondientes son las que hemos de repartir ¡ni más ni menos!, tal vez algo más... pero no mucho más. Hay que pensar que habrá más vecinos que lo necesiten o que habrá que utilizarlas en otras cosas, y para otras situaciones.

Debemos ser completos en la exposición del tema. Indicábamos en unos párrafos anteriores, que esta "convergencia" podía tener un carácter personal (de presencia), económico (de aportación de bienes materiales) y de moral.

En este último sentido, Protección Civil nada tiene que hacer, pero sí facilitar, o al menos no interferir, en las creencias de cada uno y consentir las manifestaciones de rito y culto que muchos vecinos tratarán de celebrar. No es peligroso. Si existiese algún tipo de peligro por quererlas celebrar en lugares aún afectados, basta con una indicación para que se renuncie a ello. Las ventajas son bastante considerables entre los creyentes, pues aceleran la vuelta a la normalidad y a la estabilidad psíquica al dejar intervenir la resignación religiosa, y en alguna ocasión el fatalismo del destino, para aceptar los hechos tal y como han sido como si se tratase de algo impuesto por la divinidad.

Evolución temporal

Los psicólogos, como antes indicamos, no acaban de ponerse de acuerdo en las distintas fases por las que atraviesa la mente de los afectados por una catástrofe. Para nosotros esto no es interesante. Las que sí nos interesan son las reacciones individuales y colectivas a las que se puede llegar como consecuencia de los procesos psíquicos que se originan en el cerebro.

En los apartados anteriores vimos cuáles eran esas reacciones y la manera de afrontarlas, aunque en un apartado posterior, de nuevo volveremos sobre el tema en cuanto a las medidas que, fundamentalmente preventivas, podemos aplicar.

Una evolución temporal, que podemos denominar simple, consta de tres fases: el impacto, la recuperación y el período post-traumático.

El impacto. Esta fase se inicia con la aparición de agentes perturbadores de la psique, es decir, cuando el estrés se manifiesta en nosotros como consecuencia de signos exteriores que, de una forma o de otra, nos indican que algo anormal va a suceder o sucede. Por ejemplo, no hace falta que se inunde nuestra calle a consecuencia de una tormenta para que mostremos en esos momentos algún tipo de intranquilidad. Basta con que nos avisen de la presencia de una "gota fría" sobre nuestra localidad.

La mayoría de las veces, las medidas de prevención que nos ha enseñado Protección Civil, como a cualquier ciudadano, son suficientes para aminorar los efectos de los agentes "estresores" (así debe entenderse a aquellas motivaciones interiores o exteriores a nuestra mente que provocan estrés). En el ejemplo que pusimos: el de despejar la calle de obstáculos, desatascar las alcantarillas, retirar muebles y enseres delicados de la planta baja o incluso, si vivimos en una zona fácilmente inundable, preparar la evacuación de nuestra familia al lugar que Protección Civil nos tiene asignado, es suficiente para que, dentro de la lógica intranquilidad, nos sintamos tranquilamente preparados.

La recuperación. Pasó la catástrofe con la secuela de víctimas y daños; ahora queda el afrontar el futuro. Tenemos que rehabilitar lo inhabilitado, construir lo destruido, curar lo dañado, reponernos al infortunio y labrarnos el porvenir. Nuestra mente puede caer en el desánimo o llenarse de fortaleza ante la labor que nos espera. Ambas situaciones son aberrantes en el sentido psicológico de la palabra, es decir, no obedecen a un comportamiento normal. En el primer caso no tenemos ganas de hacer nada. Seguramente, o bien porque seamos "pobres de espíritu" o "débiles de voluntad", o bien porque el destino nos ha tratado duramente y nuestro organismo no recibe los estímulos suficientes para afrontar la realidad. Estamos con depresión. En el segundo caso, como tuvimos ocasión de señalar en el volumen *La Autoprotección*, de los Apuntes Didácticos, un exceso de excitación lleva a hacer cosas que no sirven para nada en el mejor de los casos, o perjudican la planificación común que se haya hecho por las autoridades.

Por eso ambas actitudes son negativas.

¿Qué hemos de hacer los de Protección Civil?

En las tareas de recuperación, ya indicamos en temas anteriores que nos tocarían labores de asistencia social en albergues y en las que más adelante volveremos a insistir. No obstante y con seguridad, allí serán conducidas estas personas que, por decirlo de forma peyorativa, o "se pasan" o "no llegan".

Fuera del escenario de la catástrofe, su recuperación es más fácil. Por eso, los sanitarios los alejan de él. No es agradable ver cómo acaban de demoler la casa en donde se vivió y ver rodar las cosas y objetos que compartieron sus vidas, o hacer desaparecer las calles por las que tantas veces se transitó y tantos recuerdos guardan...

Los ancianos son los más afectados. Los niños casi lo encuentran divertido, los jóvenes son los que ponen más ilusión en la recuperación de aquello que

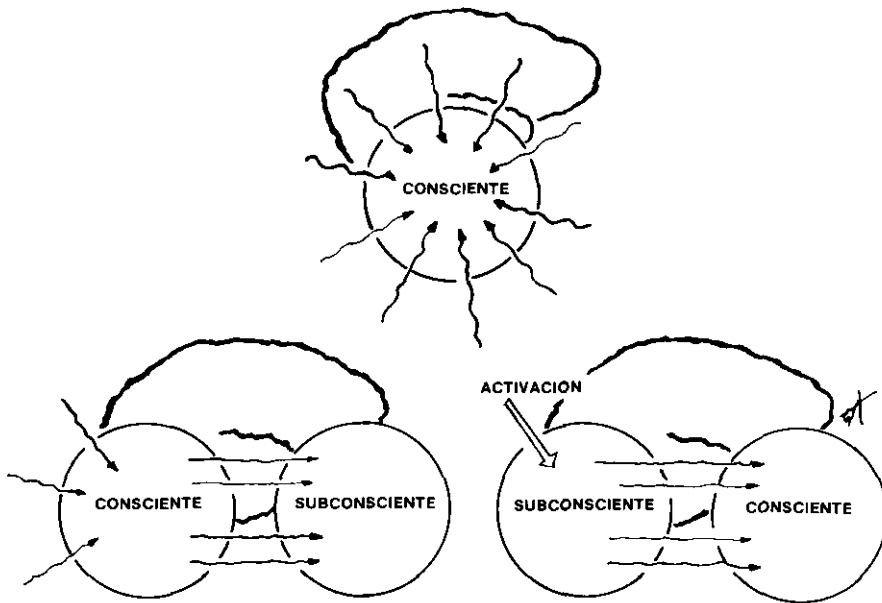


FIG. 12. MECANISMOS PSIQUICOS QUE ACTUAN DURANTE:
 - EL IMPACTO
 - LA RECUPERACION
 - EL PERIODO POST-TRAUMATICO.

será su futuro y los adultos los que ponen más tesón en poder volver a la normalidad para rehacer sus vidas rotas.

Período post-traumático. Con el tiempo, pueden olvidarse los efectos que sobre la mente han dejado los sucesos vividos durante y después de una catástrofe. Este olvido es más pronunciado, como es natural, en los de corta edad. Como todo proceso en el que se participa de forma activa y con ansiedad, el consciente llega a olvidarlo, pero queda "archivado en el subconsciente" de manera permanente.

No podemos evitarlo. Si alguna persona ha tenido algún percance en algún lugar y bajo ciertas condiciones, siempre que se den éstas o se pase por aquél, una especie de escalofrío recorrerá su cuerpo y a veces no sabrá por qué.

Esta "lacr" que nos marca toda la vida al haber sido protagonistas de un hecho luctuoso, no suele ser grave. Quien más y quien menos tiene malos recuerdos de algo; podríamos aquí recordar la tonadilla de "a todos nos han 'cantao' / en una noche de juerga / coplas que nos han 'matao'". Es la intensidad con que se sientan estos recuerdos la que hace que sea necesario recurrir a los servicios de especialistas.

Esta fase de la evolución temporal cae totalmente fuera de nuestras atribuciones como personas de protección civil. Lo único que podemos concluir es que

haciendo menos desagradable el “trago” que los damnificados pasan en una situación de catástrofe, podamos conseguir que no sean tan malos los recuerdos que se tengan en esos momentos, impidiendo así que se reaccione con desagrado cada vez que algo nos recuerda el pasado.

Otros autores hacen más compleja la evolución mental que tiene lugar tras una catástrofe y consideran una fase inicial (condiciones anteriores al desastre) y siete fases posteriores. Estas siete fases son: el aviso, la amenaza, el impacto, el recuento, el rescate, el remedio y la recuperación.

FASES EN LA EVOLUCION TEMPORAL DE LA SITUACION

FASES ANTES, DURANTE Y DESPUES DEL DESASTRE							
CONDICIONES PREVIAS AL DESASTRE	AVISO	AMENAZA	IMPACTO	RECUENTO	RESCATE	REMEDIO	RECUPERACION

Como hicimos con la teoría anterior de las tres fases, vamos a comentar cada una de ellas, con la finalidad de que sus conclusiones nos sean útiles.

Condiciones previas. La cultura de un país, e incluso dentro de un mismo país, la correspondiente a sus regiones o, en último extremo, la de cada uno de sus ciudadanos, condiciona sobremanera el comportamiento ante una catástrofe. Por extrapolar, y en aras a la comprensión del tema, podemos suponer el caso en el que se declarase un incendio en un parque de bomberos, en una comunidad religiosa o en un recinto de utilización cultural o deportiva. El comportamiento individual como colectivo sería totalmente distinto. En el primer caso, la profesionalidad sería el denominador común y el incendio sería sofocado sin mayor trascendencia; en el segundo caso la rígida disciplina monacal y sus creencias harían muy sencilla la labor de los que acudiesen a apagar las llamas; y es en el tercer caso cuando la propia heterogeneidad de los concurrentes al acto elevaría el riesgo de todos al hacer difícil una salida ordenada o trataría de, con buena voluntad, apagar el fuego con agua dentro de instalaciones eléctricas o arrojar mantas, manteles, cortinas, etc., a las llamas por aquello que alguna vez han oído de que el fuego se “sofoca con las mantas”. Y no digamos si, además, en las condiciones previas se consideran algunas drogas incluyendo el alcohol.

Cada persona tiene un nivel de equilibrio psíquico en ciertos momentos que en parte influye en su comportamiento posterior. Este nivel de equilibrio puede ser más alto o más bajo en cuanto a su respuesta emocional ante una catástrofe.

Para nosotros existen dos factores que hacen que esas condiciones iniciales individuales o colectivas permitan que tal nivel sea el óptimo para hacer frente a una situación de emergencia. El primero es interno a nosotros mismos y

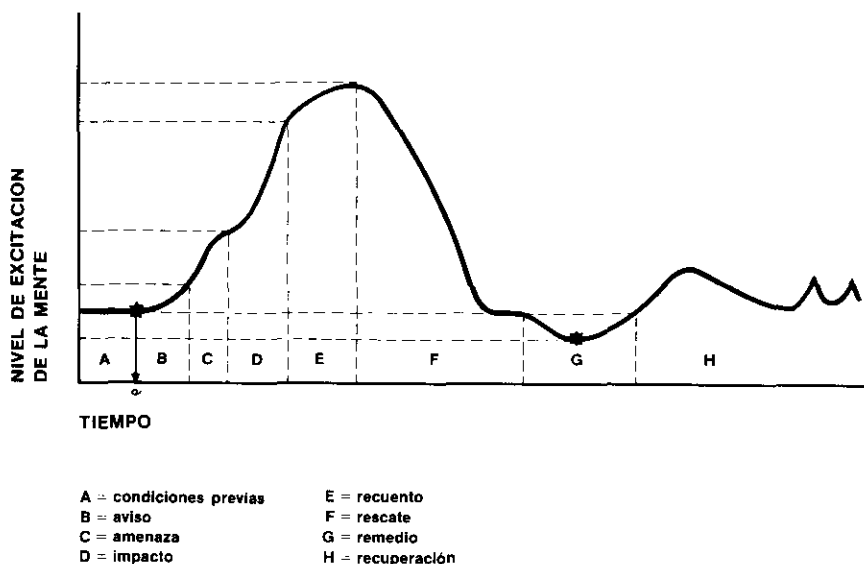


FIG. 13. EVOLUCION DE LA EXCITACION DE LA MENTE CUANDO EL INDIVIDUO SUFRE UNA SITUACION DE EMERGENCIA. QUIEN MAS... QUIEN MENOS, TODOS PODEMOS TENER EXPERIENCIA DE LA REALIDAD DE LA CURVA QUE SE REFLEJA EN LA FIGURA.

refleja el grado de formación y entrenamiento del individuo o la sociedad; en resumen, la cultura en protección civil que se nos ha dado. El segundo factor es externo y representa las medidas preventivas existentes en el lugar en donde se produce la catástrofe. Y así, un diseño que prevea las salidas masivas de personas, evitando pasillos estrechos, escaleras únicas, puertas que se abren en una sola dirección, etc., hace sentirse más tranquilas a las personas que están dentro. La señalización adecuada de itinerarios a seguir, la previsión de puntos de encuentro, centros de concentración, etc., minimizan la posibilidad de error en los que se vean afectados por una catástrofe.

Estos factores que hemos señalado y otros de carácter personal, permiten establecer un nivel de equilibrio en nuestra psique. Este nivel varía continuamente a causa de muchas circunstancias internas y externas. Nos conviene volver a señalar que el dominio de sí mismo, es decir, la claridad de ideas y el saber qué hacer en cada momento, nos proporciona un elevado nivel de equilibrio psíquico, y que son los agentes alucinógenos, hipnóticos o depresivos que se encuentran en las drogas (y volvemos a repetir que el alcohol es una de ellas) aquellos que hacen que nos encontremos con nuestras facultades mermadas si se produce un siniestro.

El aviso. Es conveniente hacer notar lo que se entiende por aviso que, en nuestro lenguaje de protección civil, solemos llamar "alerta". Es el hacer saber a los posibles afectados, que se dan las condiciones para que ocurra una

catástrofe. El vocablo "alerta" procede del italiano "all'erta" que literalmente significa: "a la cuesta", aunque también tiene el significado de "erguirse". Estos términos sirven para indicar que ante la presencia de un peligro es necesario levantarse, o ir a la cuesta, dando a entender el acudir al terraplén de la trinchera que protege las tropas de la agresión del adversario. No debemos olvidar este sentido del vocablo "aviso" o "alerta" y adoptar medidas para hacer frente a un peligro que se siente próximo.

Nuestra mente se excita, bien de repente, bien de forma pausada. En el gráfico que presenta esta evolución, hay que tener en cuenta el nivel que va alcanzando la excitación, dado por la escala vertical, y el tiempo en el que se alcanza tal nivel, dado en la escala horizontal. Y de ambas escalas obtenemos la rapidez con que se alcanza dicho nivel. Factor este muy importante –ya que así como toda materia presenta una inercia a su transformación y todo material se acomoda a los esfuerzos a los que se somete, mediante el fenómeno de la dilatación o compresión– la mente también se acomoda a los diferentes estados a los que se la somete (real o imaginariamente), mediante el fenómeno de la adaptación psíquica. Pero como en el caso de la materia, sucede que, o bien por la rapidez con que se solicita el esfuerzo, o bien por el valor de éste, aquélla se llega a romper, así la mente por la espontaneidad o sorpresa (no olvidemos el "factor sorpresa" utilizado en muchas competiciones para deteriorar los sistemas de defensa del adversario) o por la intensidad del nivel de excitación puede "romperse" y llegar a una situación de terror.

Pongamos un ejemplo sencillo. Nos dicen los meteorólogos en invierno: "Se avecina un verano duro. Los caminos estarán llenos de hojarasca del otoño. Como alguien tire una brasa o el sol apriete, se puede producir una catástrofe". Quedan muchos meses. Nuestra mente apenas se altera, solamente sabemos que, día que pasa sin hacer nada, es un día menos del que disponemos para evitar la catástrofe. Tal vez en invierno los caminos están intransitables y esperemos a la primavera para limpiar de maleza el bosque y alejar el peligro

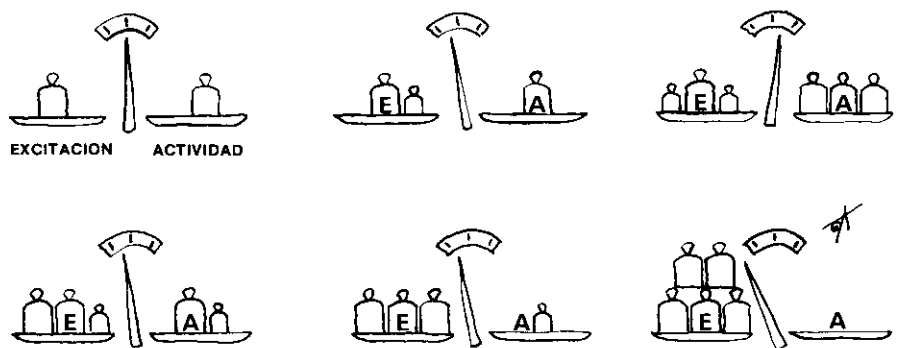


FIG. 14. SIMIL DE LA BALANZA. UN POCO DE EXCITACION ES BUENO. UN INCREMENTO MODERADO... ACEPTABLE. PERO SE LLEGA A LA LOCURA SI ESTE INCREMENTO AUMENTA INCONTROLADAMENTE.

de incendio. Quedamos pues tranquilos, ya que hemos adquirido un compromiso de futuro para resolver el tema. El tiempo en este caso ha sido suficientemente largo para que el aviso no nos perturbe apenas.

Pero ¿y si nadie nos dice nada y en pleno verano se nos informa que el bosque está lleno de maleza y hojas secas, que se producen continuamente incendios parciales y que en cualquier momento se puede producir una tragedia? Está claro que en este caso, la adaptación de nuestra mente a esta situación es más drástica, hay que tomar decisiones sin apenas reflexionar, o pensar en opciones diferentes. Esta rapidez puede conducirnos a elegir la solución peor, o hacer que nuestra mente se quede en "blanco".

Debemos aprovechar sabiamente el incremento de excitación de la mente en esta fase para actuar en la aplicación de las medidas preventivas, ya que, como vimos en el volumen *La Autoprotección*, de los Apuntes Didácticos, tal incremento conduce a una actuación más diligente de nuestras funciones con respecto al peligro que se avecina.

La amenaza. Si bien esta fase se conoce así en los estudios psicológicos, en protección civil la conocemos como "alarma". Procede de una transformación del lenguaje castrense "¡Al arma!", indicando así la posible proximidad de un adversario al que había que enfrentarse, y nada mejor que tomando los medios adecuados para ello.

De cualquier manera, el peligro es inminente. En la figura se indica un incremento de la excitación mental con una rapidez superior al de la fase anterior, llegándose peligrosamente a valores en los que las actuaciones suelen no estar justificadas y se realizan de forma incontrolada.

Si no se han tomado medidas preventivas, lo mejor es abandonar esa idea y dedicarse a adoptar medidas de protección personal. Es decir, acudir a un refugio, cerrar la casa, apuntalar las ventanas, etc.

Con frecuencia se pierde la calma y como antes hemos indicado, si la medida es la de confinamiento, las personas se mueven de aquí para allá sin ningún motivo dentro de sus casas como fieras enjauladas, la irritación suele aparecer en su comportamiento y no digamos si algún miembro de la familia no aparece.

Es aquí, en esta fase en donde la asistencia social aparece como un mecanismo útil para, dentro de lo posible, hacer que la excitación no se convierta en crispación y de ahí alcanzar peores consecuencias. La emisión por radio o TV de anuncios, información, mensajes, etc. hace que estemos pendientes de esas noticias y nos tranquilicemos. Si acaso falta alguien en la familia, esos anuncios nos pueden señalar la situación del ausente. Si existe una disciplina del uso del teléfono por haber sido educada la población en este sentido, se puede en caso de urgencia solicitar a Protección Civil datos de los desaparecidos, medicinas indispensables, alimentos necesarios, etc.

Si la medida de protección hubiese sido la evacuación, la excitación es menor, aunque parezca paradójico, ya que el ejercicio físico que impone una medida

así, elimina las tensiones acumuladas. En el volumen sobre *La Evacuación* de los Apuntes Didácticos, ya hemos detallado nuestra aportación durante la evacuación para facilitar a los ciudadanos la adopción de la medida.

Si el peligro es la contaminación, sobre todo si se trata de la radiactiva y dada la psicosis que existe al respecto, la permanencia en lugares relativamente estancos, o la protección con pañuelos o toallas en las vías respiratorias será suficiente. Como en el caso anterior, la preocupación por adoptar bien la medida que se nos indica es suficiente para relajar la tensión de la mente al sentirnos protegidos.

El impacto. Aunque parece que da a entender un instante, para el fin que perseguimos representa el periodo de tiempo durante el cual se producen los efectos directamente relacionados con el peligro.

Si la catástrofe es de origen natural (huracán, temporal, terremoto, incendio forestal...), el "impacto" tiene la misma duración que la causa que la produjo. Si la catástrofe es de origen artificial (industrial, de transporte, explosiones, etc.), la duración es desde que comienza a afectar a la población hasta que son controladas las causas que provocaron el accidente.

El incremento de excitación es casi vertical. Es el momento en el que se "cierran los ojos" para no ver lo que ocurre. Uno está esperando, eso sí, tensamente, que ocurra algo, pero siempre queda una esperanza, aunque muy

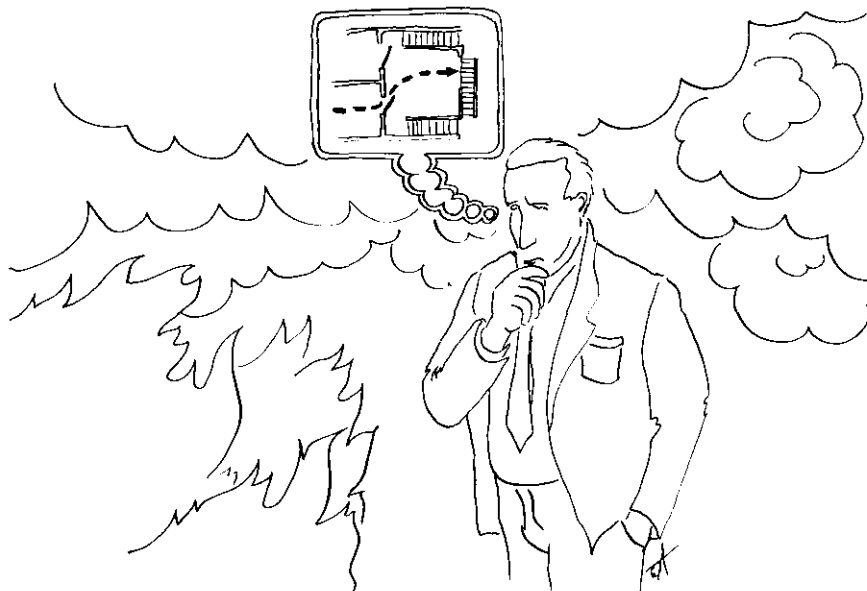


FIG. 15. EN EL MOMENTO DEL IMPACTO, SINTAMONOS MAS RACIONALES QUE NUNCA. ¡RAZONEMOS!... NO DIVAGUEMOS DESESPERADAMENTE.

arrinconada en el subconsciente, de que no suceda, que se produzca un "milagro". Quizá la catástrofe con mayor impacto en el sentido temporal, sean las inundaciones; en ellas se inspiran muchos estudiosos para analizar el comportamiento humano en esta fase. La espera hora tras hora, de día y de noche, viendo caer agua sin interrupción; notando que el nivel de las aguas sube sin cesar; el arrastre de árboles, malezas, enseres, animales ahogados; el agua penetrando por el tejado, empapando las paredes, inundando las calles; etc.

La impotencia de hacer algo, de detener la catarata del cielo, nos conduce a la desesperación. Aún en nuestro país hay gente que, en vista su limitación de actuación, acude a jaculatorias y rezos para que otro ser más poderoso pueda hacer algo.

La duda de si salir o quedarse divide las familias y vecinos. Es una fase que difícilmente puede estudiarse "en vivo", ya que los elementos modernos de auscultación de la conducta colectiva ante determinadas situaciones, no pueden hacer acto de presencia. Como ya vimos en los volúmenes *Conocimientos Generales de Protección Civil* y *La Autoprotección* de los Apuntes Didácticos, se corresponde con la componente dinámica de la inundación, en la que la fuerza de arrastre es tremenda y el riesgo de perecer, muy elevado. Es el punto o el lapso de tiempo en el que se nota la entereza de las personas ante una situación difícil. Las que no cometen temeridades ni imprudencias, sino que gradúan en cada momento la situación y dan a los que les rodean la confianza y la calma que han de reinar en momentos tensos. Esto se nota por el tono de discusiones y voces. Los grupos en los que existe tal tipo de personas permanecen atentos a ellas y las siguen en todo.

Mucha parte de ese "saber hacer" en momentos difíciles, lo deben a la información que han recibido, al interés que se han tomado y a la preparación que voluntariamente han adquirido por su participación en ejercicios y simulacros. También en ellos ha subido la excitación ¿cómo no?; son de "carne y hueso" como todos los demás y su corazón latirá más deprisa que de costumbre. Pero sus conocimientos afluyen del subconsciente a la memoria y saben lo que han de hacer. En primer término, estar serenos. Quizá así logren salvarse. De otra forma, sería difícil.

En esta fase es tan importante el comportamiento, el mantener bajo control todas nuestras actuaciones, que es en la que se decide ser víctima o no; o bien, si las circunstancias de la catástrofe nos han conducido a ser víctimas, a saber esperar, o hacernos notar, para ser auxiliados o rescatados.

Si nos fijamos en el gráfico, aún vemos que no hemos llegado al máximo de la excitación. Ello es debido a que en esos momentos, los mecanismos que "disparan" la desesperación, el miedo, la sorpresa, etc., se ven "distráidos" en parte por el dramatismo del momento.

Los matemáticos denominan "pendiente" a la relación entre la diferencia de ordenadas de los extremos de una línea y la diferencia entre sus abscisas, en la figura b/a. Cuanto mayor sea esta pendiente mayor será el incremento de

la ordenada (en nuestro caso la excitación de la mente) en un tiempo determinado. En esta fase de impacto la pendiente es la mayor de todo el proceso. Y esta circunstancia no es idónea, dado que los mecanismos de recuperación del cuerpo y de la mente tienen menos tiempo de adaptarse a la situación que, como puede comprenderse, es la peor de todo el proceso.

Estas dos coincidencias, por una parte la realidad del peligro que tenemos encima, y por otra, la deficiente adaptación, hacen que los resultados sean pesimistas. Si se pudieran compensar estos aspectos, es decir, a mayor peligrosidad menor excitación (más "sangre fría" como diríamos) no cabe duda que el número de víctimas en cada catástrofe sería menor. Como es lógico, nos referimos a catástrofes en donde hay posibilidad de opción o alternativa por parte de las personas; no nos referiremos a un accidente aéreo o a un terremoto de gran intensidad en la zona del epicentro.

Pudiéramos traer aquí, como colofón de esta fase, los versos de un poeta que reflejan su estado de ánimo y con pinceladas dramáticas expone lo que sintió en su interior en una situación de emergencia como fue la de un incendio en un teatro, cuando parecía que todo estaba perdido y que en lugar de desesperarse tuvo la suficiente entereza de saber qué hacer y así salvar su vida. Estos versos, traducidos con alguna libertad, dicen, cuando narra previamente la escena del impacto: "... El cuerpo se difumina en el tiempo / la mente se fortalece ante la proximidad de la muerte...".

Con ello nos quiere decir que, sobreponiéndose a la normal excitación prescinde de temores y angustias corporales y se concentra en su mente para buscar racionalmente una vía de salvación.

El recuento

No es afortunada la traducción que se hace del vocablo origen, que es inglés: "inventory", que más bien sería inventario. El significado para protección civil es hacer balance, recapacitar sobre los efectos que se han producido durante la fase anterior.

La desesperación es un síntoma que aparece en los damnificados. Es cuando uno se da cuenta de lo que ha perdido: salud, hacienda, bienestar, familiares, amigos... en unos momentos. No se da "crédito a los ojos". Parece como si "hubiese sido un sueño". A menor ritmo, con menor "pendiente", la excitación sigue en aumento hasta alcanzar su cota máxima, que es cuando al individuo se le "cae la venda de los ojos", "despierta de su sueño" y comprueba que, a partir de ahora, todo será distinto.

No podemos decir, al menos por ahora, que hemos perdido la vida. Pero sí darnos cuenta de las víctimas habidas a nuestro alrededor, la incertidumbre de lo que podría haber pasado a otros amigos o familiares, la sangre que mancha nuestro cuerpo, los escombros que cubren los enseres de nuestras casas, las llamas que convierten en humo nuestras pertenencias.

"He perdido a mis hijos", "he perdido a mi esposa(o)", "he perdido a mi familia",

"he perdido mi brazo"... Es la fase del "recuento" de las pérdidas de salud, afectivas, materiales...

La excitación que, como se indica en la figura 14, siempre es conveniente contrarrestarla con una actividad, llega al punto de paroxismo y se desnivela. No es extraño que la gente se arranque los cabellos, se dé golpes contra la pared, inicie una especie de "baile ritual", moviendo el cuerpo acompasadamente, grite desesperadamente, o llegue incluso al desmayo. La excitación es brutal y, de alguna forma, el cuerpo ha de eliminarla mediante el consumo de las hormonas segregadas. Otras veces, que no son frecuentes, el sujeto afectado se encierra en un mutismo impresionante; se lleva las manos a los ojos para no ver nada. En algunos casos se las lleva a los oídos, a la boca o a la nariz,... es decir, trata, ante el horror del panorama, de aislar sus sentidos (ventanas que permiten la comunicación entre el individuo y su medio) para no percibir nada de lo que le rodea.

Suele también presentarse un tercer comportamiento, menos frecuente que los anteriores. Son los comportamientos violentos. Las personas que presentan estos cuadros son adultos entre los treinta y cinco y cuarenta y cinco años, de clase media y baja. Son aquellos que día a día, desde hace muchos años, han sacado "adelante" a su familia y a su casa gracias a su esfuerzo, que aún tienen hijos de corta edad, que se sienten orgullosos de lo que han hecho y satisfechos de sus logros basados en su trabajo. Su reacción es el llanto pero también la violencia. Sobre todo con los que no conocen.

¿Cuál ha de ser nuestra actitud ante los que se encuentran en esta fase?



FIG. 16. ES LA HORA DEL "BALANCE".
¿QUE HEMOS GANADO?... ¡NADA!
¿QUE HEMOS PERDIDO?... ¡TODO!
LAS REACCIONES PUEDEN SER DIVERSAS, COMO SE PRESENTA EN LA FIGURA.

Si son víctimas, es decir, si sufren efectos físicos sobre su persona, entonces debemos atenderlos, comprendiendo al mismo tiempo su estado de ánimo en esta fase. La reacción violenta de su excitación suele estar en correspondencia inversa con la gravedad de su estado. Es evidente que si está desmayado o malherido su reacción es nula; si está ligeramente herido, sus reacciones serán parecidas a las que tendría estando completamente sano.

Los que están conscientes en esta fase suelen seguir preguntando las consecuencias del siniestro y, sobre todo, la situación de sus familiares. ¡No les ayudemos a hacer el "inventario" de sus males! Esta ayuda será menor cuanto mayor sea su gravedad. E incluso podemos pasar de un lacónico "no sé", "no se preocupe" a "parece que usted es el único que ha tenido mala suerte, pues los demás no han sufrido daño alguno", etc.

A pesar que algunas personas se alegran del mal ajeno y pudiera parecer que exagerando el efecto sobre los demás servirán de consuelo a la víctima que atendemos, en estas circunstancias no se cumple tal vaticinio. El pensar que uno ha sido el más afectado nos induce a sentirnos caritativos con nosotros mismos y a tener derecho a exigir la caridad de los demás, y esto nos conforta. En resumidas cuentas, se llega al punto máximo de excitación sin ruptura de la mente.

Si los individuos no se pueden considerar víctimas físicas, lo mejor es dejarles (sobre todo a los pertenecientes al grupo de los violentos) que se desahoguen como puedan.

Es necesario recordar que estamos en la fase de recuento. En otras fases posteriores sí que podemos hacernos cargo de estos violentos con la metodología que ya expusimos. Ambos tipos de violencia son distintos. La violencia que se presenta en esta fase es consecuencia directa de la situación y obedece a impulsos irracionales de impotencia ante un hecho ocurrido. La otra violencia, la que se manifiesta en las fases posteriores, ya no es necesaria, pues transcurrida la fase de recuento todo lo que se haga es reflexivo, y la violencia, al ser de por sí insolidaria, perjudica directamente a los demás, ya que no aporta nada positivo (más bien aporta solamente aspectos negativos) a las actuaciones conducentes a la adopción de medidas.

La violencia, en esta fase, es innata. Lo mejor es que ella sola se extinga. Dejemos que el afectado se haga daño en los puños golpeando la pared; que las lágrimas viertan el desconsuelo que le invade, que el garrote o la viga sea blandida en el aire y golpee contra nada.

Algunos autores denominan al "recuento" como "recaída". No hemos creído adecuado este término porque parece indicar que haya habido después del "impacto" una fase de recuperación tras la cual venga la "recaída". Esto por el gráfico no es así, sino que se trata de una "caída" aún más profunda (si bien con menos "pendiente") que la que ha sufrido el sujeto en la fase de impacto.

El rescate

Aunque en protección civil existe una diferencia clara entre el auxilio, rescate

y salvamento, en los estudios sobre el comportamiento social de las víctimas, se unen el auxilio y el rescate, tomando este último nombre. La razón es sencilla. La víctima no distingue en su estado afectivo nada más que tres situaciones: está en el lugar de la catástrofe, está atendida en dicho lugar o está fuera del mismo. No distingue entre lo que es el auxilio (los primeros auxilios, que son los que le podemos dar nosotros) y el verse llevada a otro lugar dentro del mismo escenario del desastre. Lo que sí distingue es cuando es evacuada (es decir, salvada, en la terminología de protección) en ambulancia u otro medio fuera de la zona afectada.

También nosotros hemos de confesar que no distinguimos en muchas ocasiones entre auxilio y rescate, ya que, como se manifestó en el volumen *Auxilio, rescate y salvamento* de los Apuntes Didácticos, alguna de estas dos actuaciones puede faltar o confundirse una con otra. El salvamento se corresponde con la siguiente fase: "el remedio".

Esta fase del rescate está claramente diferenciada de las demás, porque en ella se inician y prolongan las acciones de atención a las víctimas. Todo en el lugar es un ir y venir de personas tratando de aminorar los efectos de la catástrofe. Los servicios de Protección Civil o, mejor dicho, coordinados por Protección Civil, cumplen sus misiones. Los bomberos, policías, Cruz Roja, voluntarios (que están capacitados), autoridades, etc., llenan la escena. El material pedido para hacer frente a la emergencia va llegando apresuradamente: excavadoras, ambulancias, cisternas, autobuses, camiones...

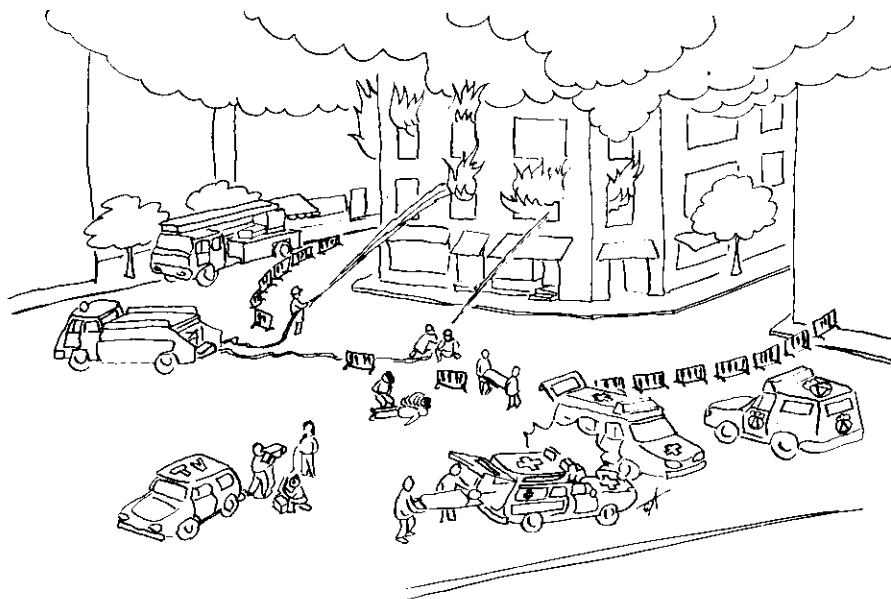


FIG. 17. DENTRO DEL CAOS... UN ORDEN IMPUESTO PARA EL RESCATE DE LAS VÍCTIMAS.

Dos factores son decisivos para el ánimo de los afectados: la presencia de otros ciudadanos, sobre todo los profesionales de la protección y autoridades, y la tarea de los que no han quedado físicamente afectados. Esta esperanza de salvación para los que han quedado "tocados" y esa labor de cooperación de los vecinos que no lo están, hacen descender el nivel de excitación a valores aceptables y, en muchos casos, normales, con una "pendiente" o ritmo bastante acusado. Al ir desapareciendo la tensión, bien por la esperanza de ser atendidos adecuadamente, bien por el esfuerzo físico que supone la ayuda a los demás, se pasa sucesivamente por las distintas etapas que se presentan en la figura 14, es decir, hacer corresponder el grado de excitación con el nivel de actividad de forma óptima.

El tiempo juega en favor de los damnificados, bien porque son evacuados fuera del lugar, bien porque el cansancio y el compartir las tareas solidariamente con otros acaban estabilizando el comportamiento. Al final de la fase (que puede durar varios días), se obtiene la horizontabilidad que se indica en la figura 13 del intervalo F. Ello significa que se ha llegado a una situación estable, indispensable para alcanzar el equilibrio psíquico del individuo. Las comidas, "bocadillos" o "rancho" que se suelen entregar en esos días deben ser aprovechados por nosotros para llevar la conversación a terrenos estrictamente relacionados con la tarea realizada, como si se tratase de una obra cualquiera, evitando siempre que se retrotraiga a la fase anterior recordando las pérdidas tanto humanas como materiales.

En esta fase, se pueden entender aspectos verdaderamente dignos de mención. Si la catástrofe es grande, aconsejando la evacuación de la población o su traslado a otros lugares, nos encontraremos con personas que no evacúan porque quieren permanecer en sus casas (o en sus ruinas según el tipo de catástrofe). A este tipo de personas hay que obligarlas a desalojar con alguna razón coercitiva. Suelen ser ancianos.

Otras personas, sobre todo adultos con responsabilidades familiares, se aseguran de que los suyos se marchen y ellos permanecen en el lugar ayudando en todo tipo de tareas. Los jóvenes con familia a su cargo, dado que sus hijos son aún pequeños, marchan juntamente con la célula familiar. Los jóvenes sin responsabilidades familiares suelen quedarse para ayudar a su vez a los mayores que se han quedado, colaborando con Protección Civil.

Encontraremos también desaprensivos que, burlando el cordón policial que suele formarse para evitar la entrada de curiosos y "caritativos", y para facilitar la maniobra de los medios que se aproximan al área de actuación, tratan de apropiarse de lo ajeno. No tenemos capacidad ni misión de echarlos, pero sí notificaremos a la fuerza de seguridad ciudadana su presencia.

Como hemos indicado en otros apartados, nos encontramos con grupos de "manifestantes" que de una forma estentórea expresan su descontento. Ya dijimos que lo mejor era asumir sus razonamientos y tratar de dividirlos a fin de que su "protesta" pueda ser escuchada por todos.

Nos quedan, por último, los grupos de profesionales de la información que

tratarán de obtener los primeros planos, las primeras impresiones, las escenas más crudas, los relatos de los afectados, en resumidas cuentas, las "primeras páginas" de los servicios informativos de sus medios. Si a ellos también ha llegado la preparación que hay que tener en caso de emergencia, sabrán que su zona de actuación es la marcada por el Director del Plan. Ir más allá no solamente es transgredir una norma, sino también impedir una labor de salvamento. Dentro de la zona afectada no debemos hacer declaraciones a ningún medio. Si nos lo autorizan, tales declaraciones deben ser hechas en la zona de socorro o apoyo.

Hay casos en que, según el tipo de catástrofe, no se evacua el lugar, con lo que toda la población afectada queda dentro de la zona de actuación. Veremos que esto no es bueno, ¡los que no ayuda, estorban! Estorban no solamente por su presencia física –siempre es un estorbo– sino por sus continuos incordios, ayes y lamentaciones. Si nuestros superiores no se han dado cuenta, les sugeriremos que trasladen a estas personas a otro lugar. Tal medida representa más seguridad para ellos, más atención para las víctimas y más eficacia para nosotros.

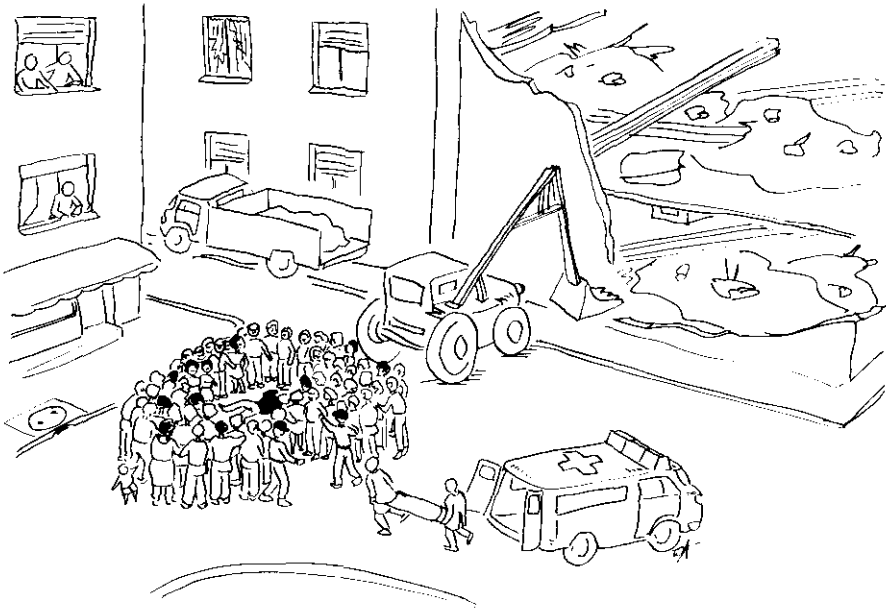


FIG. 18

- A LA VICTIMA LE FALTA OXIGENO.
- LOS CAMILLEROS NO PUEDEN PASAR.
- ... SI LA PALA EXCAVADORA DA MARCHA ATRAS ... ¡MAS VICTIMAS!
- ¡MIRONES... FUERA!

De esta forma se consigue que, unos porque no están presentes en el lugar de los hechos luctuosos ("ojos que no ven, corazón que no siente") y otros porque están ocupados ("con tajo y trabajo sus penas no trajo"), el nivel de excitación desciende, con lo que se consigue no sólo la protección física, sino también la emocional.

El número de personas que debe actuar en la zona afectada depende de la intensidad y del tipo de la catástrofe. Estas personas están agrupadas en equipos de trabajo. Los afectados que **quieran** participar y **puedan** participar (de nada nos serviría un anciano o un lisiado) quedarán incluidos en algún equipo y seguirán las instrucciones del responsable del mismo. De esta forma, la corresponsabilidad en las funciones con el resto de los que forman el grupo, hará más eficaz la labor de los que, conmovidos por la tragedia, encuentran una forma de entretener la mente y la satisfacción de poder ayudar a los más necesitados.

Por otra parte, su aportación es muy útil, pues conoce, mejor que los equipos de auxilio o rescate o de emergencia, el terreno.

El remedio

Desde un punto de vista de la protección, el "remedio" se identifica con el salvamento. Una vez que las víctimas han sido auxiliadas y rescatadas se dispone su traslado a otros lugares para su total recuperación. Así mismo, la población no afectada, incluso los que participaron en la fase anterior "el rescate" y colaboraron con Protección Civil, también deben abandonar la zona. ¡Ya han hecho bastante!

En algunas catástrofes, que no tienen graves consecuencias, esta fase se confunde con la anterior. No es necesario que las personas abandonen sus viviendas si éstas no han quedado dañadas. Podemos pensar en una avenida que solamente haya anegado las calles o un incendio que haya cubierto de humo una población. Pasado éste, huelga toda medida adicional de protección. Las pérdidas materiales en estos casos suelen ser muy pequeñas.

Cuando lo ocurrido puede ser calificado de siniestro o catástrofe, los daños son de tal categoría que, o bien todos, o parte de los vecinos, han de abandonar, al menos temporalmente, sus hogares.

Se produce entonces una reacción negativa. Hay que volver a empezar. Hay que poner "remedio" a las consecuencias de lo ocurrido. Esta reflexión que las personas se hacen, una vez que se han cubierto las necesidades más perentorias y atendido a los más necesitados, conduce a una depresión. Depresión que, según los psicólogos, se basa en las siguientes consideraciones:

- El cansancio propio de la fase anterior. Son muchas horas o días en actividades físicas para paliar los daños.
- El gran salto emocional dado en poco tiempo desde el comienzo de la fase "aviso" y el final de la fase de "rescate".

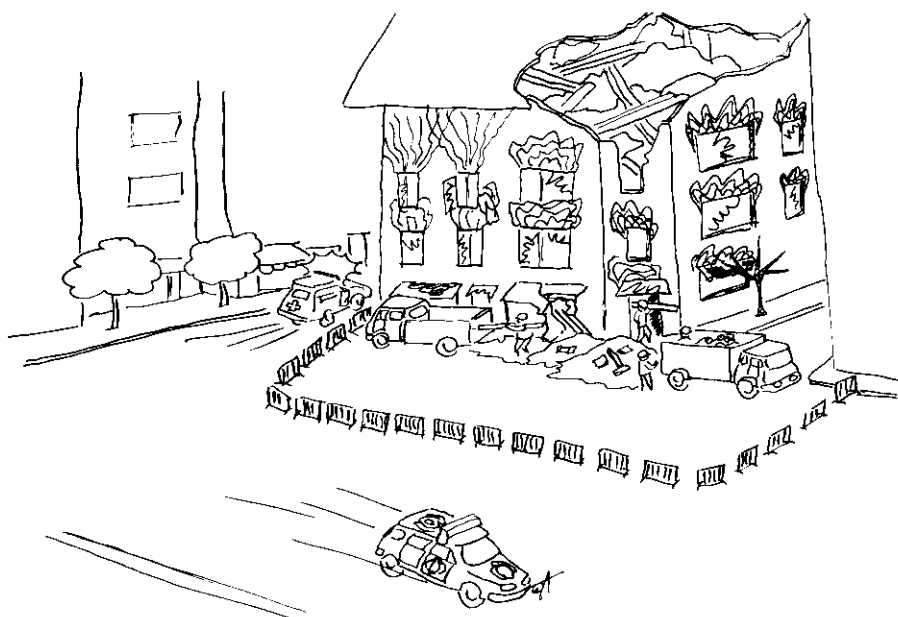


FIG. 19. EN ESTA FASE DEL REMEDIO, SE TRATA DE RECUPERAR AQUELLOS SERVICIOS QUE SEAN ESENCIALES. LAS VICTIMAS YA HAN SIDO DESALOJADAS.

- El panorama que se presenta para el futuro. Es decir, la desesperanza aparece ante los afectados como una "garra" que atenaza su porvenir.

Según los estudios realizados, cuanto mayor sea el tramo horizontal dentro de la fase anterior, "el rescate", menor será la depresión que gradualmente se producirá en esta fase del remedio. Algunos opinan que en grandes catástrofes es conveniente prolongar el tramo horizontal todo lo que sea posible y que con ello se consiguen algunas ventajas. En primer lugar, la salud mental del afectado para fases posteriores; en segundo lugar, el aprovechamiento de su esfuerzo físico en la cooperación con los efectivos de Protección Civil; en tercer lugar, el hacer el traslado de la población de forma más escalonada y, por último, que cuando estas personas acudan a los albergues o campamentos acondicionados para los que han de abandonar sus viviendas, se encontrarán en perfectas condiciones psíquicas de integración y serán útiles al resto de los vecinos. La única desventaja que se encuentra a esta prolongación de la fase de rescate en su tramo horizontal, es la de que se trata de personas adultas que darían confianza al resto de los evacuados en los momentos más duros de iniciar una vida distinta y distante de la que anteriormente llevaban.

Como podemos ver en la figura 13, la fase de remedio posee dos partes: una de excitación descendente y otra ascendente. Cuando se intenta profundizar en el tema y querer saber por qué no son dos fases distintas, nos encontramos con razones de peso para que no sea así. Existen, en el complejo mundo de la mente, mecanismos que nos deprimen o nos entusiasman —depende del momento y oportunidad en los que aparecen—. La lluvia continuada, el cielo

nublado, el aire huracanado, la tormenta..., son sucesos que provocan en nuestra psique mecanismos cuyos efectos son distintos según las circunstancias. Y así, si nos encontramos en la calle o en el campo, nos induce a la huida y a buscar cobijo. Nuestra mente busca con afán el poderse zafar de los efectos que producen estos meteoros. Si nos encontramos en una cabaña o choza mal acondicionada, nos produce una ansiedad al preguntarnos qué va a pasar, cómo quedarán los caminos, si quedamos aislados... Si estamos cómodamente instalados en un "chalet", nos sentiremos llenos de amor a la naturaleza, ver nevar, a lo lejos un relámpago, el armonioso sonido de las hojas cuando el viento las mueve... Si acaso hemos perdido un ser querido hace poco tiempo, nos entra nostalgia, tristeza, como si los nubarrones hubieran de permanecer siempre en el cielo sin dar paso a la luz solar. No diremos nada de lo que podamos sentir cuando, quizá sin recursos económicos y con sólo un traje para estar medio cubiertos, se avecina una tormenta de nieve en plena calle o campo.

El medio y nuestras circunstancias condicionan en gran manera el estado anímico de nuestra mente.

Volviendo a esta fase, si bien al principio las causas a las que antes hemos aludido hacen decaer nuestro ánimo, al descansar, al comprobar que todo el país ha tomado conciencia de nuestra desgracia, que necesitamos creer las promesas del futuro hechas por las autoridades, al vernos a salvo damos paso a la resignación, volvemos poco a poco de nuevo a la normalidad mental.

Lo fundamental de esta fase, lo crítico diríamos, es que no descienda el desánimo más allá de lo que puede ser una crisis depresiva, cuyo remedio pasaría a ser tratado por personal sanitario. Otro aspecto a tener en cuenta es la "pendiente". Debemos intentar que tanto la "bajada" como la "subida" sean lentas ¡sobre todo la "subida"! Las personas, según los entendidos, soportan mejor las penas que las alegrías. Valga un caso real sucedido no hace muchos años.

Una familia humilde. El cabeza de familia enfermo del corazón. El ama de casa con el "vicio" de jugar a la lotería una cantidad dentro de "sus posibilidades" por si la diosa fortuna se acordase alguna vez de ella (en realidad, rezaba a Santa Rita) para salir del apuro. En esto que... ¡milagro!..., un premio bastante abultado. Y ahora el problema, el marido. ¿Qué hacer para que le den la noticia poco a poco? Con prudencia de mujer sabia no dice nada a nadie y de esta forma, se evitan "pedigüños" y que el marido se entere de sopetón.

Acude al médico con el problema para que le recomiende algún potingue y darle la noticia sin que su cardiopatía se vea afectada. El médico, con conocimientos de psiquiatría, se ofrece a realizar el servicio. Quizá por ética profesional, quizá por ver en los nuevos millonarios unos clientes apetitosos, ¡vaya usted a saber!

Su primer contacto fue muy profesional. Auscultación. Pulso. Pupilas, etc. Después, conversación médico-paciente, frases de "salud delicada", "hay que cuidarse", "necesario ir de vacaciones"...

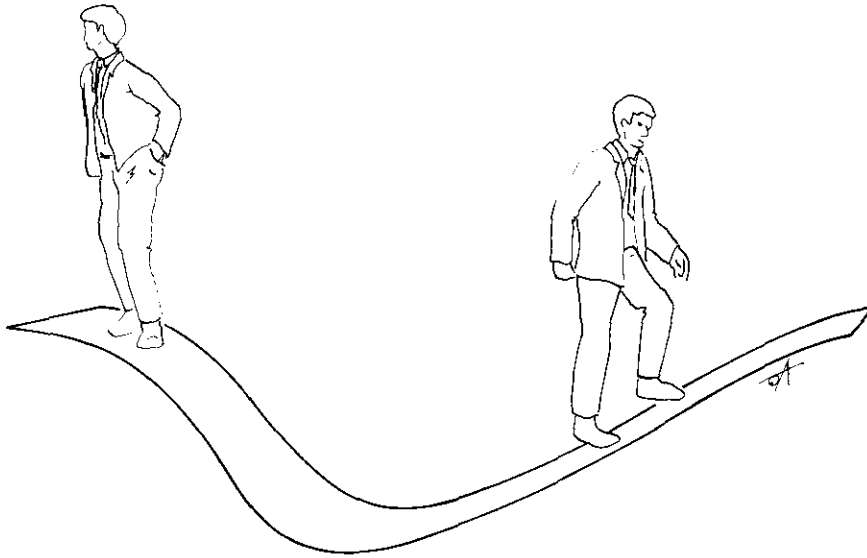


FIG. 20. MIRAR HACIA ATRAS... NOS DEPRIME. MIRAR HACIA EL FUTURO ELEVA NUESTRA MORAL PARA ENFRENTAR LO QUE VENGA. ¡EVITEMOS EL BACHE!

–¿Con qué doctor? –dijo el cardiaco–. No tenemos ni “pa el metro”. ¿Cómo me habla de tomar el avión?

–Bueno, pues juegue a la lotería, a lo mejor...

–Sí, la parienta juega, pero está de Dios que aquí no caiga.

–Mire que si le tocan, pongamos 10 millones, ¡sí que tendría para ir a Canarias!

–insinuó el galeno.

–¡Toma!, si me tocara eso..., para ir a Canarias y para regalarle a usted un coche.

–Bueno, bueno, se lo agradecería...

Y así el prudente doctor fue aproximándose a los 250 millones que le había tocado al matrimonio.

–Y puestos a suponer..., suponga ahora, que en el próximo sorteo le caen 250 millones. ¡A ver! ¿qué haría?

–Qué ganas de broma tiene usted doctor. ¡Le juro por mis muertos que si me tocan 250 millones, aquí delante de la santa (era su mujer) se lo digo, le doy la mitad.

La verdad es que aquí acabó todo, pues el soponcio que le dio al médico fue tal, que ante el asombro del enfermo (que no murió del suceso) y los apuros

de la "santa" hubieron de llevárselo al depósito de cadáveres para la autopsia. Pronóstico: insuficiencia cardiaca por emoción incontrolada.

Tal vez la historia haya resultado larga, pero nos muestra que hay que ser prudentes con las promesas. No porque ocurra al afectado lo mismo que ocurrió al médico del ejemplo, pero sí que la confianza depositada en ellas le haga elevar el ánimo y su incumplimiento le hunda más de lo que estaba. No olvidemos el dicho ¡quien más alto sube... mayor golpe se da!

Fase –esta del "remedio"– delicada, porque en ella tiene lugar un punto de inflexión, es decir, una variación en la tendencia anímica. Dentro de nuestras competencias, tenemos que procurar que la curva se aproxime a una línea recta que enlace la fase anterior con la siguiente. Animando para que la caída sea lenta y pequeña y haciendo la subida aún más lenta, mediante la información precisa sin triunfalismo o dramatismo, de lo que ocurre o de lo que se prevé pueda suceder.

Como podemos observar, la transición a la siguiente y última fase es bastante extraña, pues no se dan cambios en los parámetros que definen la curva para hacer sospechar del paso a otra fase. Según la figura, cuando el nivel de excitación en su recuperación corta el nivel correspondiente a la situación normal, tiene lugar este cambio de fase.

Parece ser que, tras el largo proceso al que ha estado sometida la mente desde el aviso hasta esos momentos, se hace posible conseguir la estabilidad psíquica partiendo de las condiciones que antes tenía. Por eso, si no se alcanza el nivel normal previo al aviso, el afectado debe estar sometido a tratamiento psiquiátrico o de otro tipo. Si pasa de tal nivel, es buena señal, ya que la recuperación es posible.

La recuperación

Pasado el punto de corte, al que antes hacíamos referencia, el tiempo, sobre todo, se encargará de que el sujeto vuelva a la normalidad. No es posible que "todo sea igual" que antes; la conciencia ha sufrido una agresión muy dura y el recuerdo siempre perdurará. A mayor agresión más tiempo será necesario para volver al nivel normal. Debemos insistir en que en esta fase no se contemple la depresión o desánimo, es decir, la curva tienda a ir al valor normal pero siempre desde una posición de sobreexcitación.

¿Por qué es esto? ¿Por qué no se admite una depresión?

Debemos indicar al respecto que estamos dentro del campo de protección. Los niveles inferiores, tales como la depresión, se corresponden con tipos patológicos cuyo tratamiento sale fuera de los límites de aquélla. Si el individuo no ha reaccionado positivamente en la fase anterior, el caso es un caso clínico, no de asistencia social.

La recuperación empieza a tener lugar en los albergues o áreas de recepción social, a los que ha acudido la población hasta que se decida sobre su futuro: si pueden volver a su residencia habitual o si, por el contrario, han de perma-

necer en dicha área hasta que se les habilite otro espacio. Durante el tiempo que permanezcan en el domicilio provisional, es cuando nosotros, los de Protección Civil, podemos hacer que la desexcitación sea lenta y constante.

En otro volumen de estos apuntes, titulado *Evacuación, Dispersión Y Albergue*, señalábamos cómo la organización de las residencias temporales, la regulación del ocio, el establecimiento de competencias, la distribución de tareas y la expulsión de los indeseables, influyen en el ánimo de los albergados y les permiten recobrar poco a poco su natural manera de ser. Lo que ha ocurrido, lo que se les trataba de inculcar, es que antes había que hacer una cosa, según una forma de vivir, y ahora hay que hacer otra cosa, según otras coordenadas. ¡Pero siempre hay que hacer algo! Y ese algo, se haga donde se haga, es importante, útil y necesario para la comunidad.

En una clase de medicina, el profesor catedrático de psiquiatría pregunta a los alumnos. Uno no sabe contestar a lo preguntado: "¿pero qué hizo usted ayer entonces?" –inquirió el docente. "Pues... nada" –responde tímidamente el discente–. "¿Nada? Pero, ¿dice usted **nada**? Ya que no estudió, haber ido al cine, a pasear, a bailar, a emborracharse... a hacer **algo**" –le recriminó el doctor–; "siempre hemos de tener la mente consciente ocupada en lo que sea, ¡sólo los **mue**rtos no hacen nada!".

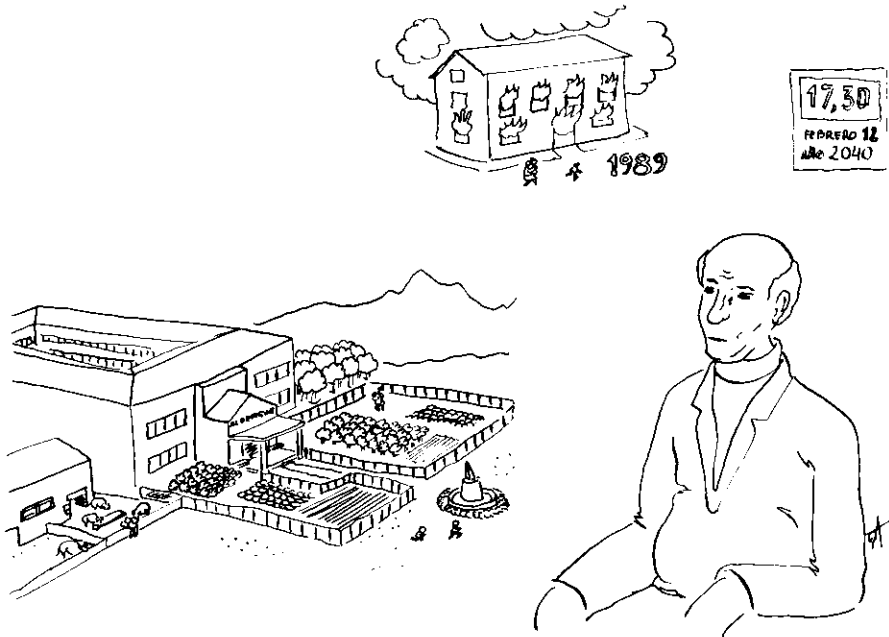


FIG. 21. SI EL TRATO QUE PROTECCION CIVIL HA DADO A LOS NIÑOS ALBERGADOS POR UN SUCESO OCURRIDO EN 1989... CUANDO ALLA POR EL AÑO 2040 LO RECUERDEN, SU RECUERDO SERA SERENO, PERO SI ASI NO FUESE, LA FIGURA 22 NOS MUESTRA OTRO TIPO DE ACTITUD.

Un papel importante en la recuperación, por lo que respecta en la parte correspondiente al albergue, es la que se intenta conseguir con las charlas, conferencias, discusiones abiertas, etc., que tienen lugar después de las cenas. En el volumen citado se indicaban los temas más convenientes a tratar, entre ellos la situación futura.

Dado que las reuniones son para todos los albergados (incluyendo niños), no cabe duda que, si los de Protección Civil damos entrada a que opinen todos, siempre saldrá un resultado optimista o moderadamente optimista, pero nunca pesimista, ya que los adultos, los jóvenes y, sobre todo, los niños, aportarán una componente positiva que influirá en todos y servirá para tranquilizar los ánimos. No es lo mismo el punto de vista de un anciano que nada espera de la vida, sino la nostalgia del pasado, que un chaval que mira al futuro con ánimo de conquistar las más altas cimas.

Entre el "ya no volveremos a pasear por la alameda", y el "haremos un polideportivo para entrenarnos y llegar a las Olimpiadas", hay un mundo; en realidad, tres generaciones.

El contagio del optimismo en estos casos de catástrofe, que ya pasó por el punto mínimo, es más frecuente que el pesimismo, que tiene carácter retrógrado.

Después del período de albergue, el tiempo sigue haciendo su papel de amortiguador ("no hay dolor que cien años dure", "el tiempo todo lo arregla"). Ahí ya no estaremos nosotros.

A veces, a lo largo de la vida, incluso en la de aquellos que pasaron momentos difíciles siendo niños, el subconsciente hace recordar las escenas vividas y nuestro ánimo se altera. Cada vez con menor intensidad, es cierto, pero que se deja notar. Son las secuelas de los malos ratos pasados. Pero de este fenómeno psíquico podemos extraer algunas enseñanzas para protección. Existe un dicho, muy traído a colación por los políticos: "Aquellos pueblos que ignoran su historia están condenados a repetirla".

Nosotros podemos decir: "Aquellos ciudadanos que olvidan sus catástrofes están condenados a sufrirlas de nuevo". Estos recuerdos que nos hacen sobresaltarnos durante la fase de recuperación nos pueden estar diciendo: "¡jojo!, que puede ocurrir", y así tomar medidas preventivas para que no nos vuelva a suceder.

¿Quién no ha sufrido una desagradable descarga eléctrica?, y ¿quién no toma precauciones, a partir de entonces, para no tocar un cable?

¿Quién no se ha asustado al cruzar una calle y darse cuenta que ha podido resultar atropellado?, y ¿quién, a partir de entonces, se olvida de mirar antes de atravesar?

¿Quién no se ha cortado con unas tijeras?, y ¿quién no pone, a partir de entonces, más cuidado cuando las maneja?

¿Quién al tirar una cerilla o un cigarrillo mal apagado a la papelera no se ha

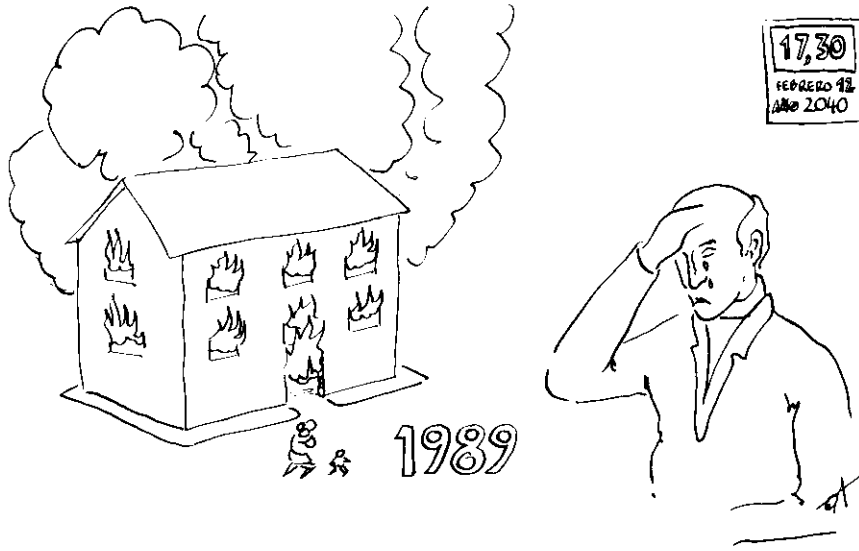


FIG. 22. UNA ACTITUD MOHINA QUE HABRA SIN DUDA TENIDO INFLUENCIA A LO LARGO DE TODA UNA VIDA.

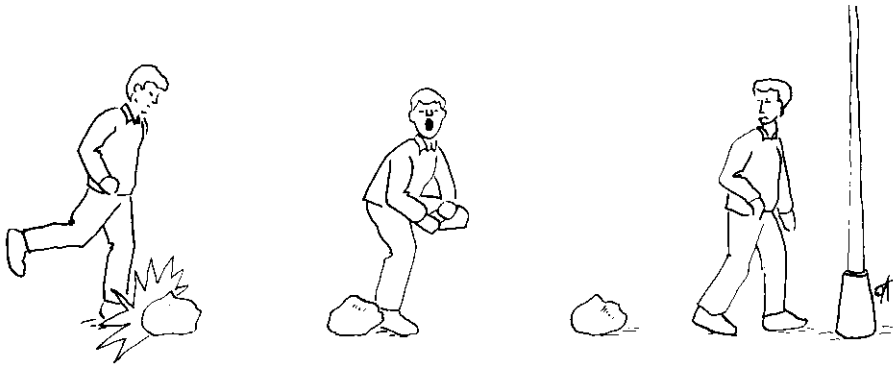


FIG. 23. ESTE SEÑOR SE ACABA DE DAR UN GOLPE EN EL PIE... Y SI MIRA HACIA ATRAS, "MALDICIENDO LA PIEDRA" (ACTO INUTIL), LO NORMAL ES QUE ACABE IMPACTANDO CON LA FAROLA (ACTO LAMENTABLE). NO DEBEMOS ACTUAR ASI. "LAS DESGRACIAS NUNCA VIENEN SOLAS" Y ES PORQUE NOS CENTRAMOS EN LA DESGRACIA PASADA Y OLVIDAMOS LAS QUE PUEDEN VENIR.

visto envuelto en humo?, y ¿quién, a partir de entonces, utiliza más a menudo el cenicero?

Quien no aprenda de todos los incidentes que tienen lugar a lo largo de su vida, y no saque las conclusiones pertinentes, estará condenado a perecer en su propia negligencia.

Hasta aquí las nociones más simples extraídas del comportamiento individual y colectivo en una emergencia. No son difíciles de asimilar, pues nosotros podemos haber sufrido las consecuencias de una emergencia y experimentado aquello que hemos ido diciendo a lo largo del apartado.

Pero en nuestra labor de protección hemos de aplicar esos conocimientos para comprender a las víctimas y tener paciencia para atenderlas adecuadamente. No es solamente cuidar a un afectado, ponerle una venda, ayudarle a bajar de una ventana o arrojarse con una manta, también es cuidar, procurar tranquilizarle, hacer disminuir su tensión emocional y que vea con resignación la realidad presente. Con ello es muy posible que se eviten efectos, quizá más dramáticos, que los que la propia catástrofe ha producido en la sociedad.

CAPITULO 2

**ATENCION A ENFERMOS, IMPEDIDOS,
ANCIANOS Y NIÑOS**

ATENCIÓN A ENFERMOS, IMPEDIDOS, ANCIANOS Y NIÑOS

Son, como hemos dicho otras veces, individuos o grupos de individuos, que constituyen los denominados grupos críticos. Si en condiciones normales se desenvuelven de forma especial, bien por sus reacciones psíquicas poco maduras o perturbadas, bien por sus taras físicas, no digamos lo que ocurriría en circunstancias de emergencia.

Los principios en psicología que hemos dado en el apartado anterior corresponden a un comportamiento más o menos normal, entendiéndose por normal aquellos individuos que forman la mayoría de la sociedad cuando a ésta se la somete a una clasificación según sus reacciones ante distintas situaciones y estimulaciones exteriores. La figura 24 trata de definir los grupos críticos como aquellos individuos que ante ciertos estímulos reaccionan de diferente forma. Estas reacciones se agrupan en categorías, según un cierto criterio. Por ejemplo: muy buena, buena, aceptable, regular, mala y muy mala. Lo normal es que casi todos, de una manera o de otra, reaccionan adecuadamente. Pero habrá unos cuantos que por sus condiciones no puedan hacerlo así: esos son los grupos críticos.

Podemos hacer dos observaciones.

¿Dónde ponemos el límite de los grupos críticos? Es decir, si hace falta correr, consideramos críticos a los que no tengan piernas o estén paráliticos de ellas o a los que estén cojos. Pero puestos a esto, podemos preguntarnos también si los ciegos, aunque tengan piernas, deben ser considerados grupo crítico si han de correr.

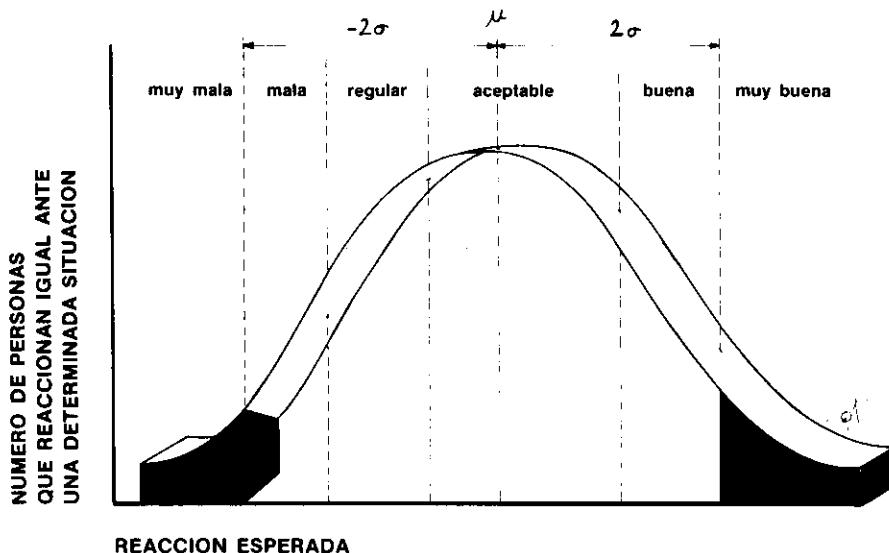


FIG. 24. LA CAMPANA DE GAUSS. COMO MUCHOS SUCESOS DE LA VIDA, EL COMPORTAMIENTO DE UNA COLECTIVIDAD ANTE UNA EMERGENCIA SIGUE SU DISTRIBUCION. HAY COMPORTAMIENTOS MUY BUENOS, MUY MALOS Y TODO EL ESPECTRO INTERMEDIO.

También profundizando en el tema, podemos considerar que en circunstancias en donde haya que salir de "estampida", los que no alcancen los 100 metros en quince segundos pueden ser considerados grupo crítico.

En protección no podemos fijarnos en tantos detalles que enmascararán lo que verdaderamente se persigue: salvar el mayor porcentaje de personas. Por eso, los grupos que hemos considerado: enfermos, impedidos, ancianos y niños, son los que se tienen en cuenta al elaborar los planes de emergencia en aspectos de atención social.

Para reforzar la teoría anterior, pensemos en el caso de hundimiento de un edificio. Los niños, por su menor corpulencia, son los mejor dotados para salir entre las fisuras, y los que en otras circunstancias podríamos considerar los más aptos, por su fuerza física y complexión atlética, en este caso, forman parte del grupo crítico.

Son paradojas que pueden incidir puntualmente en algunas situaciones, pero no de forma generalizada. A cualquiera que se le pregunte (y con esa filosofía está hecha la figura 24 que se aplica a protección) quién está mejor dotado o adaptado para sobrevivir a una emergencia –si un anciano o un joven, si un enfermo o un sano, si un niño o un adulto o un impedido o un atleta– el resultado sería el que se muestra en la figura. Es decir, a la "cola" de la izquierda estarían situadas estas colectividades que hemos citado como las más indefensas.

Otra observación que tenemos que hacer es que la lista de los componentes de los grupos críticos que hemos dado no está completa. Pueden darse casos de algunos individuos que, a pesar de estar catalogados como críticos, en un momento determinado, y bajo ciertas circunstancias, reaccionen con más eficacia que otros de los que se esperaría un comportamiento casi ejemplar.

Contemos una anécdota verídica. Una empresa dedicada a una industria cuya actividad es muy peligrosa, contrató los servicios de un veterano de la guerra acaecida en un lejano país de oriente. Su valor en mil combates, su sangre fría en situaciones difíciles, siempre en primera línea, le hacían el hombre ideal para encargarse de dirigir la organización de emergencia de la instalación. **Todo** lo tenía previsto, **todo** estaba bajo control. Las actuaciones, como se demostraba en ejercicios y simulacros, tenían lugar con la precisión de un cronómetro de competición, con la contundencia de un destacamento militar bien entrenado y con la eficacia de una apisonadora. La empresa estaba orgullosa de su organización de emergencia. A todas las visitas les mostraban al heroico veterano que permitía estar tranquilo al personal y en el que los directores confiaban de lleno.

Pero un día sonó la alarma (no como reflejo de un ejercicio o simulacro, sino como consecuencia de un grave accidente).

Nadie se lo explicó, ni siquiera el gallardo responsable, pero éste salió corriendo como "alma que lleva el diablo" hacia la salida más próxima, dejando a todos más sorprendidos con su actitud que con la situación de grave riesgo que estaban corriendo.

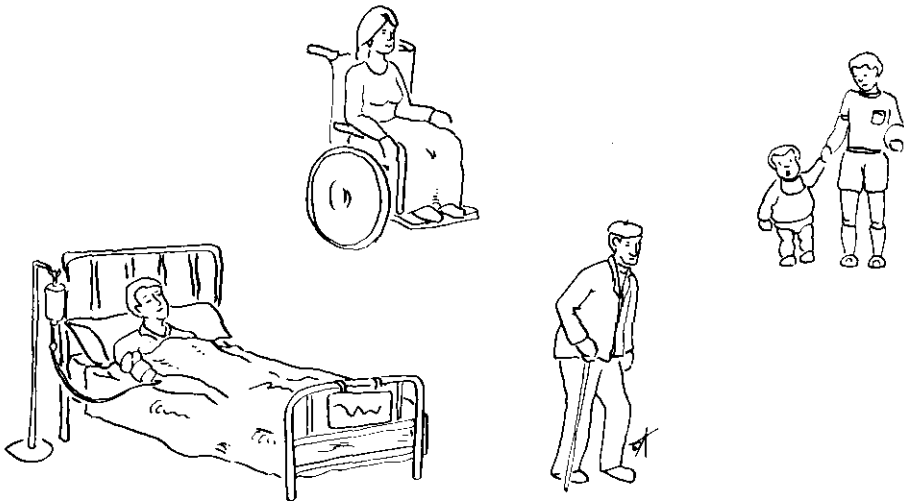


FIG. 25. AQUI SE REPRESENTAN LOS CUATRO TIPOS DE GRUPOS CRITICOS EN UNA EMERGENCIA: ENFERMOS, IMPEDIDOS, ANCIANOS Y NIÑOS.

Afortunadamente, estas instalaciones tan peligrosas poseen suficientes automatismos y mecanismos de seguridad como para que la cosa vaya más allá de un simple susto. No pasó nada. Sabemos que el "héroe" renunció a su cargo. Lo que no sabemos es que quizá el que más motivos tuvo para correr, se quedó en su lugar de trabajo cumpliendo con su deber hasta el último momento.

Con este hecho real se pone de manifiesto que a veces en nosotros mismos, y sin saberlo, llevamos la semilla de la ofuscación que nos hace reaccionar de forma muy distinta a lo que otros esperan y nosotros mismos creemos.

En el volumen de Conocimientos Generales de estos Apuntes Didácticos de Protección Civil, decíamos que todos los participantes han de tener uno o más sustitutos, o bien que su misión pudiera ser cubierta por otros sin que la operatividad de aquélla se viese afectada sensiblemente. Con ello se alcanza un grado más seguro de protección y se evitan sucesos como el relatado.

Todo lo anteriormente comentado sirve para que veamos lo relativo que es hablar de grupos críticos y que lo que pretendemos, con lo que a continuación trataremos, es dar unos criterios básicos para el tratamiento de los que, de forma clásica o convencional, constituyen en sí el grupo de los más desafortunados en caso de una emergencia. Pero no olvidemos que en esas circunstancias todos podemos fallar, si bien es más improbable este fallo cuanto más y mejor entrenados estemos y mejor conozcamos los peligros a los que hemos de enfrentarnos.

ENFERMOS

Hay diferentes tipos de enfermos desde el punto de vista de protección, independientemente de los que se consideren en el mundo clásico. Para nosotros, enfermos son aquellos que en razón de su enfermedad no pueden adoptar por sí solos las medidas de protección y necesitan ayuda para ello. No consideramos los casos de enfermedades leves, o incluso graves, pero que a pesar de su estado, el individuo pueda, en un estado de consciencia, seguir las instrucciones dadas, y arropados convenientemente y medicamentados, puedan seguir al resto de la población.

Lo ideal sería disponer de ambulancias suficientes para que, en caso de evacuación, fuesen trasladados con toda garantía a centros adecuados. Pero ello en caso de evacuación. Hay otras situaciones, la mayoría de ellas, en las que no hace falta tal medida y nuestra labor es muy concreta en los diferentes casos que vamos a considerar.

Dentro de este grupo crítico, y como hecho real, se encuentra un colectivo formado por drogadictos, en estado de "ilusión" o de "abstinencia", durante el cual no pueden controlar sus acciones y encontrar, de forma racional, el camino que les permita protegerse de los efectos de la emergencia.

Vamos a considerar este grupo crítico, en el que, insistimos, no se encuentran aquellos enfermos que pueden valerse por sí mismos en la adopción de me-

didadas de protección dictadas por el Director del Plan, siguiendo una lógica de actuación.

Recluidos en sus casas, hospitales, sanatorios o clínicas, o en la calle (enfermos crónicos)

Antes de comenzar la exposición de este apartado, vamos a recordar aquí la frase de un profesional español en Protección Civil que señala con frecuencia: "las emergencias no suelen ser educadas", haciendo referencia a que no acostumbra a pedir permiso para irrumpir en nuestras vidas.

En un apartado anterior vimos las reacciones psicológicas, una a una, según un caso completo en el tiempo de emergencia "bien educada". Desgraciadamente, esto no es frecuente. Las primeras fases son siempre acumulativas y ello supone una mayor excitación de la prevista y, además, en menos tiempo.

Los enfermos acusan esta excitación con mayor intensidad que los sanos, y los enfermos más graves con más que los menos graves.

En casa

En el caso "ideal", aunque posible, de que cada barrio de cualquier ciudad contase con un servicio de protección civil, aunque fuese minúsculo y, como ya desarrollamos en otros temas, contase con una especie de lista actualizada de las novedades ocurridas en su demarcación, seguramente tendríamos recogidos en ella los casos graves que necesitarían nuestra ayuda.

Los enfermos que se encuentran en sus domicilios están rodeados de familiares. Nuestra presencia sería más bien para tranquilizar a éstos ante el panorama que se les presenta de atender al enfermo.

Si la población está instruida o preparada, sabrá que en caso de emergencia los servicios de Protección Civil conocen el problema y, si no van casa por casa, se encontrarán en la calle. Cualquier necesidad de medicinas o asistencia sanitaria lo podrán solicitar a través de estas personas que, aunque los servicios telefónicos no funcionen a causa de la emergencia o queden colapsados por la natural impaciencia de los vecinos, con sus medios pueden, en caso necesario, ponerse en comunicación con los servicios adecuados.

Si la autoridad decretase la evacuación, avisaríamos a ambulancias, y si no llegan por el colapso de tráfico, utilizando camillas u otros medios trasladaríamos a los enfermos a lugares más seguros con ayuda de familiares o voluntarios.

Hospitales, clínicas o sanatorios

Nuestra actuación aquí es más cómoda. En estos centros se encuentra personal profesional cuya formación deontológica les obliga a atender a los enfermos. La situación se complica porque en estos centros, los enfermos además están impedidos, en el quirófano o en período postoperatorio, que hacen desaconsejable, o imposible, que se levanten.

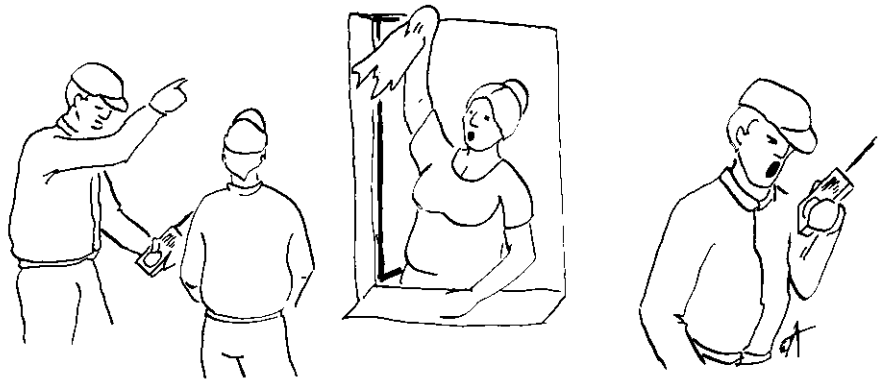


FIG. 26. EL CODIGO INTERNACIONAL PARA PEDIR AYUDA INMEDIATA A PROTECCION CIVIL EN CASO DE EMERGENCIA... UN PAÑUELO BLANCO (EN GENERAL ALGO QUE ONDEE) Y PROTECCION CIVIL PASARA EL MENSAJE DE AYUDA.

Ya dijimos en otros volúmenes, que para estas instalaciones sería rentable, al menos desde el punto de vista social, conseguir un diseño tal que, ante los riesgos que se esperan para esa zona o lugar geográfico, pueda soportarlos sin necesidad de llegar a una medida de evacuación. Pues, si ésta se llega a decretar, las consecuencias serían, y casi lo decimos sin temor a equivocarnos, peores que las que se originarían por el suceso que ha dado lugar a la emergencia.

Reflexionemos sobre lo que hemos dicho. Un hospital en un lugar donde se produce una serie de sismos que hace sospechar a los entendidos que "aquello" irá a más. Las autoridades decretan la evacuación de la ciudad. El colapso de tráfico, el miedo, el abandono de los hogares sin las debidas medidas de seguridad, la interrupción de los servicios municipales, etc., harán parecer a muchas personas; los enfermos hospitalizados que estén en sus camas, camillas, con los elementos de su supervivencia, goteo, ayudas clínicas; el personal sanitario que se encuentre en sus domicilios; los enfermos que estén en el quirófano; los que están en estado terminal, las ambulancias que no llegan, bien por el tráfico o bien porque los conductores se van a sus casas. Los acompañantes de los enfermos que arrastran sus camas fuera irrumpiendo en los pasillos, a veces estrechos; las camillas que no pueden bajar las escaleras, los montacargas que no funcionan... ¡un caos!

El número de víctimas será mayor que si se quedan en su sitio y dejan que la naturaleza, la suerte o, para los que son creyentes, Dios, se apiade de ellos. Sin embargo, esto no sucede ¿Por qué?

Si profundizamos un poco en el tema nos encontramos con dos posibilidades. El instinto de huir y el remordimiento. El primero, como hemos explicado en el Volumen *Conocimientos Generales de Protección Civil* de los Apuntes Didácticos, es consecuencia del deseo de supervivencia que cada uno tenemos y

que se manifiesta en el enfermo y en los que le acompañan. Es más, si en esos momentos el enfermo está solo, pide desesperadamente que le saquen de allí. El segundo, el remordimiento, es consecuencia de nuestros lazos afectivos con la víctima... ¡no lo vamos a dejar solo en esa situación! Si muere en el hospital, clínica o sanatorio, o en casa, sin haber intentado arrastrarle fuera, la conciencia nos lo recordará continuamente. Si muere en la evacuación diremos... ¡hicimos todo lo que pudimos!, y esto nos exime de toda responsabilidad, sin pensar que si lo hubiésemos dejado donde estaba, hubiese tenido mayor probabilidad de salvarse.

Esta es la explicación de que, cuando se declara una situación de emergencia, todos tratan de moverse hacia fuera ¡sin saber bien por qué! Por ello volvemos a insistir en que la preparación, tanto nuestra como la de nuestros vecinos, como veremos en el apartado siguiente, puede conseguir mayores cotas de seguridad y grados de protección.

Pensemos ahora en algo que le suele ocurrir al personal sanitario y, en general, a todos aquellos que tienen un deber o una misión en aras de la población y, por qué no, nos puede ocurrir a nosotros.

Imaginemos la escena. Un cirujano y su equipo interviniendo a una persona a corazón abierto. Un parpadeo de los potentes focos señalando que han tenido que intervenir los servicios de emergencia de alimentación de energía del quirófano, pues ha fallado el servicio municipal. Un temblor en los pies de los intervinientes, una oscilación de lámparas, mesas, utillaje quirúrgico..., en fin un terremoto. El asistente se asusta y sale corriendo, otros miembros del equipo lo siguen por temor a que se les caiga el techo encima... Preguntemos: ¿Debe el cirujano abandonar al paciente? No decimos si lo abandona o no, pues eso es una cuestión a contestar caso por caso, sino ¿**debe** o no hacerlo?

Igual puede ocurrir con los que están en los servicios de bomberos, policía, estaciones de abastecimientos de agua, de energía eléctrica, de gas, teléfonos, etc., y, por qué no, de Protección Civil.

La verdad es que no tenemos una respuesta concreta. Pensamos que tal respuesta debe encontrarse dentro del sentido que cada uno tenga de solidaridad con los demás. Este caso nos recuerda un anuncio que se hacía como consecuencia de la enorme difusión de la enfermedad conocida por sus siglas SIDA (Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida) para evitar su propagación... "Estoy dispuesta a darlo todo por amor, menos la vida"... En tal caso comprendemos el abandono del enfermo por el médico en casos extremos.

Otro caso que se presenta, es el de los enfermos denominados terminales. Sin intentar plantear el tema de la eutanasia, podremos indicar que existe otra problemática. Si bien uno puede exponer su vida para salvar otra, en el caso que nos ocupa, el problema es el de exponer nuestra vida por salvar otra cuyos días están contados.

Los que hemos expuesto son casos duros que irrumpen de forma violenta en nuestras mentes. Si bien en el caso que nos ocupa, casi toda la responsabilidad recae en los cuadros clínicos del hospital o sanatorio, no olvidemos que

si ellos abandonan el lugar o son incapaces de atender a todos los enfermos, nuestro código ético nos obliga a intervenir.

Algunos compañeros tratarán de regular el tráfico para que las ambulancias puedan salir o llegar, otros llamarán o procurarán vehículos para la evacuación y otros recogerán los enfermos para trasladarlos fuera. Algo está claro: no debemos mover a los que están en el quirófano, ni a los enfermos terminales. A los otros trataremos de llevarlos hacia los vehículos, en sus camas o camillas, con todos los aparatos que llevasen puestos.

En el caso que no se decretase la evacuación, nuestra asistencia se reduce a atender las necesidades del centro: alimentos, medicinas, traslado de algún familiar, proteger los equipos sanitarios, como sería el caso de que ocurriesen, por ejemplo, avenidas que hiciesen peligroso el deambular por las calles. De esta forma colaboramos a la protección de los enfermos al asegurarles la asistencia debida.

En la calle

Se trata, en este tema, de enfermos crónicos que pueden sufrir un ataque en plena calle como consecuencia de la declaración de la situación de emergencia. Podíamos poner como ejemplo los que padecen del corazón, y en cualquier momento les puede venir una embolia o un infarto. Ellos lo saben y suelen ir prevenidos con su correspondiente medicina. Otros no lo saben y entonces se encuentran desamparados.

No solamente le puede venir el ataque como consecuencia del aviso de una situación de emergencia. Puede ocurrir por otras causas. La diferencia está en que si es por causas distintas de una emergencia, cualquier vecino puede trasladarle a un centro o avisar a Protección Civil para que se envíe el socorro correspondiente; si es por causa de una emergencia, no se espera que los vecinos actúen como en las condiciones anteriores y se apresuren a llegar a sus casas o a adoptar las medidas de protección correspondientes. Pero nosotros saldremos a la calle y podremos atender a las víctimas aplicándoles los primeros auxilios y trasladándoles a un lugar más seguro o incluso, si fuese menester, evacuarles.

También en la calle nos encontraremos con esos enfermos crónicos, como son los drogadictos. Si no están bajo "abstinencia" o "colocados" son por lo general jóvenes que pueden incluso ayudarnos. Bien es verdad que "pasan" de muchas cosas, pero ante estímulos fuertes, como puede ser una situación de emergencia, responden con mayor solidaridad de lo que imaginamos.

Si se encuentran "colocados" en un mundo ilusorio, lo mejor es conducirlos a un vehículo y llevarlos como a un enfermo más al lugar donde nos indiquen las autoridades. No encontraremos resistencia por su parte, solamente miradas interrogativas, o sonrisas estúpidas.

El peor caso es cuando la abstinencia, el síndrome del "mono", se apodera de ellos. Pueden ser peligrosos. Son las fuerzas de seguridad las que han de tratar el caso. Lo normal es que al darse cuenta de la situación traten de

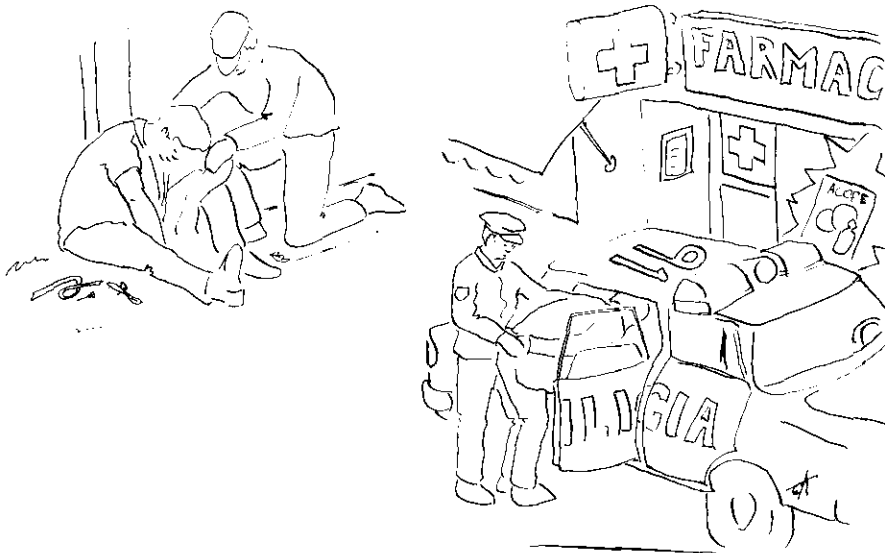


FIG. 27. EL DROGADICTO "COLOCADO" ES CUESTION DE PROTECCION CIVIL. EL DROGADICTO QUE "QUIERE COLOCARSE" ES ASUNTO DE LA POLICIA.

asaltar farmacias en busca de su "medicina" o participar en actos de vandalismo para procurarse el "remedio".

Asistencia social durante la evacuación

Tal asistencia se reduce a los cuidados normales que un enfermo debe necesitar en un transporte. Si van en ambulancias, los cuidados los darán los sanitarios que van en ellas. Si por causas diversas, estos sanitarios no van, nosotros podremos sustituirlos, pero no es aconsejable, ya que, si el número de ambulancias es elevado, los efectivos de Protección Civil no son muy numerosos y no pueden cubrir sus puestos detrayéndose de otras misiones que son más urgentes, como las de atender a la población que permanece o es evacuada. Lo normal es que algún familiar vaya con el enfermo y le facilite la asistencia más perentoria hasta llegar al lugar donde será atendido.

Si las condiciones son extremadamente difíciles y, por ejemplo, no pueden llegar todas las ambulancias que se necesiten, y sea preciso transportar los enfermos en otro tipo de vehículos, ahí es donde debemos estar al menos para evitar el pánico entre ellos y, de alguna manera, importunar al conductor provocando un accidente. Nuestra misión en tal caso, si no nos acompaña ningún sanitario, es tranquilizar a los enfermos, procurándoles algún tipo de calmante suave que los mantenga en situación de relativa calma. Los enfermos graves permanecerán echados (pues hemos dicho al comienzo que, en protección, no debemos considerar como tales a los que pueden, con mayor o menor dificultad, valerse por sí mismos) y con su mente bastante abotarga-

da como para que entre ellos se generalice una escena de pánico. Con toda seguridad desean tranquilidad y llegar cuanto antes a su destino.

Como el espacio puede ser limitado nos veremos en la necesidad, si no hay vehículos disponibles, de prescindir de los familiares que quieran acompañarlos. Sólo aceptaremos un familiar por niño pequeño que se encuentre en esa situación. Lo mejor sería que también les acompañase un sanitario.

No es rara la carencia de ambulancias debido a que éstas se utilizan con preferencia para atender a las víctimas de la catástrofe, antes que para los enfermos. Y así se da la circunstancia de que se encuentran próximas a las zonas afectadas directamente y no en la población donde están los enfermos. Esto es natural en cierto tipo de emergencias en donde la población no se ve involucrada; por ejemplo, en un accidente aéreo, o un descarrilamiento o incendio en una zona aislada. Es claro que es allí a donde debe ir el mayor número de ambulancias. Pero si se tratase de un escape tóxico que puede contaminar el ambiente de una ciudad, las ambulancias se utilizarían preferentemente para evacuar a los enfermos.

El caso se complica cuando se produce un suceso que causa víctimas directamente y afecta a la seguridad de los vecinos, como por ejemplo un terremoto. Aquí es el Director del Plan el que ha de decidir sobre el número de ambulancias que destina a las víctimas, y el que destina a los enfermos gra-

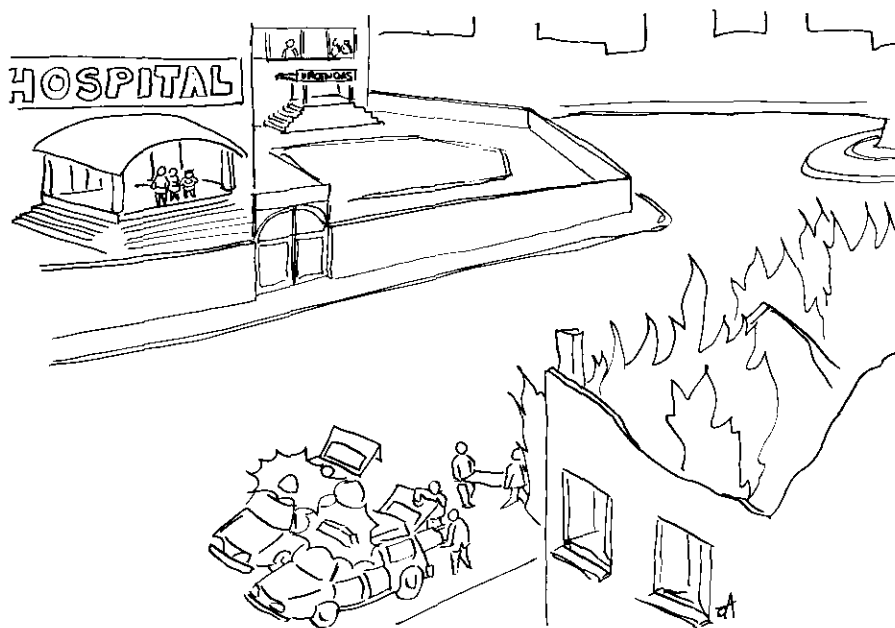


FIG. 28. LAS AMBULANCIAS, EN CASO DE EMERGENCIA, SON PREFERENTEMENTE PARA LAS VÍCTIMAS, NO PARA LOS ENFERMOS DEL HOSPITAL, QUE SE VERÁN AFECTADOS, PERO EN MENOR GRADO Y MAS TARDE.

ves, a hospitales, etc. En las mismas circunstancias nos encontramos si ocurre, por ejemplo, un choque entre un autocar lleno de pasajeros y un camión cisterna repleto de sustancias tóxicas, en una travesía de una población.

Podemos reflexionar cómo la protección civil es a veces complicada. En el último caso propuesto, podíamos pensar en solicitar a los municipios colindantes, a las autoridades provinciales o autonómicas, cuantas ambulancias existen en la región, que seguramente serán centenares. Pero, ¿qué ocurre? Muchas llegarán tarde. Otras habrán de cubrir servicios mínimos en los lugares donde están asignadas. Las que lleguen pueden impedir, si la población no tiene accesos holgados, el paso a las que salen, o quedar "atrapadas" en el tráfico que se produce como consecuencia de la llegada de autocares, camiones, vehículos, para evacuar a la población y otros servicios de protección como bomberos, policías, etc.

No nos cansaremos de decir que todo ello lo tiene que tener previsto Protección Civil y evitar así que las medidas de protección sean peor remedio que el propio accidente en sí.

¡Si malo es que falten una o dos ambulancias y se sacrifique la vida de unos enfermos, peor sería que por intentar salvarles perezca media población!

¡Conseguir el grado de protección justo es la grandeza y servidumbre de los responsables de Protección Civil!

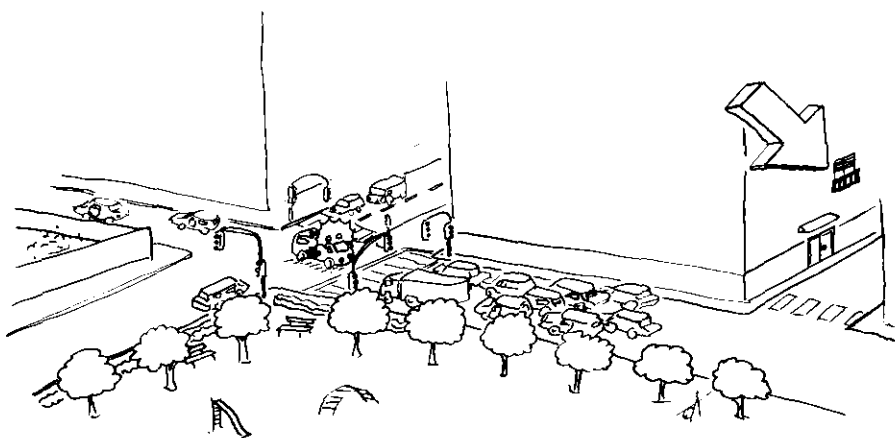


FIG. 29. LA FLECHA SEÑALA EL LUGAR EN DONDE HAY UNA PERSONA QUE HAY QUE RECOGER EN AMBULANCIA. ESTA ENCUENTRA CERRADO EL PASO POR LOS VEHICULOS QUE QUIEREN EVACUAR. SI DA MARCHA ATRAS, EL ENFERMO NO PODRA SER RECOGIDO, PERO SI NO LO HACE, IMPIDE QUE MULTITUD DE VECINOS ESCAPEN DE UN PELIGRO.

Asistencia social en el Albergue

En este apartado nos desviamos un poco de la consideración que antes hicimos, de centrar nuestra atención en los enfermos graves. Efectivamente, nuestra ayuda en caso de emergencia ha de dirigirse a los que verdaderamente la necesiten y no a otros que, si bien están enfermos, su enfermedad no les impide valerse por sí mismos.

Pero en un caso de emergencia, si hay que abandonar la ciudad, los enfermos graves serán trasladados a Centros sanitarios en donde se incluye la asistencia social correspondiente. Nosotros solamente tendríamos que visitarlos para solidarizarnos con su doble desgracia (la enfermedad y la catástrofe sufrida), y llevarles noticias de cómo anda la situación.

Los enfermos leves, los que estaban en sus casas, o en hospitales en última fase de recuperación, serán llevados a los albergues como el resto de la población. También allí serán tratados los enfermos leves que se produzcan durante la estancia en dichos albergues. Ya indicamos en el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue* de estos Apuntes Didácticos de Protección Civil, que estarán alojados en dependencias independientes, dentro del Albergue, para evitarles molestias. La higiene ha de ser extrema y también señalamos en el citado volumen que, entre las tareas que hay que repartir, se encuentra la de la limpieza de esas dependencias.

Podemos preguntarnos por qué han de hacerlo los evacuados y no otros servicios puestos a nuestra disposición por las autoridades locales o provinciales del municipio o provincia donde esté ubicado el Albergue. Hay algunas razones para ello. La más importante es la de mantener ocupada a la población que ha sufrido el siniestro, y que ha tenido que abandonar sus hogares. Otra razón es por la propia situación de los enfermos, que verán con más tranquilidad caras conocidas que otras extrañas. Como última razón, podemos argumentar que debemos perturbar lo menos posible la vida rutinaria de los que habitan en el municipio que nos acoge, evitando así "roces" no deseados.

La asistencia que podemos prestar a estos enfermos es la de pequeñas curas, ya que siempre habrá un equipo sanitario que los atiende, administración de medicamentos, intercambio de impresiones, etc.

No olvidemos que en el mismo albergue, o en otro próximo, estarán sus familiares y amigos que los irán a visitar. Esto es bueno, pero como todo, si no se abusa. Hay que tener en cuenta que en un albergue no se dispone de espacio suficiente como para tener habitaciones individuales para cada enfermo y las visitas numerosas acaban siendo molestas para todos. Por eso, exceptuando una permisividad razonable, los de Protección Civil pueden encargarse de comunicar las novedades habidas. Es una persona sola que habla con todos y no muchas personas que hablan a unos cuantos.

Hoy en día el "vicio" de la Televisión es enorme. Cuando hablamos de cómo distribuir el ocio en un albergue, se preveía la existencia de un televisor cuyo funcionamiento estuviera regulado por un servicio de la organización del alber-

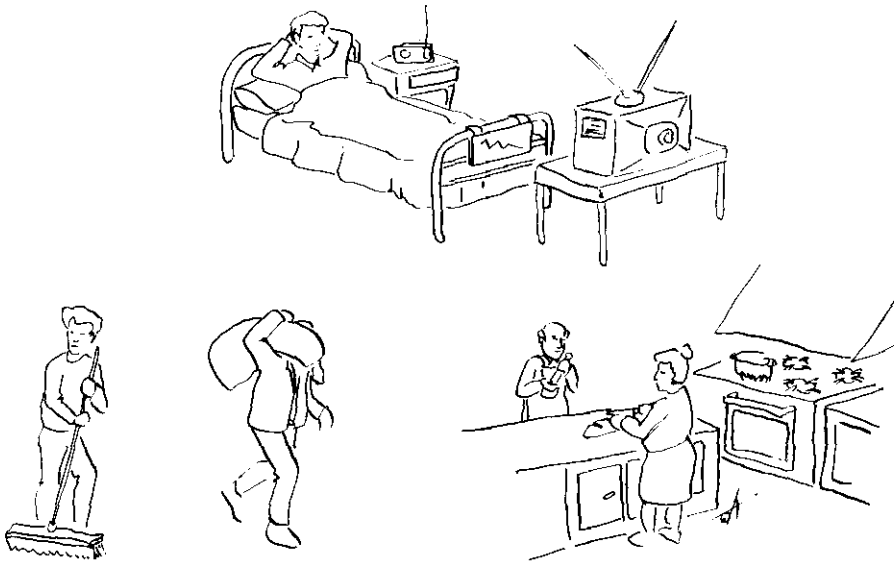


FIG. 30. MAL EJEMPLO DEL "ENFERMO" PARA SUS COMPAÑEROS DE ALBERGUE. ¡AYUDEMOS AL ENFERMO A SANAR, PERO NO LE PERMITAMOS VAGAR!

que. Si los enfermos quieren ver la TV pueden acudir a la sala donde está el televisor, incluso participar con los demás albergados y durante el tiempo del ocio, en diferentes juegos. Lo que no se debe hacer es llevar el televisor a la dependencia donde están los enfermos. Las razones son obvias. Si una persona está enferma es que algo anormal le ocurre y no tendrá mayor deseo que sentirse concentrada en sanarse. Cualquier otra reacción conduciría a pensar que la persona no está enferma y por tanto debe participar en las tareas de los demás.

El ejemplo que daría una serie de personas, que más que enfermas son poco trabajadoras, y que ante la benevolencia de los servicios médicos, son declaradas de baja y se pasan todo el día en continuo ocio, no sería el más adecuado para mantener el nivel razonable de convivencia entre los vecinos que abandonaron su hogar. La frustración y suspicacia adquieren para estas gentes unas cotas muy elevadas y cualquier «chispazo» puede provocar un altercado.

Ya veremos en otro apartado que no debemos confundir ni tratar como enfermos a los ancianos. Está claro que éstos no deben intervenir en ciertas tareas del albergue, pero tampoco tratarlos como enfermos si no lo están. En el caso de niños pequeños, y como quedó establecido en el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue*, deben estar con las madres, y dimos argumentos para ello sin que se mezclase el "machismo" para tal decisión. Ahora bien, los niños enfermos deben estar en la dependencia destinada a los enfermos, pero

siempre bajo el cuidado de una persona adulta (madre, padre, abuelos, tíos...). El niño siempre es niño, aunque esté enfermo, y si queremos que sane debe tener alguien a su lado para cuidar de él, y nadie mejor que sus familiares.

IMPEDIDOS

La diferencia fundamental de este grupo crítico con el de los enfermos es que sus condiciones mentales están en perfecto estado y sus reacciones no pueden ser seguidas por su cuerpo. Hemos hablado, en el volumen *La Autoprotección* de los Apuntes Didácticos, sobre el estrés y cómo el organismo, al recibir un estímulo de peligro, actúa en el sentido de producir hormonas que le permitan en un determinado momento hacerle frente. Si esto no fuese así, entonces el exceso hormonal crea un estrés que puede ser origen de perturbaciones psíquicas.

El impedido, como todo ser humano, al recibir un aviso de alarma que le induce a prepararse para encarar una situación, genera en su organismo el exceso hormonal, que ya de antemano se sabe no puede consumir por su disminución física.

Aquí, pues, tenemos la clave para poder tratar a los impedidos y asistirlos adecuadamente en una emergencia: procurar que eliminen las hormonas generadas mediante un cierto tipo de ejercicio físico adecuado a su invalidez.

Se piensa con razón que las peores condiciones y, por cierto las más frecuentes, son las que afectan al movimiento de las piernas, por aquello que se identifica muchas veces protección con salir corriendo. Tal impedimento físico se corrige con el empleo de muletas que permiten al individuo una cierta agilidad, sustituyendo las piernas por la fuerza de sus brazos y músculos pectorales.

No obstante, existen también casos de invalidez de las extremidades superiores, que ni aun con aparatos ortopédicos pueden sustituirlos convenientemente; por ello, no es muy descabellada la idea de que para efectos de protección la carencia de movimiento en los brazos es más crítica que la de las piernas.

Estos casos que hemos expuesto dentro del contexto de respuestas ante una emergencia no son del todo inoperantes, pues con mayor o menor esfuerzo pueden adoptarse medidas de protección, recurriendo a la ayuda de personas que en esos momentos estén próximas.

Pongamos algunos ejemplos para comprender mejor la problemática de los impedidos en caso de emergencia.

Un incendio en un edificio. Los ascensores no pueden utilizarse. Se hace preciso bajar o subir por las escaleras, las cuales se encuentran llenas de humo. Los que tienen dificultades con los brazos pueden bajar perfectamente, pero no podrán ponerse el pañuelo, que se recomienda vivamente que se ponga, para evitar la asfixia del humo. Los que tienen las piernas paralizadas pueden usar muletas y colocarse el pañuelo sin necesidad de ayuda.

Un derrumbamiento. Más útiles son los brazos para salir reptando o «gatean-

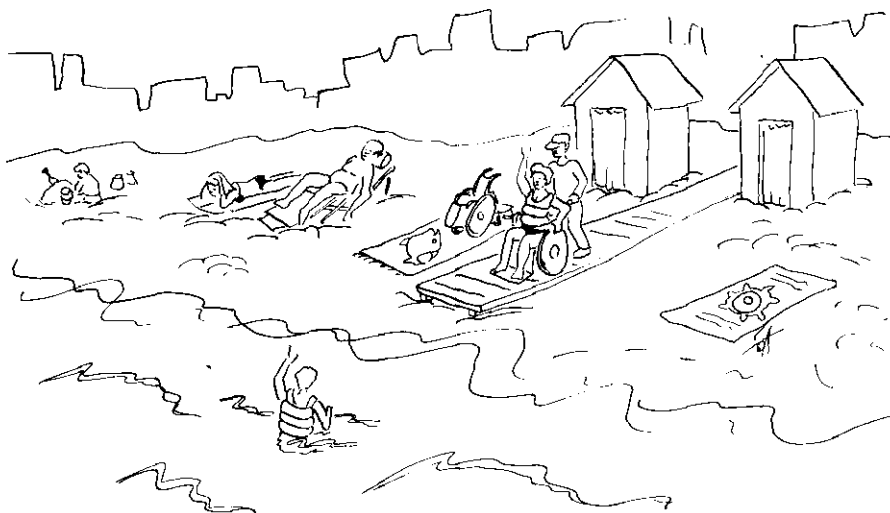


FIG. 31. NADA IMPIDE A UN IMPEDIDO, COMO CIUDADANO, DISFRUTAR DE UN BAÑO MARINO QUE LE SENTARA BIEN, PERO SIN CORRER RIESGOS QUE PODEMOS EVITAR.

do» a través de las fisuras que dejen los escombros. Las piernas pueden servir para empujar estas acciones.

En caso de accidentes en la mar, los brazos vuelven a ser los más útiles para poder asirse al salvavidas y permanecer así hasta que lleguen los socorros.

En casos de accidentes domésticos, los parálíticos de brazos no pueden marcar el teléfono, por lo que se ven obligados a pedir socorro para que alguien acuda a su llamada.

Hay otros casos de invalidez que, si bien no afectan a los movimientos de las extremidades, los hacen torpes y faltos de fuerza. Los individuos que la padecen están condenados a ir en silla de ruedas.

Nos viene a la memoria un hecho que nos ocurrió hace algunos años en una playa, durante la estación veraniega. Hay pequeñas embarcaciones que hacen recorridos turísticos. Una expedición de minusválidos, cada uno en silla acompañado por una persona con plenas facultades, si bien algunas de tercera edad decidieron dar una vuelta por el mar, para algunos la primera vez. El acceso a la embarcación era sencillo, mediante una rampa. Nos opusimos a que se llevase a cabo el paseo, pues en caso de accidente, por cierto muy improbable en las condiciones climáticas reinantes, las posibilidades de supervivencia serían muy pocas. Lo curioso es que, tanto los encargados de los cruceros turísticos como las personas a las que pretendidamente quisimos ayudar –evitándoles correr un riesgo–, se enfrentaron con nosotros. No ocurrió nada, afortunadamente.

Esto debe hacernos reflexionar, como responsables de alguna forma del grado de protección de los ciudadanos.

Es humano que quien vive de un negocio se oponga a las sugerencias de un "individuo" que le quiera "reventar" la clientela. Y también es humano que quien se ve sometido, por desgracia, a una serie de privaciones y limitaciones, quiera disfrutar de un bien, como lo es el de encontrarse mecido por las olas en medio del mar, y desoiga las prudentes advertencias de un "iluminado".

Es obvio que con una mar en calma "chicha" y un cielo radiante de sol, la posibilidad de zozobra es nula. Pero... un fallo en las juntas de la embarcación, una explosión en la caldera, un incendio a bordo, podrían dar lugar a una catástrofe. Y ello vale para cualquier tipo de pasajero. Pero no cabe duda que tendrán más oportunidades de salvarse los que se encuentren en unas condiciones físicas normales.

¿De qué forma, pues, podemos incrementar el grado de protección aun a costa de los protegidos?

Es sencillo. Que las autoridades regulen, por disposición legal, el acceso a tales embarcaciones, y decimos embarcaciones porque viene al hilo del ejemplo y la experiencia vivida. Igualmente puede aplicarse a cualquier otra actividad recreativa. Y así, si una persona bajo los efectos de una intoxicación etílica intenta subir, se le prohíbe el acceso. Si niños pequeños intentan entrar sin la compañía directa de mayores, se les impide la entrada; si impedidos quieren disfrutar del paseo, se les permite siempre y cuando existan personas adiestradas con ellos para evitar lo que puede temerse. Comprendemos que resultaría más caro, no para el impedido sino para la sociedad, pero de esta forma no se escamotea a una parte de la misma la posibilidad de disfrutar de un bien común sin someterla a un riesgo mayor.

Recluidos en sus casas, hospitales, sanatorios, clínicas o en la calle

Al contrario de lo que ocurre con los enfermos, los impedidos son dejados solos muchas veces, dado que disponen de medios para llamar la atención y porque su invalidez suele ser algo permanente.

Su propia limitación hace que haya personas a su cuidado y sepan de su existencia y condiciones para afrontar una cierta situación de emergencia. No están, pues, aislados. La diferencia de estar en un domicilio privado, un centro de rehabilitación o en la calle, impone algunas diferencias en la asistencia social que podamos prestarles.

Otra diferencia fundamental con los enfermos es que no necesitan cuidados médicos de forma continuada y que, si acaso están sometidos a prescripción médica, ésta no es crítica, y pueden estar sin ella algunos días.

Su mente despejada les permite pensar en la forma más adecuada de salvarse, a ser posible sin molestar a nadie, o con la mínima ayuda posible. Merece la pena que Protección Civil dedique cursillos a esta colectividad de ciudada-

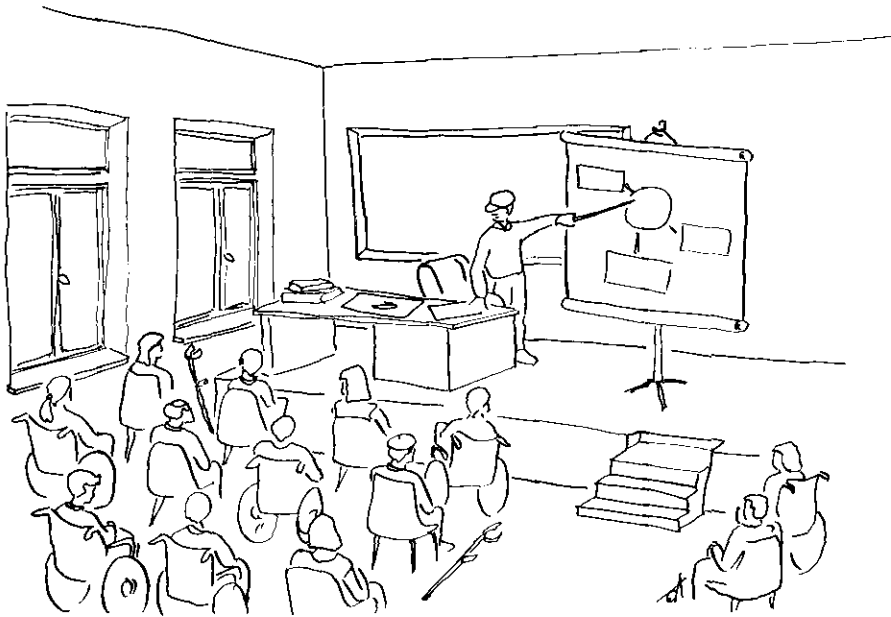


FIG. 32. COMO EN LA FIGURA ANTERIOR, PROTECCION CIVIL AYUDA A LOS MINUSVALIDOS A VIVIR EN UNA SOCIEDAD LLENA DE RIESGOS. EN ESTE CASO, HACIENDOLES CONOCER COMO PROTEGERSE.

nos no sólo para su propia seguridad, sino para aquellos que han de atenderlos.

En casa

Como se ha recordado muchas veces, las personas que necesitan ayuda, en caso de declaración de una emergencia y para adoptar alguna medida de protección recomendada por la autoridad, colgará algún trapo o sábana en la ventana, puerta, balcón, etc., para llamar la atención.

Deben darse esas circunstancias: Si se ha producido un accidente de contaminación tóxica y se declara el confinamiento tratando de aislar la vivienda, el que exista un enfermo o un impedido o un anciano no es razón para colocar la sábana si están acompañados, o si ellos por sí mismos pueden conseguir tal aislamiento.

La existencia de un impedido en una casa es conocida por los vecinos tanto en el caso de grandes urbes como en pequeñas poblaciones en donde todos sus habitantes conocen el tema. Si además los servicios de Protección Civil tienen sus fichas actualizadas, en el capítulo de impedidos podemos encontrar sus domicilios. Las patrullas que saldrán a la calle podrán acudir en ayuda de estos minusválidos en caso necesario.

Si se decretase la evacuación o el traslado de la población, este grupo crítico, al igual que los enfermos, sería el primero que habría que atender. Normalmente, exceptuando sucesos catastróficos que se producen de improviso, se dispone de algún tiempo para la evacuación; la preparación de los vecinos para adoptar tal medida necesita un tiempo, así como la llegada de los medios. Pues bien, si los impedidos son trasladados a la calle y recogidos inmediatamente por los servicios de Protección Civil, haciendo uso de los primeros vehículos que se dispongan, se consigue, además de una atención social, una medida que favorece a aquellas familias o personas a cuyo cuidado estén dedicados.

No suelen ser necesarias ambulancias, ya que, como indicamos en el apartado anterior, estarán a disposición de las víctimas provocadas por el suceso o de los enfermos. Normalmente, pueden ser acomodados en autobuses. Lo único que se necesita es que un par de personas ayuden a acondicionarlos en el interior del vehículo. Si llevan sillas especiales y fuera posible, se subirían al coche; si no, no hay que preocuparse, pues en el lugar donde van se encuentran estos medios.

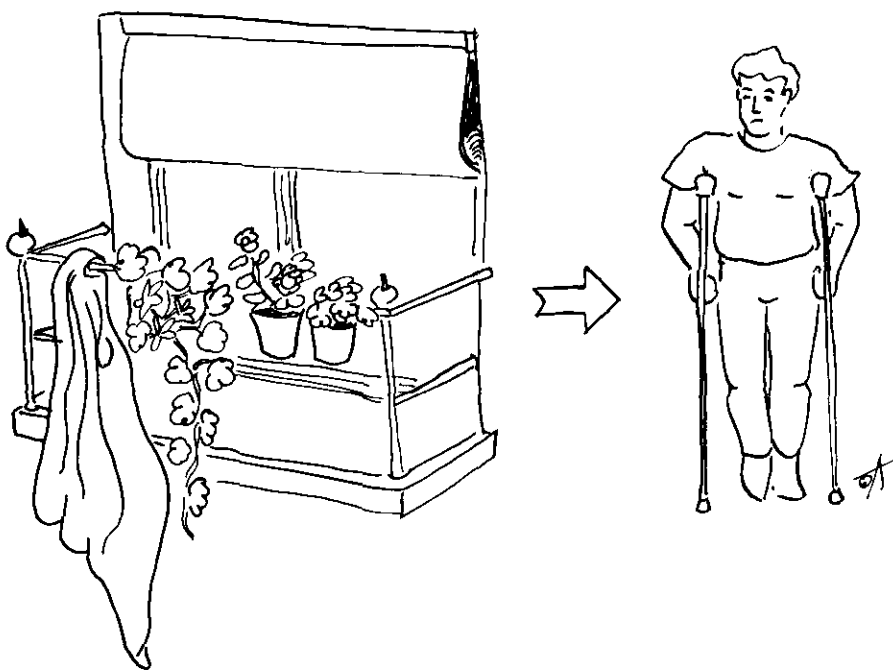


FIG. 33. ESTE IMPEDIDO, EN CASO DE EMERGENCIA, NECESITA AYUDA. QUIZA PARA BAJAR POR LAS ESCALERAS. CUELGA UN TRAPO Y ESPERA NUESTRA COLABORACION.

En caso de incendio, una de las dificultades que se presenta al intentar ayudar a los impedidos es cuando la única salida de escape sea por la ventana. Ya saben los bomberos cómo hacer posible su rescate, y cómo, en caso extremo, arrastrar a la víctima y hacerla descender de la vivienda.

No es necesario que Protección Civil esté en dichos lugares, pero puede ocurrir que la amplitud del siniestro sea tal que, como hemos dicho en otras ocasiones, además de coordinar, tengamos que sustituir los servicios que no puedan abarcar todas las áreas.

En hospitales, sanatorios o clínicas

La sanidad social, hoy en día, cubre una gran variedad de pacientes, y no es raro ver que impedidos, no enfermos, se encuentran en tales centros. El tratamiento que llevan en los mismos es el de rehabilitación, que suele ser ambulatorio, pero no puede descartarse la atención en régimen de internado.

En el primer caso, el paciente impedido puede ir solo o acompañado. De cualquier manera, si se declarase una emergencia estaría protegido por tener la suficiente movilidad o ayuda.

En el segundo caso, lo normal es que la asistencia que recibe del personal del centro sea la misma que la que reciben los enfermos.

No es, por tanto, un caso excepcional para nosotros, y nuestra aportación es la que ya hemos indicado en el caso de prestar ayuda en hospitales.

En un hospital, clínica o sanatorio hay muchas más personas que las correspondientes a las denominadas "camas". Estas se corresponden con los internos; pero existen, además, las del personal sanitario, subalterno y auxiliar, los enfermos o impedidos que en régimen externo acuden en demanda de cuidados.

Como hemos dicho en el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue* de estos Apuntes Didácticos, una emergencia que afecta a un hospital es una situación verdaderamente dramática, no por el suceso en sí, sino por la dificultad que tiene tomar o adoptar las medidas de protección correspondiente. Sabiendo esto, los servicios de protección civil deben tener prevista una mayor dedicación de su personal en el caso de tener que desalojar un centro de tales características.

Existe una norma de carácter médico, como es la de evitar ruidos y acumulación de personas en las zonas hospitalarias. Esto, por una parte, es beneficioso, puesto que a menor número de personas, mayor "claridad" para las actuaciones en emergencia. Sin embargo, en caso de desalojo, se necesitarán personas de otros lugares para llevarlo a cabo.

Concluyendo pues, sobre este particular de impedidos en centros de asistencia sanitaria, podemos decir que, o bien se encuentran allí por sus propios medios, o bien van acompañados, o bien se consideran como enfermos en caso de emergencia.

En la calle

No es raro ver a personas impedidas que hacen vida normal, como cualquier vecino, en medio de la ciudad. Los medios técnicos puestos a disposición de estas personas permiten hoy en día reintegrarse al dinamismo de la sociedad. Se valen por sí solos.

No es lo mismo, sin embargo, enfrentarse a los problemas viarios (como peatón o conductor) en una situación normal o en caso de una emergencia. Vuelven a aparecer sus taras físicas en cuanto se sale de la rutina. Si van en sus sillas, o simplemente con muletas, no pueden "competir" con el resto de la población. Pueden verse atropellados por la gente que, egoísta y lógicamente, adopta en primer lugar la protección de sí misma. Lo mismo sucede si van en vehículos propios. Lo normal es que sus reflejos no se vean, de alguna forma, seguidos por sus músculos y sufran un accidente de tráfico.

La norma general, la que Protección Civil sugiere a este grupo crítico, es que busque un lugar seguro donde recogerse y sacar un pañuelo para indicar que necesita ayuda. Cualquier viandante o conductor puede dársela. O si no, los servicios de Protección Civil, al ver la señal de socorro, acudirá en su ayuda.

La consideración que se tiene con los impedidos, cada día aumenta mediante las denominadas "ayudas o defensas arquitectónicas". La acera, en los pasos de peatones, pierde el bordillo por una rampa, este mismo sistema se ha impuesto en la entrada de las viviendas. Los teléfonos se han bajado para permitir llamadas desde sillas de ruedas, los semáforos se han hecho audibles para que los ciegos crucen sin necesidad de que un piadoso vecino les coja del brazo; en los transportes públicos hay sitio "sentado" para los minusválidos, y en algún vehículo existe la posibilidad de entrar con silla de ruedas o un "cochecito de niño" sin molestar al bebé; los aseos públicos reservan cabinas para impedidos, etc.

Sería conveniente que también tuviésemos ideas con las que dar tranquilidad a los más débiles de nosotros para que en caso de emergencia encontrasen cobijo y protección como los demás.

Asistencia Social durante la evacuación

Si la medida de protección hubiese sido la de confinamiento, no es difícil en una ciudad encontrar sitio para los impedidos que se encuentren en la calle. Si se declarase la evacuación, lo mejor es que, como dijimos antes, sean los primeros en abandonar la ciudad, en autobuses que dispondrá el Director del Plan. Así, si están en casa, se avisará con el trapo en lugar visible. Si están en un hospital, clínica o sanatorio, la organización del centro se encargará de ello, y si están en la calle, sacarán un pañuelo o llamarán la atención sobre su condición.

En los autobuses que los transporten, alguno de nosotros debe estar con ellos. No ocurría así en el caso de los enfermos, que siempre irían en ambulancias o en autobuses en los que habrá algún sanitario. En realidad, los

impedidos no necesitan la vigilancia continuada de un médico. Solamente en ciertos casos hace falta "echar una mano" para sentarlos o levantarlos, o ayudarlos a comer o beber. Los recorridos no son largos y pronto llegarán a un lugar más cómodo.

No existe la preocupación perentoria de la familia, como en la mayoría de las personas normales o en los enfermos que tienen a su cargo a otras. El impedido es un ser que se ha acostumbrado a su tara y vive con ella, se hace lo menos necesitado posible y no quiere molestar a nadie. ¡Que ninguno le considere una carga! Y así, como se nota en las excursiones que realizan al cuidado de otras personas que no son las habituales, se alegran de no dar la "lata", durante algún tiempo, a "los de siempre".

También vemos cómo se sienten cuando en épocas veraniegas, algunas personas que tienen a su cargo a otras menos afortunadas en facultades físicas (sobre todo ancianos), las dejan en residencias para poder disfrutar de un merecido descanso. Como el impedido tiene sus facultades mentales en perfectas condiciones, se da cuenta de que representa una carga. Y más en una emergencia.

Así, por suerte, dentro de la desgracia, el ambiente reinante durante la evacuación es normal. Ellos saben que se alejan de un peligro al que difícilmente podrían enfrentarse y que, durante algunos días y hasta el regreso, estarán más cuidados que de costumbre.



FIG. 34. HE AQUÍ UN MINUSVALIDO DE GRAN VALÍA PARA LA BUENA MARCHA DE LOS MINIALBERGADOS.

Es esta una de las razones por las que se recomienda que los grupos críticos abandonen cuanto antes la zona afectada. Son los que menos posibilidades tienen cuando la amenaza de un peligro se convierte en realidad.

Asistencia Social en el Albergue

La situación del albergado, por más que se hagan esfuerzos para que aparezca agradable, no lo es. El drama del desgraciado suceso no puede ser olvidado del todo; el ambiente es distinto; el diario quehacer totalmente diferente; al impedido no se le debe recluir en un hospital o centro sanitario, como pudiera parecer a primera vista. Sería tratar a una persona mentalmente sana como a un enfermo. Necesita compartir la suerte de los demás, enterarse de lo que ocurre, y, si es posible, servir de algo.

En el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue* de estos Apuntes Didácticos, hicimos mención a una serie de tareas y entretenimientos en los que puede participar. Según el tipo de impedimentos, un minusválido físico puede vigilar niños, controlar el acceso a ciertas zonas, hacer compañía a algún enfermo, escribir o recibir llamadas, es decir, más que necesitar asistencia social, él puede darla.

En cuanto a las competiciones, su participación sería en aquella que su condición permitiera.

Podemos señalar que la ayuda que este grupo crítico necesita es similar a la que necesita en su residencia habitual. Por tanto la labor de Protección Civil con ellos se limita a la que ofrece al resto de los albergados.

ANCIANOS

He aquí un problema que se plantea con frecuencia: ¿cuándo una persona puede ser considerada dentro del grupo crítico de ancianos? Es tan difícil de contestar, perdónesenos quizá nuestra falta de cortesía, como a la pregunta ¿cuándo una mujer deja de ser joven?

La matemática –ciencia precisa y exacta donde las haya– tiene una parte denominada álgebra, en la que se trata de “conjuntos”. ¿Quién no habrá pasado ratos de reflexión profunda intentando comprender lo que es un “conjunto” o las operaciones entre ellos, cuando estudiaba la EGB (Educación General Básica)? Un “conjunto” es un conjunto (valga la redundancia) de elementos con una característica imprescindible: se sabe cuáles pertenecen al “conjunto” y, por tanto, cuáles no pertenecen a él.

Pues bien, para poder tratar dentro de un campo de aplicación, los grupos críticos de ancianos o los “conjuntos” de mujeres no jóvenes, el álgebra ha introducido el concepto de “conjunto difuso”, en el que no queda claro qué elemento pertenece o no pertenece al mismo, si bien se admiten unas reglas flexibles y variables para poder dar una opinión afirmativa o negativa al respecto. Pues bien, nos encontramos ante un grupo crítico, como son los ancianos, que es necesario definir con alguna precisión a fines de Protección Civil.

Hay personas mayores de setenta años que tienen unas facultades que ya querrían tener algunos de cincuenta... Pero es evidente que, ni los de ochenta años por muy bien que estén van a salir del grupo crítico, ni los de cincuenta por muy "cascados" que se encuentren, van a entrar en él.

Hay opiniones que preconizan que se han de considerar ancianos aquellos que se encuentren más allá de la edad de jubilación, que en nuestro país es de sesenta y cinco años.

Antes de seguir, queremos recordar que estamos hablando de la población sobre la que recaen las medidas de protección y no la parte de la misma que participa de una forma u otra en la organización de emergencia. Por tanto, si recordamos, en dicha organización (volumen *Conocimientos Generales de Protección Civil* de los Apuntes Didácticos) hay personas que independientemente de su edad, son válidas para dar mayor operatividad y eficacia a las actuaciones conducentes a proteger a la población.

La teoría de los sesenta y cinco años, va en contra de lo que hemos llamado reglas que definen un "conjunto difuso", pues las mismas han de ser flexibles.

Decir que anciano es toda persona que se encuentra en un asilo de ancianos, por dicha circunstancia, es una buena regla, pues es señal que cumple esos requisitos exigibles a un grupo crítico: están allí porque no pueden valerse solos.

No debemos olvidar, y permítasenos una vez más recurrir al álgebra, que hay una operación llamada "intersección de conjuntos", es decir, que pueden existir elementos que pertenezcan a más de un conjunto. Un anciano puede estar en un asilo, porque es anciano y no tiene medios de supervivencia o, porque además de ser anciano, está enfermo o paralítico, es decir, pertenecer al grupo crítico de ancianos y al grupo crítico de impedidos.

Esto no indica ninguna ambigüedad. Ya que, como veremos, según el lugar en que se encuentre, se le aplicará la medida más oportuna. Pero conviene señalar algún matiz que lo consideramos para nuestra propia reflexión.

La figura 35 nos recuerda nuestros años de infancia; nuestros años de EGB. Conjunto de ancianos, A; conjunto de impedidos, I. El conjunto rayado común a los dos conjuntos, el $A \cap I$ contiene, o bien a los ancianos que están impedidos, o bien a los impedidos que son ancianos ($I \cap A$).

Si la medida de protección adoptada por el Director del Plan ha de aplicarse al conjunto A, de ancianos, no cabe duda que se aplica también a $A \cap I$; pero en este caso este conjunto intersección $A \cap I$, el de ancianos impedidos, constituye un "grupo crítico" dentro del conjunto A.

Lo mismo sucede si el Director del Plan, por las características y circunstancias de la emergencia, dicta una medida solamente para los impedidos; en tal caso $I \cap A$ que debe adoptarla (los impedidos que son ancianos) es el grupo crítico de I.

La cosa se complica, pero no vamos a profundizar más en este tema; si de consideran los cuatro grupos críticos, clásicos ya en Protección Civil: enfer-

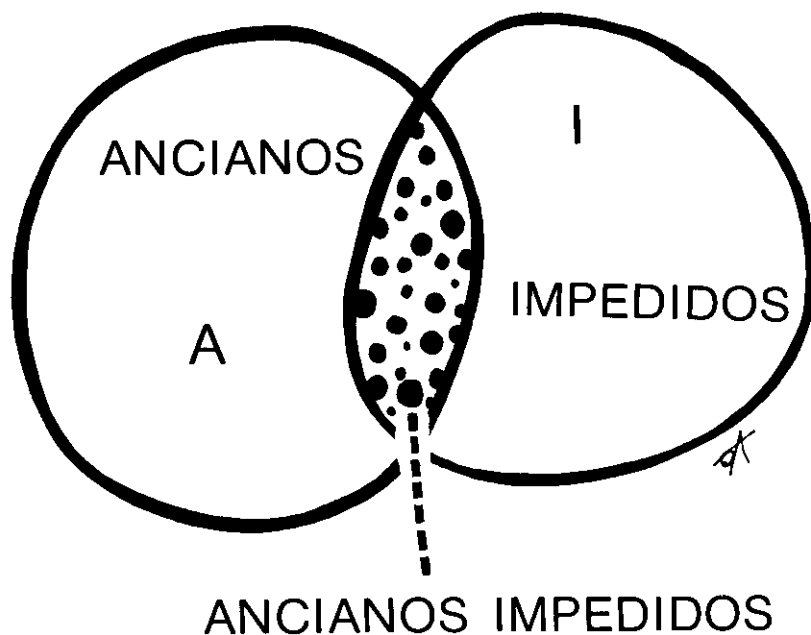


FIG. 35. DIAGRAMA DE VENN APLICADO A PROTECCION CIVIL.

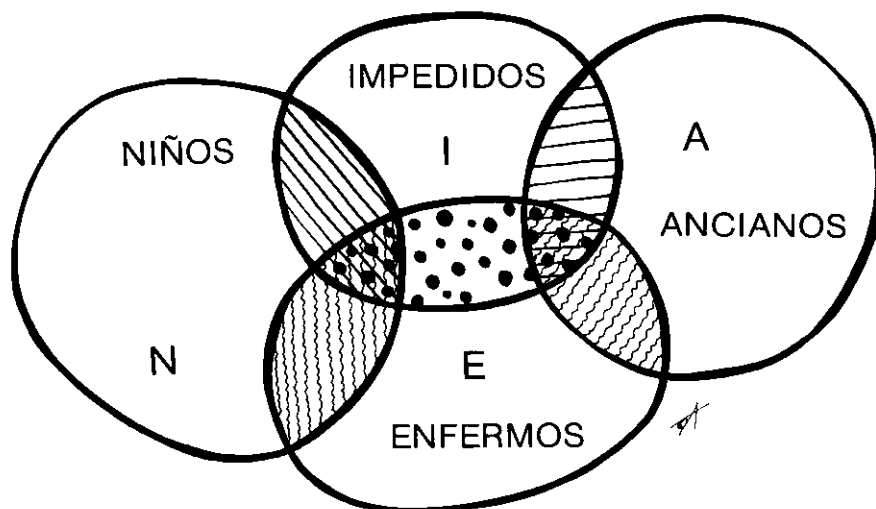


FIG. 36. OTRO DIAGRAMA DE VENN QUE INCLUYE TODOS LOS GRUPOS CRITICOS Y SUS POSIBLES INTERSECCIONES.

mos, impedidos, ancianos y niños, la figura 36 nos puede servir de introducción y reflexión posterior.

En este apartado, solamente trataremos al anciano perteneciente al grupo crítico de ancianos, sin complicar el tema con que pueda pertenecer a otros conjuntos críticos. Pero vayamos a determinar, dentro de la precisión con que se define un "conjunto difuso" quiénes son ancianos para Protección Civil..., ya hemos dicho que los que están en el asilo.

También se pueden considerar como ancianos los que han llegado a la edad de jubilación y cobran una pensión. Ello significa que no aportan un trabajo a la sociedad o mejor, que no se encuentran comprometidos a través de un contrato con dicha sociedad para realizar un trabajo.

Muchos ancianos aportan sus vastos y valiosos conocimientos al resto de la población considerándolos, como decía el clásico, "lluvia de experiencia añosa que cae sobre el campo fecundo de la juventud haciendo fructificar la semilla de un futuro esperanzador"... No obstante, como se dice, "los años no pasan en balde"..., y estos mayores saben que en determinadas situaciones, pueden ser un estorbo.

Una sensación que tienen las personas de edad, es considerar como poco maduras a las generaciones que les siguen y pensar que han de disponer y decidir sobre todos los aspectos por el bien de ellos. Aquellos que así piensan, es que entran dentro de la llamada "senilidad" y ya nos lo harán saber los familiares para hacernos cargo de ellos en caso de emergencia.

Por el contrario, en otros casos, estos mayores son necesarios y sus familiares ven en ellos un apoyo útil; en tal caso, deben permanecer con ellos.

Después de todo lo dicho, pensamos que hemos de considerar como incluidos dentro del grupo crítico de ancianos los que estén en centros específicos para ellos como asilos o residencias de tercera edad, aquellos que sus propias familias consideran aceptable que sean tratados así y los que voluntariamente se vean a sí mismos imposibilitados de seguir la dinámica que una situación de emergencia requiere.

En casa, asilos o en la calle

Es difícil encontrar alguna posibilidad de que el anciano se encuentre en otro lugar distinto de los mencionados.

Los ancianos son un grupo fácil de "manejar" a pesar de la irascibilidad de algunos. Estos últimos son, generalmente, los más débiles.

Su larga vida hace ver a los demás como niños. No en vano observamos cómo nos llaman "hijo", y utilizan para hablar a los demás el "tuteo". No se puede, pues, o mejor dicho, no se debe, gritar a los ancianos, para hacerles adoptar una medida de protección. Su debilidad les hace aceptar lo que otros jóvenes les dicen que han de hacer, estén donde estén. Hablándoles con cariño, paciencia e incluso sonriendo y llamándoles "abuelo" o "abuela", ellos nos siguen con confianza y mansedumbre.

En casa

En la introducción de este apartado, dijimos que son los que están con ellos, por regla general sus familias, los que han de decirnos si necesitan ayuda o no para intentar que el anciano que habite con ellos, adopte las medidas de protección que se recomienden.

Esta ayuda se pediría, bien por teléfono, bien conectando con los servicios de Protección Civil que están en la calle, bien, como último recurso, colgando un trapo en la puerta de la casa o en una ventana o balcón.

Exceptuando las medidas de evacuación y traslado, no hace falta nuestra presencia en otras. En caso de desalojo, los ancianos serían evacuados, como grupo crítico, en los primeros momentos.

Un caso crítico, dentro de este grupo, son los ancianos que viven solos. Estos casos no deberían ocurrir en la sociedad y, si los familiares no pueden, por cualquier circunstancia, hacerse cargo de ellos, deben ser llevados a centros en donde se encuentren acompañados.

En situaciones graves, si Protección Civil no conoce la existencia de estos ancianos, su protección queda bastante deteriorada. Pero nada se puede hacer sino aprender que lo más conveniente es tener un registro "al día" de la situación de aquellas personas que en un momento determinado necesitan nuestra asistencia. No es raro encontrar entre las noticias locales de los periódicos que se ha encontrado "en estado muy avanzado de descomposición, el cadáver de un anciano que vivía solo y al que algún vecino echó de menos y acabó avisando a la policía"... Nosotros no podemos evitar esos casos, ni que se produzcan cuando ocurra una emergencia.

Como hemos dicho en algún otro lugar de estos Apuntes Didácticos, la Naturaleza impone implacable una ley de adaptación..., ante los riesgos de la vida, los más débiles serán siempre los más expuestos.

En asilos

En nuestro país, estos centros, o mejor dicho la función de estos centros: recoger ancianos que no pueden valerse por sí mismos, toma distintos nombres: *asilos de ancianos*, "alberguerías", *residencias de tercera edad*, etc.

¿Quién no ha visto por la pequeña pantalla reportajes de estos viejecitos en el asilo que los acoge? Al verles así, el profesional de protección puede intuir lo fácil que sería hacer que todos adoptaran las medidas que se recomendasen. Y esto es mucho más fácil que en casa. En efecto, estando en casa se ven obligados a disponer de sus actos por el principio de la costumbre de los quizás muchos años en los que han sido "reyes" de su hogar.

Es, cuando menos, inoportuno para ellos que vaya una persona extraña a decirles en sus "reales" lo que tienen que hacer.

En un asilo, "alberguería", residencia, etc., es distinto. En primer lugar, es un sitio ajeno a ellos; quizá sea agradable, pero no es **su casa**. Más que las comodidades que pueden encontrar, la delicadeza con que son tratados y la

compañía de otros de su edad y situación, la añoranza de años pasados ("la vejez, añoranza es") y el recuerdo de los suyos.

En segundo lugar, allí están bajo un régimen, flexible, pero régimen al fin y al cabo, impuesto. No pueden hacer lo que les apetece. Desde la hora de levantarse y retirarse a dormir, pasando por las horas de comer y la composición de los platos y el horario de la TV, todo está más o menos programado. Estas residencias (las normales, no las de "superlujo") tienen servicios comunes, y su presupuesto no les permite atender las demandas, a veces caprichosas, de los acogidos.

En tercer lugar, su capacidad mental está muy disminuida; ellos lo saben y por instinto casi, comprenden que han de hacer lo que se les dice.

Habremos notado muchas veces que cuando nos dirigimos a un viejo para indicarle que no cruce, porque el semáforo lo prohíbe, o va en una dirección equivocada, etc., siempre contesta algo similar a esto: "Sí, hijo, sí. Gracias. ¡Estos años!". Ni siquiera preguntan el porqué. Confían simplemente.

Por ello es fácil poder "hacerse" con las personas que viven en un asilo, residencia o "alberguería".

En la calle

Podemos verles sentados en bancos, en cafeterías, dando cortos paseos por los lugares más frecuentados (como si temieran la soledad); en transportes públicos, aprovechando las facilidades dadas a la tercera edad.

En caso de emergencia, o no se mueven de donde están, comprendiendo que pueden ser arrollados, o con pasos apresurados y vacilantes se dirigen a su lugar de residencia.

Su actitud, cuando se están quietos, se distingue de la de los impedidos. Estos, comprendiendo sus limitaciones, se buscan un recoveco donde permanecer, sacan un pañuelo (si antes les hemos informado convenientemente al respecto) y esperan que lleguemos. Los ancianos se quedan donde están, mirando con expresión un tanto sorprendida las prisas de los demás. No se dan cuenta que molestan el ir y venir de los otros. Comprenden que pueden ser empujados, pueden caerse; pero no se mueven.

Cualquier ciudadano que vea esto, debe cogerles del brazo y conducirles a un rincón, portal o al lado de la pared e indicarles que saquen un pañuelo y hagan señas.

Por regla general lo hacen. Intuyen que algo habrá pasado y que su familia no irá a buscarles.

Asistencia Social durante la evacuación

Si consideramos al anciano en su más sencilla definición, es decir, sin que esté impedido o enfermo, la asistencia se reduce a una vigilancia para que no haga "tonterías".

No podemos considerar una evacuación a pie. su marcha aminoraría la de los otros. Los ancianos han de ir en vehículos.

No es, digamos, útil, que los ancianos que proceden directamente de sus domicilios vayan en los vehículos asignados para su evacuación acompañados de algún familiar o persona que normalmente les asiste. Sí que puede ser útil el que en cada vehículo vaya una persona procedente del asilo o residencia en las que están recogidos. Aquí se presenta un tema, que aunque ya ha sido tratado en otros apartados de estos Apuntes Didácticos, conviene recordar.

El personal que atiende a los ancianos también está integrado en familias que necesitan su atención. No es, pues, de extrañar que algunos regresen a sus hogares. Esta circunstancia no es sancionable, pero deja al débil en situación de aún mayor debilidad. Confiamos que al menos uno pueda hacerse cargo de los ancianos durante el transporte. Si no fuese ese el caso, nosotros tenemos que prever esta eventualidad y acompañar a los ancianos en su camino hacia el albergue o lugar previsto para la evacuación.

Los autocares irán provistos, con toda seguridad, de radio, que podrá entretener a los viajeros. Con ello y los paseos a lo largo del pasillo, si las condiciones de la carretera lo permiten, hablar con ellos es suficiente para conseguir la tranquilidad necesaria en situación de emergencia.

Al principio, hemos hecho referencia a que se tratara de ancianos, con la única tara de sus años. Si además estuviesen enfermos o impedidos, lo más prudente sería evacuarlos con estos grupos críticos, pues necesitarían más cuidados normalmente, por estas condiciones que, por ser ancianos.

Asistencia Social en el albergue

Si nos ponemos en el caso del apartado anterior, es decir, que el único problema que tienen los miembros de estos grupos críticos es el de los años, los ancianos han de participar en las tareas del albergue dentro de sus posibilidades físicas y mentales.

En algunos textos se recomienda eliminar la "carga" de los mayores, llevándoles a otros albergues, separándoles del resto de la población evacuada. No parece esto adecuado por los argumentos que vamos a dar a continuación.

Cuanto más singularicemos el "caso" de los afectados "mimando" su estancia en el albergue, más estaremos colaborando a recordarles su situación y fijar su mente en el pasado, con lo que el nivel de excitación, según vimos en un apartado anterior, tardará más tiempo en acercarse a la normalidad. La presencia de ancianos, con sus desventajas pero también con muchas ventajas, es un elemento positivo para el comportamiento normal de todos.

La discriminación de los ancianos no es buena, ni siquiera en condiciones de emergencia. Ya hemos "liberado" a la población de ellos en el período más delicado, como es la evacuación, que siendo el más dinámico del desarrollo de una situación catastrófica, no puede ser seguido por los grupos críticos. Pero el albergue representa una situación estática que pueden compartir per-

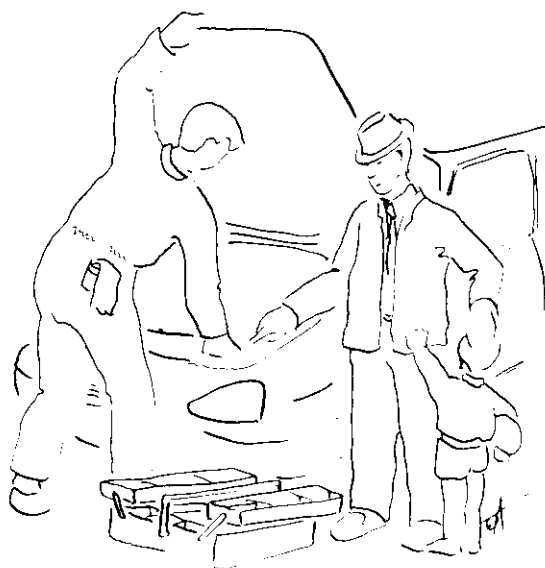


FIG. 37. EL ANCIANO CONECTA CON EL NIÑO Y SE DEJA OIR POR EL ADULTO.

fectamente las personas de edad. Las reuniones diarias, que se propugnan en el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue*, de los Apuntes Didácticos, que tienen lugar en el albergue, que tratan de temas distintos, se ven enriquecidas por la aportación de los ancianos. La prudencia —una cualidad que debe reinar en estas circunstancias—, se ve incrementada por la presencia de los que por su larga vida la poseen en grado sumo.

En los modelos de albergue que se consideran en el volumen citado, se contempla la presencia de enfermos no graves en los mismos. Pues bien, los ancianos son los que mayor paciencia (y experiencia, por supuesto) tienen para la atención de tales enfermos. Constituyen pues un elemento útil para los demás.

También se había dicho que un inconveniente que presenta la presencia de una población evacuada en otra es la perturbación que ésta puede sufrir en su vida rutinaria. Se recomienda que tal perturbación sea mínima. Por tanto, el separar los grupos críticos para comodidad de unos, trae consecuencias peores para los otros. Y esto puede traer fricciones nada recomendables.

Estos son los argumentos que podemos esgrimir a favor de que los ancianos acompañen en los albergues a los demás. No son una carga, sino un factor de equilibrio entre posiciones extremas. Dan estabilidad a una población. Recordemos, aunque eran otros tiempos, que los más mayores eran siempre consultados en las grandes decisiones del Estado... todos escuchaban, pues, con respeto, la opinión de los que les precedieron.

NIÑOS

No hay en este caso mucha dificultad en establecer una definición que nos permita concluir quiénes son los niños, es decir, qué miembros de la población entran dentro de este grupo crítico. Bajo el punto de vista de Protección Civil, es claro que son los que necesitan ayuda para la adopción de medidas de protección. Normalmente, los niños están en casa, en los parques o en el colegio o escuela. Es este último lugar el que sirve para poder definir con alguna precisión los que entran en el grupo crítico: aquellos que se encuentran dentro de la denominada edad escolar, es decir, en Educación General Básica, o aún no han llegado a ella, por su cortos años.

Existen otros criterios que vamos a señalar, pero que no vamos a seguir. Por ejemplo, el que señala los dieciocho años por aquello de que es la mayoría de edad. Pensamos que hay "niños" de quince años que tienen comportamiento de adulto en casos de emergencia. Otro criterio es el de los *teenagers* (palabra anglosajona que denomina a los de trece años hasta los veinte: debido a que los números cardinales en inglés desde el 13 al 19 inclusive llevan la terminación *teen*). Son, pues, niños los que aún no ha llegado a *teenagers*, es decir, hasta los trece años. La aplicación de este criterio conlleva que en algunas clases hay niños superiores a esa edad y, por tanto, en caso de emergencia se haría distinción dentro del mismo aula o colegio. Otro criterio, muy restrictivo para nuestra forma de pensar, es de considerar niños, casi a los bebés, es decir, hasta los siete años. Esta idea viene de lejos y pensamos que se debe a que era la edad en la que se hacía la primera comunión, años ha. Otra versión más fundada era la de los diez años, cuando se iniciaban los estudios del antiguo bachillerato.

Manteniendo el criterio –de considerar niños a los que están en EGB o aún no han llegado a ella– se presenta un subgrupo típico como son los recién nacidos o los que aún apenas se mantienen sobre sus pies, o están en una fase más o menos avanzada de su gestación. Hemos incluido a estos últimos para justificar la especial atención que merece la mujer embarazada.

Prácticamente, este subgrupo ha de estar siempre asignado a alguna persona adulta, de tal manera que éste pase a integrar el grupo crítico. El caso más claro es el de la embarazada en sus últimos meses; la debilidad o falta de facultades físicas proviene de su estado, de la existencia de un ser al que ha de dedicar gran parte de su energía para su supervivencia. Ella no es un "niño" pero pasa a formar parte del grupo crítico no por ella, sino por lo que lleva.

Análogamente, un niño de meses ha de tener a su lado una persona adulta que lo cuide, por tanto, ésta (junto con el niño) ha de pasar a ser grupo crítico (*).

(*) La problemática que se ha planteado es si la mujer embarazada o la persona encargada de un niño pequeño pasa a formar parte del grupo crítico de los niños o de los enfermos o impedidos. Las tendencias mayoritarias van, o bien a los impedidos, ya que de alguna forma la persona al cuidado de un niño tiene mermadas sus facultades en cuanto a su propia protección, o bien a los niños, por cuanto que son precisamente ellos la causa de la situación.

La característica fundamental de este grupo crítico consiste en que su subconsciente no tiene recuerdos que aportar, ni su mente criterios suficientes para actuar en caso de emergencia. Sus reacciones son imprevisibles; la falta de información y raciocinio hace que puedan ser comparados con los elementos (considerados como enfermos, a efectos de los grupos críticos).

Es fácil notar cómo, ante cualquier hecho anormal, el niño o se acurruca junto a la persona que le acompaña o sale corriendo en cualquier dirección, sin excluir aquella que le lleva al peligro directamente, o se echa a llorar o a gritar. Por ello, necesitan de ayuda. Fácil manera de dársela porque, si son caras conocidas, ante la situación creada (su instinto le avisa de que algo extraño ocurre) hacen lo que se les dice. Si son caras desconocidas, sus reacciones son diversas: si son aún pequeños y se les coge en brazos; lloran si son mayorcitos se resisten, y si ya son niños "adultos" (nueve a diez o más años), pueden razonar y también es fácil inducirles a seguirnos.

En casa, en el colegio o en la calle

Son los lugares en donde los niños se encuentran, digamos, casi todo el tiempo. Puede haber otros sitios, como los locales recreativos, pero en estos casos irán acompañados de adultos. Niños hay en todas partes, generalmente acompañados de sus padres; en almacenes, museos, tiendas...

Nosotros nos centraremos en estos lugares que casi constituyen, en exclusiva, los puntos de referencia para su localización. El vínculo afectivo que une a padres e hijos hace que los primeros sepan, con precisión cronométrica, dónde están en cada momento. Es impensable que unos padres confíen a los servicios de Protección Civil la búsqueda de sus hijos, sabiendo ellos dónde se encuentran, en el caso de una emergencia en la que el niño puede resultar dañado o simplemente asustarse. Análogamente, los niños solos, en cuanto tienen cualquier percance, lo primero que hacen es buscar a sus padres. Estas reacciones afectivas mutuas son una gran fuente de recursos para que Protección Civil pueda "obligar" a la población a adoptar medidas de protección. ¿Qué padre, sabiendo que el ambiente es tóxico, como consecuencia de un accidente, no confina a su hijo tomando las medidas personales correspondientes? ¿Qué madre no hierve el agua, o le echa unas gotas de lejía, para evitar cualquier posible infección? ¿Qué padres se negarían a evacuar su ciudad sabiendo que sus hijos han sido evacuados y los esperan fuera de la zona afectada? Estos lazos, que de forma invisible hacen estar a los miembros de una familia unos pendientes de otros, son un mecanismo psicológico para que, protegiendo al débil, se proteja a los demás.

En casa

Los niños no suelen estar solos, a no ser que sean mayorcitos. ¿Quién se atreve a dejar solo a un niño con lo "trastos" que son?, o incluso pueden hacer cosas que les perjudiquen. Si son ya mayores, con algún sentido de lo que puede ser perjudicial, no están solos mucho tiempo, quizá el necesario para

una ausencia rutinaria a la "compra", a "echar una carta"... Si se prevé que la ausencia del adulto va a ser larga, se busca un vecino para dejarlo en su casa.

Si se diese alguna señal de alerta o de alarma, los padres serán los primeros y más interesados en acudir a sus hogares. Esta aseveración enlaza con lo ya dicho algunas veces: ¿qué pasaría si una enfermera de servicio en un hospital se enterara de que hay una situación de emergencia que pudiera afectar a sus pequeños? Normalmente, en los contratos de trabajo o responsabilidades de operarios no se especifica la norma de comportamiento en el caso de que ocurra una catástrofe más allá del lugar de su trabajo y en el que su familia pueda quedar afectada.

Por ello, se hace casi necesario que en la organización de emergencia solamente se cuente con personas que, en esos dramáticos momentos, puedan responder según se especifica en los planes correspondientes y sin que les distraigan más preocupaciones que las que se deriven de la situación en la que se encuentran ellos y la instalación o zona a la que se apliquen los planes.

¿Qué ocurriría si ante una catástrofe en un núcleo habitado, los bomberos, policías, servicios de Protección Civil, etc., se dedicaran a ayudar a los suyos y descuidaran la labor encomendada?

No debemos preocuparnos, pues, por los niños que están en sus casas. Si éstas han quedado afectadas, es decir, si están dentro de la zona de actuación, los servicios correspondientes harán lo posible para su socorro y rescate. Si no están en ella y se declara alguna medida de protección, los padres acudirían a casa quizá con más celeridad que lo podamos hacer nosotros o, si no son los padres, pueden ser los vecinos, algún pariente, etc.

En los colegios

Hoy en día, en muchos colegios se dan charlas de Protección Civil, y de vez en cuando se hacen ejercicios o simulacros, generalmente dedicados a protegerse de un incendio en el Centro. Es suficiente. Si están acostumbrados a estos ejercicios pueden perfectamente adaptarse a otras condiciones más dramáticas, como son las que se dan si realmente ocurre un incendio u otro suceso que obligue a adoptar medidas de protección.

En el volumen *La Evacuación, La Dispersión y El Albergue* de los Apuntes Didácticos, consideramos con algún detalle el comportamiento de los niños en la evacuación, tanto en caso de ser adoptada de manera urgente como diferida.

Las otras posibles medidas, como el confinamiento, son fáciles de adoptar, si los profesores colaboran para hacer posible que los niños se mantengan tranquilos, aun cuando la situación se prolongue durante algunas horas. El problema se presenta con los padres, que intentarán rescatarlos y llevarlos a casa. Seremos nosotros los que les convenceremos que es mejor que ellos permanezcan también confinados, pues andar por las calles con un ambiente contaminado no es prudente. Estas recomendaciones las haremos mediante sistema de megafonía y, sobre todo, a través de las emisoras locales de radio.

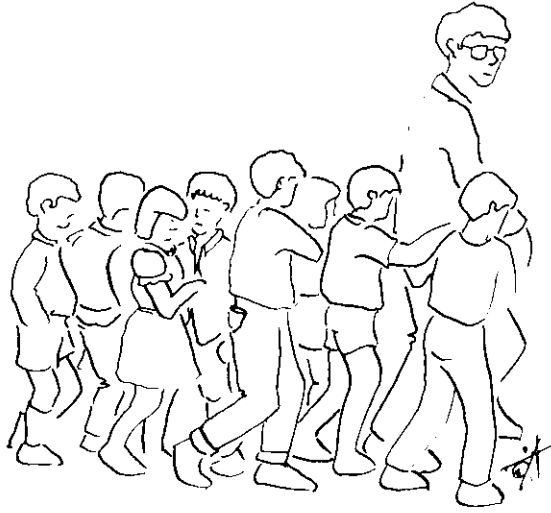


FIG 38. LOS NIÑOS SEGUIRAN AL MAESTRO Y HARAN LO QUE EL LES DIGA.

Los problemas que surgen son dos fundamentalmente, en el supuesto de que la población acepte las medidas de protección dadas por la autoridad y no vaya a recoger o exija la retirada de los niños (sus hijos) de los colegios o escuelas.

El primer problema –ya hemos hecho mención de ello– se debe al abandono por parte de algún personal adulto del colegio por causas humanamente comprensibles. En las circunstancias de emergencia no hace falta que esté todo el personal que normalmente presta sus servicios en el colegio en los días y horas lectivos. Si se quedaran, digamos dos por cada cien niños, sería suficiente. Esto, claro, depende de la edad. Así, en guarderías, la asistencia debería ser mayor, y en los centros de EGB las clases de los niños de cursos superiores no necesitan, prácticamente, del cuidado de mayores.

Refiriéndonos a la medida del confinamiento, por ser la más grave, exceptuando la evacuación (de la que trataremos más adelante), destacamos que Protección Civil dispone o puede activar medios que nos permitan estar en la calle. Basta con conocer la cantidad de personas que atienden a un determinado centro escolar, para poder decidir si alguno de nosotros se queda o si podemos trasladar (con el suficiente grado de protección) personal adecuado de un determinado lugar a otro que lo necesita. Y no faltará gente. Con seguridad todos los padres se presentarían voluntariamente a atender a los niños con tal de estar con los suyos.

Así pues, en cuanto a encontrar personal que se haga cargo de los niños, el problema que resuelto, lo que podría ocurrir sería que tuviésemos que elegir ante la oferta que se nos presenta.

El segundo problema es el abastecimiento. Normalmente, en los planes de emergencia que sirven de marco para las actuaciones en estos casos, se prevé la forma de conseguir los artículos más necesarios, bien por "compra" dentro de la misma ciudad (ponemos "compra" entrecomillado porque se trata de una adquisición obligada que pagará en su momento la Administración), bien porque desde fuera del municipio o provincia acuden las ayudas.

Hoy en día no hay que preocuparse de la cantidad o de la calidad de alimentos. Hay de sobra. La distribución depende de la situación del ambiente. En ambiente no contaminado, por regla general, son los vecinos los que acuden a por las viandas, mantas, medicinas, bebidas, etc., a ciertos lugares estratégicamente dispuestos en el Plan de Emergencia. Sin embargo, en ambiente contaminado, estos lugares son más numerosos para evitar la presencia de los vecinos en la calle e incluso para que ni salgan a la calle, obligándonos a nosotros (debidamente equipados) a repartir los artículos de primera necesidad por las viviendas y, como es natural, a los centros escolares.

Queda así resuelto el segundo problema.

Hay otros problemas, digamos de segunda fila, como sería la asistencia médica para casos extremos, que resolveríamos mediante la colaboración con la Cruz Roja. Normalmente, la medida de confinamiento no suele sobrepasar una duración de doce horas, pues si se prevé que sea más larga, las autoridades impondrían la evacuación a otros lugares no afectados, sobre todo para los grupos críticos.

En la calle

Cuando se produce un accidente o se declara una situación de emergencia, la calle es el lugar más peligroso para el niño. No es usual que estén solos, a no ser que sean mayorcitos. Pero en este caso, no están lejos de casa. Como es natural, es allí donde se dirigen cuando aparecen condiciones anormales.

Si por calle se entiende acumulación de personas, bien sea en almacenes, manifestaciones populares o competiciones deportivas, el resultado puede ser bastante preocupante. Un suceso que produzca intranquilidad, desasosiego o pánico en una multitud afecta notablemente a los niños que materialmente no vayan "pegados" a sus familiares. Perderse es normal y de ahí la desesperación de una búsqueda posterior. En condiciones normales, todos colaborarían a encontrar al niño perdido. Pero en el caso que nos ocupa, todos se preocupan de buscar un sitio seguro o de intentar salir del atolladero, y los que han perdido el niño no tienen otro afán que encontrarlo. Además, el suyo. Si en esos momentos de angustiada búsqueda encuentran a otros..., ni se fijan.

Cuando un niño se pierde en condiciones normales, hasta que se dé cuenta de que ha perdido a los padres, está tan tranquilo. Después, lo normal es que arranque a llorar.

En nuestro caso, comienza la llantina desde el principio al darse cuenta que se halla en un medio extraño, en donde todos se apresuran, chillan, gesticulan y no le hacen caso.

Es inútil que nos empeñemos en convencer a los que han perdido a un hijo que adopten una determinada medida de protección. No abandonan la búsqueda. Debemos, pues, estar con ellos. Con los medios de comunicación que tengamos trataremos de recabar información de otros compañeros por si ellos tienen noticias del paradero del pequeño.

Si somos nosotros los que encontramos algún niño perdido, con decirle que le vamos a llevar con "papá y mamá" es suficiente para que nos siga. Le llevaremos a una comisaría o al Ayuntamiento o lugar adecuado y daremos a nuestro centro de control todos los datos necesarios para su identificación. No podemos hacer más. Si por circunstancias dramáticas los padres o familiares no aparecen, entonces las autoridades se harán cargo de los niños.

Ocurre a veces que los niños, por temor, se esconden y es difícil encontrarlos. Patrullando las calles podremos, en casi la totalidad de los casos, tener éxito, pues los "escondites" son infantiles. No se puede descartar que en contados casos esos escondrijos sean difíciles de descubrir. El hambre, sobre todo, hace abandonar a los niños su lugar "seguro" y podremos rescatarlos.

Asistencia social durante la evacuación

Si esta medida de protección ha sorprendido a los niños en su casa, se trasladarán con sus familiares o vecinos. Nada, pues, nos debe preocupar. Si



FIG. 39. UNA DE LAS TRAGEDIAS MAS GRAVES EN UNA EMERGENCIA SON LOS NIÑOS PERDIDOS. PROTECCION CIVIL NO SOLO LOS RECOGE SINO QUE AVISA A LAS AUTORIDADES PARA CONSEGUIR QUE EL DESCONSUELO ACABE EN FELICIDAD.

están en los colegios, la autoridad habrá dispuesto los medios para su transporte, el cual se hará bajo el cuidado de sus profesores. En algún caso puede que haya de ser alguien de Protección Civil quien asuma la responsabilidad. Si el niño está perdido y le encontramos, además de comunicar sus datos, pediremos a la Dirección del Plan que se nos comunique la forma de proceder a su evacuación. Si hemos podido encontrar al niño pronto, antes de que comience la evacuación de los grupos críticos, lo normal es que se traslade en algún autobús que lleve a los niños. Si no, lo montamos con los otros grupos críticos, preferentemente con ancianos. De ninguna manera con enfermos, a no ser que sea irremediable. Si la búsqueda tiene lugar cuando ya han evacuado los grupos críticos, habrá que acomodarlo en cualquiera de los transportes que contenga personas adultas. Si la población es pequeña, habrá alguien que lo cuide y, si no, con toda seguridad, no será uno, sino todos los ocupantes del vehículo, los que quieran hacerse cargo del pequeño.

En el albergue, se encontrará con sus padres. Si la evacuación tiene lugar en varias etapas, como se señaló en el volumen de los Apuntes Didácticos, entonces se aprovechará el primer descanso para agrupar familias. Con las comunicaciones actuales es muy difícil no tener localizados a todos los evacuados.

A pesar de ello, su identificación es necesaria para poder hacer un censo completo. Sobre todo, la identificación de los niños es imprescindible. Cuando están con los padres es fácil cumplimentar los impresos. Cuando están solos el problema es más peliagudo. A lo mejor solamente conseguimos el nombre, o "ta, ta, ta..." si es que se dignan hablarnos. En tal caso, pondremos el lugar y hora en donde lo hemos encontrado y nuestro nombre, así como los datos de su apariencia: sexo, color del pelo, de la piel, altura aproximada, vestidos, etc.



FIG. 40. PERO HAY NIÑOS QUE NO HABLAN... NI SIENTEN... NI PADECEN. LA TARJETA DE IDENTIFICACION ES LA MEJOR FORMA DE COMUNICARNOS CON ELLOS O SUS FAMILIARES.

Asistencia en el albergue

La situación más penosa es la de los niños que hayan perdido a sus padres en la catástrofe. No cabe duda que quedarán al cuidado de familiares o vecinos hasta que las autoridades decidan la tutela del menor. Pero estos son aspectos en los que nosotros no entramos.

En un albergue todos tienen algo que hacer, incluso los niños.

Ya indicamos en el volumen de estos Apuntes Didácticos que exceptuando los pequeños que han de estar al cuidado de los padres o bien bajo la vigilancia de otros, los mayorcitos pueden hacer muchas cosas. Pueden regar las plantas del albergue, alimentar animales domésticos; incluso en la cocina pueden hacer de "pinches". Es claro que su responsabilidad es nula, pero en considerarse útiles, les hace un gran favor en los momentos malos. Y no es que a los niños les disguste la idea de una vida diferente, pero las escenas vividas no deben quedar impresas en su subconsciente de una forma permanente y dramática.



FIG. 41. SI QUEREMOS UN FUTURO CON MENOR RIESGO, ENSEÑEMOS A LOS QUE NOS SIGUEN A CONSEGUIRLO.

Si el tiempo en el albergue va a ser largo, entonces han de continuar sus interrumpidos estudios, bien con los profesores que tenían, improvisando una o varias aulas en el albergue, o bien incorporándose a las escuelas que haya en la ciudad que les acoje.

Si se prevé que el albergue será para poco tiempo y si hay carencia de maestros, podemos, en todo caso, aprovechar y "arrimar el ascua a nuestra sardina" dándoles las primeras nociones de Protección Civil. La Dirección General de Protección Civil posee "vídeos" y juegos que sirven para inducir pedagógicamente en el niño la idea de protección y considerar las medidas adecuadas para protegerse de un peligro.

Si hacemos que unos resulten "heridos" y otros sean de "Protección Civil" conseguiremos inculcarles, jugando, nociones elementales de "primeros auxilios", "transporte de heridos", "rescate", "salvamento", etc.

A las reuniones que normalmente se celebren en el albergue después de las cenas para tratar de los más variados temas, deben asistir los niños..., ¡que aguanten levantados! Es mejor que acudan y estén con los mayores que no lo hagan a hurtadillas. Dejémosles que asistan, ellos mismos verán que es un "rollo" de los mayores y se irán a jugar o a la cama.

No encontraremos "operarios" más fieles que los niños. Si éstos son "trastos" y es difícil retenerlos, basta con que les demos trabajos "importantísimos" para que los hagan. Por ejemplo, no dejar entrara nadie en el salón (como no sea para la limpieza), dar de comer a los animales, regar las plantas (seguramente se pudrirán de agua), limpiar una dependencia, dar recados a los mayores, etc.

No es conveniente que los niños "cuiden" de otros niños de la misma edad; más bien que los "mayores" mantengan vigilados a los pequeños. Por ejemplo, que los de diez años en adelante "vigilen" a los de seis años para abajo.

Si bien sería más recomendable hacerlo en épocas normales, podríamos aprovechar el período de albergue para hacer excursiones con los niños y enseñarles algunas técnicas de apagar fuego, abrir cortafuegos, limpiar maleza, ejercicios de supervivencia, etc.

Como desarrollaremos en los dos apartados que siguen, la mejor asistencia que podemos dar a la población, consiste en propagar las medidas de prevención en caso de cualquier tipo de emergencia. Cuando este tipo de propagación se hace entre niños, además de asistencia puede ser considerado como una inversión rentable en protección civil, pues no solamente la idea de protección personal va enraizando en estos niños, sino que el futuro se irá enriqueciendo en una cultura de protección cada vez más amplia.

CAPITULO 3

LUCHA CONTRA SITUACIONES DE PANICO INDIVIDUAL Y COLECTIVO

LUCHA CONTRA SITUACIONES DE PANICO INDIVIDUAL Y COLECTIVO

Vamos a comenzar este apartado contando una experiencia que hemos sufrido todos y que muchos seguirán soportando. Con ello podremos "casi" entender lo que es el pánico.

Nada mejor que conocer el peligro, en este caso el pánico, para poder luchar contra él. Aunque de su conocimiento deduzcamos que no es posible enfrentarse a él, hemos conseguido llegar a una conclusión para nuestra protección: no encararlo y huir de él.

En algunas creencias religiosas, que consideran al "diablo" como tentador del hombre para cometer actos en contra de la voluntad del Dios correspondiente, recomiendan a sus feligreses huir de la tentación ante el peligro que supone el transgredir las leyes divinas.

¿Por qué los iniciados en la religión "pecan" menos? Porque conocen bien al "diablo" y los artilugios que emplea para convencer al hombre. De este conocimiento se deriva su "salvación".

He aquí un primer punto que consideramos de interés vital para luchar contra el pánico: Conocerle.

Vayamos a la experiencia que mencionamos al principio. Se comenta que en un cementerio de una ciudad española hay una tumba con un mausoleo dedicado a una persona que en vida fue muy valiente y ejemplo de entereza. En resumen, no conoció el miedo. Por ello sus coetáneos, al morir, le pusieron el siguiente epitafio en su tumba: "Aquí yace el que nunca tembló". Pero he

aquí que alguien –no dudamos que sería un estudiante– añadió con pintura indeleble debajo de la vetusta inscripción “¡porque no se examinó!”.

Todos comprendemos ahora la veracidad del “añadido”. Cuando nos presentamos a una situación difícil, como ya hemos dicho en otras ocasiones, el organismo reacciona instintivamente, de forma irracional: el corazón “salta en el pecho”, la respiración se hace más frecuente, se inspira más hondo, la boca se seca..., en fin, se producen una serie de perturbaciones consecuencia de esa reacción instintiva. No se puede evitar, porque somos seres vivos.

El animal irracional, que también es un ser vivo, experimenta esas mismas sensaciones. Tiene dos salidas: o encara el peligro o huye. Pero antes de tomar una de esas decisiones se queda un momento como expectante. Es difícil el estar “dentro” del animal para saber el porqué de esa expectación. Lo normal será que le sirva para identificar la causa por la que el organismo ha respondido de esa forma tan peculiar. Sigamos una secuencia. Un perro, animal nada sospechoso de ser “cobardica”. Por el sentido del oído ha percibido un ruido sospechoso. Se queda quieto con las orejas tiesas para percibir mejor las ondas sonoras que le llegan, las fosas nasales abiertas en toda su amplitud para identificar cualquier olor; los ojos atisbando su alrededor. Si descubre la causa y puede enfrentarla, se lanza sobre ella. Si es algo a lo que no puede enfrentarse, como una rama ardiendo, huye. Pero no se queda “clavado” sin saber qué hacer. Su comportamiento individual es claro.

Veamos qué ocurre cuando están acompañados de otros de su especie. Lo vemos en esas maravillosas películas que se hacen sobre la vida animal.

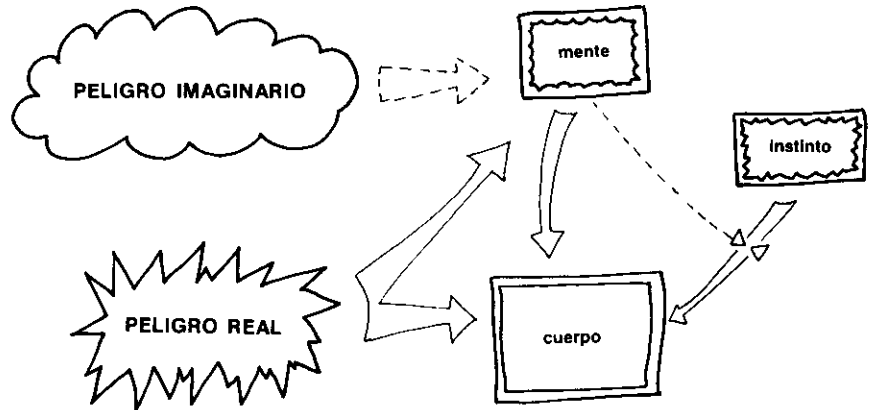


FIG. 42. LA ACCION EXTERIOR, QUE NO CONOCE PREVIAMENTE LA MENTE, HACE REACCIONAR EL INSTINTO, PERO TAMBIEN LA MENTE, QUE INMEDIATAMENTE TOMA EL “MANDO”. QUEDA “PUENTEADO” EL INSTINTO Y SIN EL “MANDO” DE LA MENTE, EL CUERPO NO REACCIONA RAZONABLEMENTE.

Cuando un peligro amenaza a un grupo de animales y uno de ellos lo detecta y sale corriendo, todos le siguen. No es, dentro del mundo irracional, lógico (íbamos a decir racional) el que un miembro de la familia animal huya sin tener poderosas razones para ello, esto hace que los demás se solidaricen con el que huye y lo hagan a su vez. De alguna forma "contagia" a los demás.

Pero el hombre es racional. Su instinto, que lo tiene sin duda, porque también es animal, mediatiza su comportamiento sometándolo a la razón. Y esto hace que su preparación para enfrentar un peligro sea superior a la de los seres irracionales o le sea... nefasta. Depende del uso que haga de la razón.

Podemos estar tranquilos por lo que a los animales se refiere; que si detectan un incendio en el bosque salen corriendo en dirección contraria; si viene una avenida buscan los lugares más altos.

En el caso de los seres racionales, el panorama es distinto. Si bien la respuesta del organismo es la misma, interviene la "racionalidad" y el resultado es diferente. La mente ha de buscar la respuesta y concretar instrucciones para dar las "órdenes" correspondientes al organismo. Si no las recibe viene la paralización del cuerpo. Es lo que sucede con la experiencia que todos hemos vivido. El profesor hace una pregunta y nuestra mente busca la respuesta; si no la encuentra es cuando notamos esa sensación que no nos atrevemos a describir porque todos sabemos cómo es.

Hemos de notar que, no solamente esta demanda a la mente de qué hacer, tiene lugar cuando nos encontremos realmente ante un peligro (como en el caso que comentamos puede ser el examen); la facilidad de imaginación que tenemos nos convierte en aún más frágiles que los animales, pues nos sitúa en situaciones que ni siquiera pasarán, pero que nos hacen pasar malos ratos. Solamente pensar que algo se nos viene encima provoca instintivamente en nuestro organismo una ansiedad fruto del estrés y al que le someteremos al no existir posibilidad de acción ante algo que, lógicamente, no existe; sólo tiene "realidad" en nuestra mente.

Se define el **pánico** como "un miedo grande e injustificado", y **miedo** como una "inquietud, angustia o temor de un peligro". Continuemos con estas definiciones semánticas, que podemos encontrar en los diccionarios de la lengua. **Temor** es una "inquietud del ánimo o alma debida al mal que amenaza, sospecha, recelo".

A efectos de protección y teniendo en cuenta las definiciones dadas, podemos concluir que **pánico** es una "situación injustificada de la mente (alma) ante un peligro real o imaginado por ella (sospecha, recelo)". Ello quiere decir que el pánico nunca está justificado como respuesta ante un peligro (real o imaginario).

El pánico es una situación que ni siquiera es irracional, pues ante un peligro, el ser irracional responde instintivamente, protegiéndose. El pánico es, podríamos decir, lo contrario al ser vivo.

Pero ¿por qué ocurre? ¿Por qué si la mente racional no responde, no actúa el

instinto irracional? Es decir, en esos momentos de peligro ¿por qué no nos dejamos guiar por instinto ya que nuestra razón no “funciona”?

Tratemos de comprender esto, a pesar de la complejidad que reviste el mecanismo de actuación de los seres racionales. Nos servirá para ver cómo se produce el pánico y cómo hemos de actuar para que no se apodere de nosotros y de los demás.

Si en estos momentos nos pinchamos con un alfiler en un brazo, la reacción es instintiva, lo retiramos, incluso daremos un chillido o un ¡ay!, o por lo menos hacemos un gesto de desagrado. Actuamos como cualquier animal.

Sabemos que esta tarde vamos al médico y que nos pueden hacer un análisis de sangre. Desde el momento en que nos lo dicen, ya nos está pinchando la jeringuilla. No decimos ¡ay!, no retiramos el brazo. Pero ya nos está doliendo. La mente ante el peligro inhibe al instinto, pero nos proporciona una inquietud, una angustia, ante el suceso que se va o no se va a producir esta tarde.

Llega la tarde, nos atiende el médico y no nos receta un análisis de sangre. ¡Menudo suspiro de alivio damos! De repente, toda la tensión almacenada durante horas desaparece, nos invade una sensación inefable de relajamiento.

Pero el médico decide... ¡análisis de sangre! El “mundo se nos viene encima”. ¡No nos libramos! Ponemos el brazo, la enfermera nos hace una atadura para “marcar” las venas, toma la jeringuilla, vemos la enorme aguja... Aquí algunos se marean, otros aprietan los dientes, otros cierran los ojos y paradójicamente, ladean la cabeza para no ver... Antes de empezar a sentir el dolor, la enfermera nos anuncia ¡ya puede irse! Quedamos maravillados. ¿Ya?

He aquí que toda la preocupación, la inquietud que hemos vivido en las últimas horas, estaba **injustificada**.

En realidad hemos estado en la antesala del pánico, hemos experimentado todos sus pasos, pero... ha faltado el peligro real.

Si hubiésemos sabido que un análisis de sangre es enormemente beneficioso para nuestra salud, que las agujas hipodérmicas están hechas con un “filo” tal que apenas desgarran la piel, y por ello apenas se siente una leve sensación de hormigueo; que en su punta llevan una sustancia que insensibiliza la zona de la piel próxima a ellas; que la energía que se va a depositar en la parte afectada por el pinchazo (y no olvidemos que la sensación de mayor o menor dolor proviene de la mayor o menor energía con que un objeto impacta sobre nuestras células nerviosas) es ínfima, menor que si una persona nos roza con un dedo; que al introducir la enfermera la aguja lentamente, la perturbación de las terminaciones nerviosas, que son las que transmiten a nuestro cerebro la sensación desagradable, queda amortiguada... En fin, si supiésemos todo eso, para nosotros el que haya o no haya análisis de sangre... daría igual.

Es el conocimiento de lo que nos puede pasar ante un “peligro” el que nos permite alejar de nosotros toda posibilidad de pánico.

Ante cualquier peligro (no como el caso de la inyección) nos dice la definición

que el pánico es una actitud injustificada. Si es un peligro imaginario porque es una "estupidez" el llegar a una situación de terror. En estos casos conviene ser prevenido, tomar precauciones y pensar si el peligro puede o no constituir una amenaza y en qué grado. Si el peligro es real, se desploma un edificio sobre nosotros y sobrevivimos, no está justificado que un ser que vive casi de milagro todos los días, se deje abatir por la desesperanza y le domine el pánico.

Nunca está justificado "tirar la toalla" entregándose como víctima propiciatoria en cualquier situación difícil. La primera necesidad del ser es la supervivencia, ¡no nos defraudemos a nosotros mismos!

En la figura 42 vemos cómo en el caso de peligro imaginario, la mente es la que machaca al cuerpo creándole una situación de nerviosismo, de angustia, que no se puede justificar, llegando al estrés.

En el caso de peligro real pueden suceder dos casos: que la mente lo advierta antes que el cuerpo y le prepare para hacer frente a la situación y, en el segundo caso, que sea el cuerpo el primero en percibirlo (el pinchazo de un alfiler, un tropezón, el calor de una llama, etc.) y reaccione instintivamente (por instinto animal). Pero esa sensación que percibe el cuerpo llega a la mente, que se hace inmediato cargo de la situación anulando el instinto, comenzando ahora el proceso anímico que nos conduce a la búsqueda de una salvación razonables (por influencia de la razón) o a salvarnos por "chiripa", o a sumergirnos en el pánico, o a hacer que otros también nos sigan en cualquiera de lo que antes hayamos elegido. No se descarta la posibilidad de que, ante tanta excitación, la mente bloquee algunos procesos fisiológicos y se produzca el desmayo.

¿Qué hace la mente (el entendimiento) cuando imagina o se percata de que un peligro puede amenazar realmente al cuerpo al que está unida? Pues acude a su memoria y se pregunta: ¿qué debo hacer ahora? Lo peor viene cuando su conocimiento contenido en la memoria no sabe contestar. Comienza la angustia, el subconsciente, esa especie de memoria de reserva que también acude en ayuda de la mente y a través de los sentidos trata de comunicarse con otras mentes en demanda de contestación. Oye lo que dicen, mira lo que hacen, chillar para obtener respuesta... Y no dudemos hará lo que otros hagan, dirá lo que otros digan, irá donde otros vayan.

Siempre hay, como en todo proceso, una chispa. Ante un hecho catastrófico, se miran unos a otros esperando lo que hay que hacer. Si no se encuentra respuesta, uno, no se sabe bien por qué, inicia la escena. En un momento, o bien se reacciona razonablemente, o bien la histeria aparece por todos lados. El pánico individual se ha contagiado. Aparece la peor forma de comportamiento en una situación de emergencia: el pánico colectivo.

Resumiremos pues, que el pánico es consecuencia de una búsqueda inútil dentro de nosotros mismos de la respuesta que hemos de dar ante un peligro que nos amenaza. La solución es casi de Perogrullo. Tengamos siempre una respuesta que dar.

El pánico colectivo es consecuencia del pánico individual. Evitemos éste y evitaremos el otro.

Vamos a continuación a tratar cada uno de ellos y ver la forma de prevenirlos (qué es lo más adecuado) y si no de atajar sus consecuencias una vez que se han producido.

PANICO INDIVIDUAL

La situación de una persona que ha alcanzado un nivel de excitación tal que el pánico se apodera de ella, es dramática. No tiene nadie al lado para "compartir" su estado o al menos que escuche sus gritos.

Se pueden ver estas personas cuando ocurre un incendio y salen despavoridas, pero no corriendo como sería normal, sino dudando, mirando a todos lados, anonadadas, en definitiva, presas del pánico. Hemos de acercarnos y conducir las, incluso con violencia, hasta un lugar seguro. ¡Cuántas víctimas no lo habrán sido a causa del pánico! En lugar de encontrar por fortuna el camino adecuado se han metido en la "boca del lobo".

Cuando ocurre una catástrofe: una avenida, un incendio, un derrumbamiento, un escape de gas... se encuentran víctimas, a veces en lugares que uno no puede explicarse en buena lógica y solamente tiene explicación si la víctima al verse amenazada por el peligro, perdiera su "sano juicio" e hiciera cosas "a lo loco". No tiene explicación racional o irracional.

El pánico es un factor que agrava el riesgo individual, pues elimina toda voluntad de la persona en hacer frente al peligro. No es exacto decir que elimina la voluntad, más bien la hace desaparecer de la personalidad del individuo. La resignación ante una situación imposible de enfrentar no elimina el conocimiento de la persona. Ello se ha puesto de manifiesto en algunos accidentes aéreos, al haberse encontrado trozos de papel o, escritas en los asientos, frases de despedida de los desgraciados pasajeros hacia sus seres queridos.

Veamos un caso concreto que nos dará pie para poder, desde el punto de vista de protección, no dar oportunidad al pánico para que haga su aparición en un momento de peligro.

Supongamos que, como consecuencia de un cortocircuito, se origina un incendio. Ante las llamas una persona ignorante coge un cubo de agua y lo vierte en el foco del fuego. ¡Quedará electrocutada!

Analicemos el caso. ¿Ha sido su comportamiento racional? Pues no. Esta persona debe razonar que el agua no destilada es un conductor de electricidad y que su cuerpo va a cerrar un circuito eléctrico que le quemará por dentro. ¿Ha sido su comportamiento irracional? Pues no. Si hubiera sido un animal irracional, al no poder apagarlo, hubiera huido.

Por lo que hemos dicho, esta persona ha sentido pánico y ha lanzado un cubo de agua sobre el fuego. También podemos argumentar diciendo que si en vez de haber sido un cortocircuito hubiese sido una papelerera que como conse-

cuencia de una punta de cigarro no apagada se incendia, su actuación hubiese sido correcta. Lo que sucede en el caso del cortocircuito es que esta persona **no sabía** que en los incendios "tipo E" (es decir, en presencia de tensión eléctrica) no se puede utilizar agua para sofocarlos.

Se sabe, por experiencias realizadas con alumnos de bachillerato, que a pesar de repetir muchas veces que el fuego no debe apagarse con agua en lugares donde haya instalaciones eléctricas (por ejemplo: enchufes) hasta que no se "corte la luz", y que deben emplearse otro tipo de extintores, cuando se realiza una práctica por primera vez, el 20 % aproximadamente, sin darse cuenta según justifican, van y cogen la manguera de agua. Es cierto que, a base de repetir la práctica algunas veces, se reduce entre el 20 % hasta el 0 %. No obstante, sabemos que en un incendio real la tensión del momento colapsa el flujo de la memoria hacia la mente y solamente pasa la información almacenada más repetida en la misma... "para apagar el fuego... ¡agua!".

Dicen algunos pedagogos que: "estudiar... no es nada más que repetir una cosa muchas veces". Esto es así, como podemos comprobarlo por nosotros mismos. Si nos preguntan dos más dos, la respuesta es casi instantánea. No diremos nada más que cuatro. Y es que tantas y tantas veces hemos oído decir esa frase y tantas y tantas veces hemos hecho uso de ella, que en cualquier parte de nuestra memoria están grabados esos números. Dice una frase popular "se lo sabe mejor que el Padre Nuestro", indicando que el Padre Nuestro se sabe porque se repite muchas veces y sus frases están recogidas en muchos lugares de la memoria.

Si desde pequeños nos dicen que para apagar un fuego en presencia de electricidad... ¡extintor de anhídrido carbónico (CO₂)! y así continuamente durante años, nuestra memoria se satura de este conocimiento, y al producirse un incendio por cortocircuito y preguntar la mente a la memoria ¿qué hacer?, responderá inmediatamente: "utilizar extintor de CO₂"; nuestra vista buscará a su alrededor ese extintor, nuestros brazos y manos lo desprenderán del soporte, lo manipularán y verteremos su contenido sobre el foco. Aquí se ha actuado racionalmente.

Vemos, pues, cómo el pánico puede evitarse con un conocimiento previo de qué es lo que hay que hacer cuando se produzca una cierta situación.

La figura 43 trata de sintetizar el proceso por el cual se produce pánico cuando el cuerpo (el que materializa la persona) se queda sin control. La **mente** (el cerebro), enterada de lo que ocurre, busca información en la memoria. El cuerpo no responde puesto que la mente ha "cortado" la comunicación entre el **instinto** y el mismo, pues es un ser racional. Si la memoria tarda en obtener la solución que a lo mejor ha de buscar en el "baúl de los recuerdos" (subconsciente), la mente, que también controla los sentidos, capta lo que otros dicen o hacen y ordena a su cuerpo que lo ejecute. Si capta pánico a su alrededor (y su memoria no le dice nada) también hará lo mismo. ¡Qué útil y beneficioso sería para esta persona que no sabe qué hacer, si puede oír nuestra voz o estar a nuestro lado y dejarse guiar!

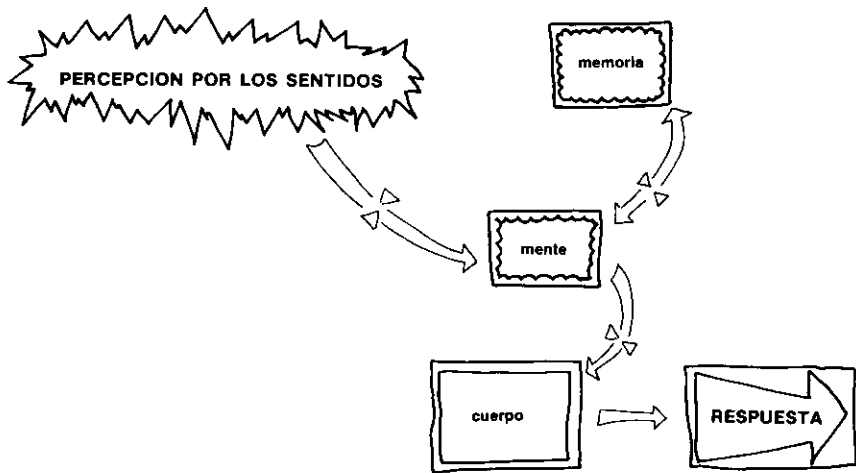


FIG. 43. EL CUERPO RESPONDE SEGUN LE DIGA LA MENTE, QUE SE INFORMA DE LO QUE LA MEMORIA TIENE O DE LO QUE VEA O LE DIGAN OTROS.

En la figura 43 hemos puesto como una especie de "válvula" abierta y cerrada (en negro). Como dicen los psicólogos, la mente, el cerebro humano, es complicado. Así como enseguida nuestra razón impone silencio al instinto (cierra la "válvula" que la conecta al cuerpo directamente, pues éste es animal), también a veces en seres complicados cierra la válvula de la memoria y de la percepción exterior, es decir, se aísla. El cuerpo con un mando, que no le manda nada, y sin la posibilidad de actuar instintivamente, se agazapa, queda quieto. Pero también puede ocurrir que la mente corte con el cuerpo y quede totalmente fuera de juego, algunos lo llaman "en éxtasis". Lo vemos sonreírse y con una paz exterior impresionante ante un peligro que cada vez le cerca más. El cuerpo entonces queda paralizado. Es el pánico en sus últimas fases. No grita, no llora, no gesticula, no se mueve, está prácticamente... muerto.

Conociendo un poco el mecanismo psíquico del pánico, podemos pensar en la forma de actuar como Protección Civil en estos casos.

Existe la posibilidad de conectar con el individuo que tiene pánico mediante los sentidos. Aunque éstos pueden ser también bloqueados por la mente, son lo último que se cierra.

Si nos acercamos, les miramos fijamente a los ojos y más que hablarles les chillamos. No cabe duda que su mente recibirá nuestro mensaje y comunicará al cuerpo lo que hay que hacer; normalmente será seguirnos. Cuando el pánico llega al paroxismo, tendremos que utilizar la violencia para provocar en el individuo un tipo de reacción que le obligue a tomar medidas. Es la explicación por la que se recomienda dar una bofetada a una persona histérica. Ante la agresión la mente vuelve a preguntar a su memoria qué hacer, abriéndose

por tanto el canal que se había cerrado. Cuando el pánico de la persona llega a poner en peligro nuestra propia existencia, entonces se la deja sin conocimiento como sea.

Es el caso de los que se ven en medio del agua sin poder flotar. El que intenta ayudarlos se juega la vida pues, en su afán de asirse a algo, se agarran a su salvador, impidiéndole nadar y arrastrándolo hacia el fondo. ¿Qué es lo que se hace? Se les deja sin conocimiento y ya les podemos salvar.

Es inútil tratar de razonar con una persona que está bajo el efecto del pánico. Sus mecanismos de raciocinio no funcionan. Se debe acudir a dar órdenes y a arrastrarlos del lugar de peligro. Después, el personal sanitario tratará de recuperarlos. Si bien la recuperación en algunos casos pasa por un período de shock, lo normal es que, al desaparecer las amenazas, el individuo vaya recuperando la personalidad perdida, abriendo las "válvulas" que cerró. Como hemos dicho antes, vapuleos, golpes violentos o chillidos, les suelen volver a la realidad. Después se llevan las manos a la cabeza de forma natural pensando en lo anodino de su comportamiento. Ellos no saben por qué actuaron de esa forma.

Conviene reflexionar sobre un hecho real que explica cómo es posible comprender lo ocurrido a una víctima que, más que al peligro, es este caso, imaginario o sobrenatural, hubo de enfrentarse al pánico que le produjo su ignorancia. Los que son de poblaciones pequeñas entenderán el "mensaje" mejor que los de la gran ciudad, menos familiarizados con la idiosincrasia de los aldeanos. Ocurrió hace tiempo (por no haber, no había luz eléctrica) allá por los años treinta, en un pequeño pueblo de nuestro país. El relato es debido al médico, que en aquellas épocas era además el forense, el cirujano, el ginecólogo, el geriatra... era todo. Murió una persona, la más "mala" del lugar, la que tenía "tratos con el diablo". Después del entierro, en unas largas tertulias al lado de la lumbre con un vaso de vino, los hombres comentan el hecho. A pesar de que lo normal es "alabar" al difunto, en este caso tan "malo" era, que nadie decía nada en su favor. El ambiente se caldea y el vino empieza a surtir efectos en aquella fría noche.

—"Hasta muerto, seguirá haciendo daño..." "A saber si está todavía vivo..." "Habría que haberle clavado una estaca en su corazón..." "Si el señor cura me hubiese dejado..." y ...de repente, un voluntario, un valiente: "¡Pues yo, esta noche, a las doce... voy al cementerio y le clavo el bastón!" Silencio expectante (*).

—"Tú... tú no eres capaz ni de entrar en el cementerio..."

—"¿Que no? ¿Que sí?... Apuestas... ¡Dejaría clavado el bastón como prueba de su hazaña!

Minutos antes de dar el reloj del campanario las doce campanadas de medianoche, los hombres del lugar ven desaparecer entre las lápidas al valiente

* Debe saber el lector que no se solía enterrar con caja, nada más que a los pudientes. Los demás... una manta era su mortaja y su ataúd.

paisano que iba a librarles de los maleficios del diabólico ser que habían enterrado horas antes. Su última visión fue la de una sombra que se pierde entre las cruces, envuelta en una manta con un bastón en una mano y un candil en la otra.

Y pasó y pasó el tiempo y... el que entró no salía. Al amanecer fueron a dar cuenta al "cuartelillo" de la Guardia Civil. Y allí se presentó un "número", que entró en el recinto con el "mauser" bien montado, por si acaso... Detrás, con precaución, los amigos. Y allí estaba, de bruces al pie de la tumba del "malo", el bastón caído y medio clavado en la sepultura, y un candil derramado a sus pies.

Llamaron al médico, al cura... El primero dictaminó su fallecimiento, el segundo le rezó un responso.

¿Qué había ocurrido? Ya podemos imaginarnos la comidilla del pueblo y de sus límites. Incluso, nos atreveríamos a decir que el "caso" pasó de la parroquia al obispado.

El médico, hombre creyente y además consecuente, estudió el tema, y tras la autopsia, concluyó que había sido un paro cardíaco. Profundizó sobre el origen del paro, emulando el oficio de su colega Watson (el compañero inseparable de Sherlock Holmes), y averiguó, por lo que la Guardia Civil le dijo, que el cuerpo se halló tendido en el suelo, boca abajo, y sin manta alrededor; ésta se hallaba algo más atrás, enganchada al bastón.

La explicación científica, no creída por la mayoría de la población, fue que, efectivamente, el accidentado llegó a la tumba y clavó el bastón con ánimo de alcanzar las vísceras del cadáver. Ganó pues la apuesta él, y los que por él apostaron. Pero, y esto ya fue el tema de discusión, la punta del bastón perforó la manta... Al dar por terminada su misión se volvió para marcharse... ¡En este momento se sintió agarrado por atrás! (según el prosaico médico, fue que la manta le retuvo por estar inmovilizada por el bastón que dejó clavado en la sepultura como prueba de su "hombría").

Y aquí entramos en el efecto del pánico. ¿Qué hacer en un caso para el que no estamos preparados? Seguramente la mente del valiente preguntaría a su memoria qué hacer. Ante él se presentaría el demonio que, saliendo de la tumba, le arrastraba hacia los infiernos. El shock sería tremendo. Tal vez, si no no hubiera estado solo y sus acompañantes hubieran sabido de estimulación cardíaca, nos lo podría haber contado.

Si en lugar de tener su mente llena de imágenes satánicas e infernales, éstas las hubiese compartido con la imposibilidad de interconexión de un mundo y otro, al sentirse "cogido", hubiese mirado hacia atrás, comprobando que se había enganchado la manta... y hubiera festejado al día siguiente las ganancias de la apuesta.

PANICO COLECTIVO

Hay un término: "simpatía", que además de indicar "amabilidad" y "afabilidad", también significa "afinidad", "inclinación mutua".

Observemos cómo hay momentos en que los gestos de algunas personas (o las de nosotros mismos) son extraños; pertenecen a otras a las que imitan. Es el don de la imitación del que está dotado el hombre. A veces esta imitación es simultánea. Es cuando se denomina "simpatía".

Veamos el proceso psíquico con ejemplos que encontramos en la vida ordinaria. Si entramos en una casa de pianos y pulsamos algunas teclas, entonces otros pianos repiten las mismas notas, se dice que han entrado en "resonancia" o que tienen "simpatía".

Uno de los problemas de los denominados polvorines es precisamente el evitar la "simpatía", es decir, que a consecuencia de la explosión de una munición se produzca la de otras.

Es decir, el proceso que tiene lugar en el piano o en la munición se transmite respectivamente a través de ondas sonoras a otro piano o otra munición, los cuales empiezan a vibrar con la misma frecuencia llegando a emitir un sonido o a explotar.

No pensemos que es que la "simpatía" tiene lugar entre un piano y otro piano o entre una munición y otra munición. Si damos un golpe fuerte sobre el piano, observaremos cómo emite una serie de notas en su interior. El golpe que hemos dado en su caja ha producido unas vibraciones que, transmitidas a través del aire u otro medio, han hecho a su vez vibrar las cuerdas del piano.

Para evitar esta "simpatía", es decir, que un piano haga resonar a otro o que una munición afecte a otra, hemos de interponer algo que interrumpa la propagación de las ondas.

Según un dicho popular, "un loco hace ciento", y es verdad. Hay personas que "vuelven loco a cualquiera" mejor, añadiríamos, a cualquiera que se deje volver loco.

¿Qué hizo Ulises, el sabio guerrero y navegante griego para evitar que él mismo y sus hombres se viesen "encadenados" por el canto de las bellas sirenas y le impidiesen volver a su patria, Itaca? Pues taponó con cera los oídos de los marineros y los suyos propios para impedir que las voces encantadoras penetrasen dentro del oído.

Ante la presencia de un conato de pánico, porque una o varias personas de una colectividad son presa de él, lo que debemos hacer son dos cosas; casi las mismas que hizo Ulises. En primer lugar, que no influyan en nosotros. En segundo lugar, que no influyan en los demás.

Nos situamos en un escenario de emergencia. Un terremoto, un voraz incendio, una amenaza terrorista, etc. En esos instantes, cuando todos quedamos aterrados, que es cuando el intelecto (la mente) pregunta, nos pregunta, qué hacer, debemos reaccionar los primeros (si es que estamos allí). Y debemos reaccionar los primeros porque somos profesionales de la protección; sabemos que no nos tenemos que quedar quietos, o si no, alguien se nos adelantará, pero..., para sembrar el pánico. Una voz serena, fuerte equilibrada que diga sencillamente: ¡por aquí!, es suficiente para que los que no han podido

reaccionar porque su memoria está vacía, perciban esa orden y nos sigan. Actúan racionalmente. Siguen a una persona que sabe lo que hay que hacer.

Si hay varios que dicen ¡por aquí!... porque conocen las técnicas de protección civil y quieren evitar el pánico general, no importa. Si ese "por aquí" trata de significar lo mismo, es bueno. Pero aunque signifique direcciones o actuaciones contrarias, no importa, siempre abedecerá a criterios procedentes de la razón. Habrá revuelo, dudas, pero hay algo que hacer. Hemos llenado la mente de los "ignorantes" y evitado el progreso hacia el pánico. Tal vez la situación sea tal que perezcamos todos, pero hemos luchado, como es nuestra condición de seres vivientes, por nuestra supervivencia; alguna probabilidad puede haber y si la hay, hemos actuado correctamente para aprovecharla. Lo demás hubiese sido entregarse al "verdugo" como "corderos".

¿Y si no hay nadie en el grupo afectado que pueda tomar la iniciativa?

Como hemos indicado, cuando una persona agota, en unos segundos, todo su conocimiento sobre lo que ha de hacer ante un peligro y no recibe información de fuera, se produce el pánico. Y lo que es peor, lo provoca en los demás. Nuestra obligación ahora es delicada. No es tan fácil. En primer lugar, debemos tener nervios de acero para no sucumbir, como los demás, en la histeria colectiva.

Seguramente habréis participado en esta experiencia. Un espectáculo lleno de gente. Una persona, sin saber nadie por qué, comienza a reír (¡es curioso!, pero nunca si empieza a llorar), y en poco tiempo, toda la sala es un coro de carcajadas. Incluso si alguien tose ¿no nos entran ganas de toser?

No nos vendría mal unos tapones en los oídos, como a Ulises. A falta de ellos se hace "de tripas, corazón". Se permanece sordo, pero no mudo.

Es un momento dramático. Los de Protección en medio del peligro real que ha dado lugar a la emergencia y, además, en medio de un grupo de personas dominadas por el pánico. Hemos de protegernos del peligro y hemos de procurar que esas personas histéricas tampoco sufran los efectos del peligro.

La mejor táctica es "asociarse" a ellos. Gesticular "más" que ellos, chillar "más" que ellos. Si se encuentran parados nos meteremos en medio e impulsaremos a los de delante a seguir la dirección acertada. Así arrastraremos a los de detrás a seguirnos. Si están en movimiento, nos pondremos a la cabeza del grupo, entre las primeras filas y no el primero de ellos. Si van en el sentido adecuado únicamente, sin dejar de parecer como ellos, apresuraremos el paso. Si van en sentido contrario, movernos en la dirección más conveniente para que cambien el sentido de la marcha.

Una vez fuera del peligro, trataremos de "calmarnos" y, al mismo tiempo, calmar a los demás. La mayoría se tranquilizarán y empezarán a preocuparse por la situación. El pánico se terminó.

Otros tardarán más tiempo, pero para eso tenemos la ayuda de sanitarios que, con más conocimiento de causa, les darán el tratamiento adecuado.

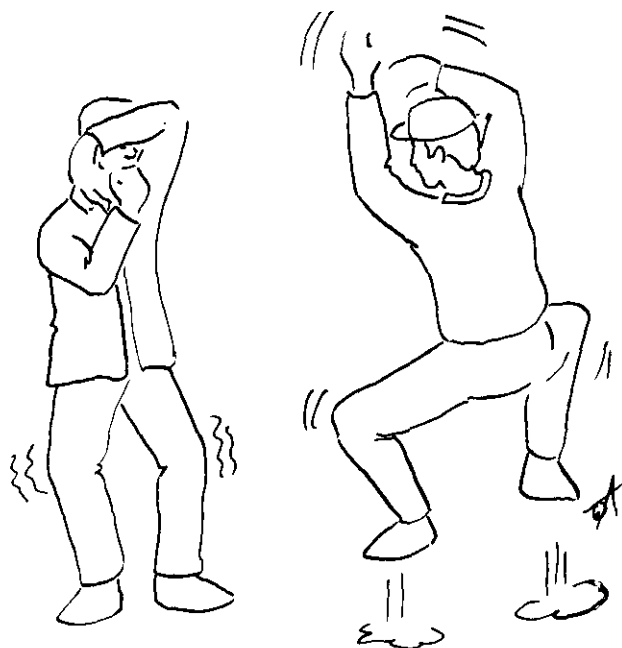


FIG. 44. ASUSTANDO AL ASUSTADO PODEMOS CONSEGUIR SACARLOS DEL ATOLLADERO... ¡TODO "TRUCO" ES BUENO PARA SALVAR UNA VIDA!

Queremos, antes de terminar este apartado, hacer hincapié en la gran ventaja de todo orden que supone la preparación de las personas.

La mejor asistencia social que podemos impartir está en hacer llegar a todos la forma de enfrentarse a cualquier situación de emergencia con criterios amplios, para que sean fáciles de asimilar, rápidos de recordar y útiles de aplicar. El pánico, el terrible peligro que individual o colectivamente nos amenaza en cada situación difícil, quedaría desterrado y por consiguiente aumentaría el grado de protección de cada uno de los ciudadanos.

Como todo plan de enseñanza habremos de empezar por la escuela, por los niños. Cuántas veces oímos voces ensordecedoras, chillidos histéricos, timbrazos nerviosos cuando el ascensor se detiene entre dos pisos. Es un suceso desagradable, pero que ocurre. Nada debe pasar. Los elementos de seguridad, cada día más perfectos, hacen que el suceso sea sólo desagradable. Hay teléfonos de emergencia dentro, alarmas, etc., que nos permiten contactar con el exterior para que acudan en nuestra ayuda. Saber esto es suficiente para que la histeria desaparezca y todo lo más nos llevemos un susto.

¿Por qué cuando un coche se para por avería no se dan estas escenas? Porque se sabe que tarde o temprano cualquier conductor "echará una mano" o los servicios de vigilancia de carretera nos ayudarán.

Dicen que la **cultura** es sinónimo de **libertad**; en Protección, nosotros decimos que el **saber**, en este caso de los peligros que nos rodean, es sinónimo de **seguridad**.

CAPITULO 4

ENTRENAMIENTO PARA ADULTOS Y NIÑOS

ENTRETENIMIENTO PARA ADULTOS Y NIÑOS

El marco en el que se desenvuelve este apartado, corresponde al de una población evacuada que temporalmente queda recluida en un albergue a la espera de volver a sus poblaciones, cuando en ellas se restablezcan las condiciones de habitabilidad perdidas por la catástrofe, o por el contrario, trasladarse definitivamente a otro lugar cuando dichas condiciones no sean fácilmente alcanzables.

En el volumen *La Evacuación, la Dispersión y el Albergue* de estos Apuntes Didácticos, se desarrolló este mismo tema cuando se trató del albergue y más concretamente de la organización que debe existir y de la distribución del tiempo, que a veces se hace "eterno", a fin de hacer lo menos desagradable posible la estancia de los albergados. Se proponían una serie de entretenimientos que tenían carácter familiar, individual o colectivo, distinguiendo tres grupos: niños, adultos y mayores. Las razones que se alegaban para tal distinción y los argumentos utilizados para la asignación de unas u otras formas de entretenimiento tenían su fundamento en la mayor o menor utilidad que cierto grupo tenía para la comunidad. Así, paradójicamente, a los individuos que por su edad y corpulencia parecían destinados a ejercicios duros se les "borraba" de la lista para evitar lesiones que pudieran perjudicar la marcha del albergue.

Por el contrario, a los niños se les procuraban juegos que "agotasen" sus condiciones físicas, no sólo para su natural transformación en adultos, sino para que no diesen mucho la "lata" cuando el resto de los vecinos necesitara descansar.

Los premios eran un estímulo a los jugadores y se procuraba que todos tuviesen esos premios. Las clasificaciones deberían llevarse con la máxima seriedad por algún miembro de la organización, dando así importancia a la parte correspondiente al ocio y que sea considerada como una tarea más dentro de las que han de hacerse para el bien de todos.

Volvemos a recordar la serie de juegos que la Dirección General de Protección Civil tiene para los niños y que cumple el dicho pedagógico "enseñar entreteniéndose".

Dentro del contexto de este volumen, Asistencia Social, vamos a tratar el desarrollo del tema desde nuestro punto de vista de protección para comprender de forma razonada la importancia que tiene el entretenimiento para todos aquellos que, durante una temporada más o menos larga, han de hacer una vida distinta.

ENTRETENIMIENTO PARA ADULTOS

Se dice que entretenerse es "cambiar de oficio". No se considera entretenimiento el "no hacer nada", aunque esto, como manifiesta un dicho italiano, sea dulce (*dolce far niente*: el dulce hacer nada, literalmente), sino, como podemos deducir de la etimología de la palabra, es divertir, distraer, recrear, o sea, retirar a uno de lo que estaba haciendo para hacer otra cosa que le deleite. Pero para hacerlo al menos con el mismo interés.

Cuando se tiene una idea obsesiva que no se va de la mente, siempre recomiendan distraerse, pasear por la calle, irse al cine, oír la radio, leer el periódico, ver la TV..., es decir, "alimentar" nuestro cerebro a través de nuestros sentidos, con escenas, para intentar reflexionar sobre algunas de ellas y conseguir así relegar la preocupación a otro plano de nuestra realidad.

¡Cuántas veces estamos apenados por una cierta situación y basta con que salgamos con los amigos para que veamos las cosas de otro color!

En una emergencia hemos distinguido algunas fases desde el punto de vista de los afectados. La primera es el aviso, el anuncio, la sospecha de que algo va a ocurrir, si afortunadamente pudiéramos saberlo. La segunda es la ocurrencia del hecho. La tercera es la evacuación, si ha lugar a ella. La cuarta fase es la que se corresponde con el albergue.

Durante las dos primeras fases no hay lugar para el entretenimiento. Si se tuviese la "suerte" de que existiese la primera fase, es decir, el alerta o la alarma, nuestro "entretenimiento" sería el dejar de hacer lo rutinario y dedicarnos a prepararnos para el caso de que los avisos previos fuesen fundados. Adoptaríamos pues las medidas de prevención.

Durante la segunda fase, la correspondiente a la situación catastrófica, sería irónico y perverso hablar de entretenimientos. Bastante se tiene con hacer frente, segundo a segundo, al peligro. Toda la atención, incluida la de los niños, debe dedicarse a adoptar en cada momento la medida más adecuada.

En la tercera fase, lejos ya del peligro, podremos hablar, cuando el viaje hacia



FIG. 45. NO CABE DUDA QUE LA MENTE DE ESTAS PERSONAS ESTA EN OTRO LADO.

el albergue es largo, de algún tipo de entretenimiento. Ya dijimos que los autobuses modernos, en los que seguramente se realizará la evacuación, poseen radio, TV, que pueden "desdramatizar" la situación y aliviar el grado de tensión de los viajeros. Si se conecta una emisora local, dará de vez en cuando noticias de las que estarán ávidos los afectados. Esta conexión no es a veces recomendable, cuando el siniestro ha sido de grandes proporciones, pues se esperan noticias que, a pesar de estar preparadas por el Gabinete de Prensa del Director del Plan, siempre alarman a los que de alguna manera les afecta. Y no es agradable cuando se va en un autobús, oír de derrumbamientos, de extracción de cadáveres..., cuando puede ser que el oyente tenga relación directa con lo que se está transmitiendo. Algunos, como es humanamente comprensible, quieren tirarse del vehículo para ir en busca de lo que queda. En estos casos, es mejor conectar con una emisora no local y, si alguno de nosotros acompaña a los evacuados, comunicarles estas noticias con la debida prudencia.

La TV (determinados vídeos) no suelen tener éxito. Solamente es recomendable para niños. Es explicable humanamente que se rechace cualquier tipo de entretenimiento pues la mente, preocupada, solamente quiere dar vueltas sin interrupción a la situación pasada, presente y futura. Solamente nuestra habi-

lidad, sabiéndonos introducir en la línea de sus pensamientos, puede aportar alguna desviación para hacer pensar en otras cosas.

Hace poco, en una evacuación en nuestro país, como consecuencia de una riada, un voluntario, de los muchos que de forma anónima colaboran con Protección Civil, al ver el clima tan desagradable que se desarrolló en el autobús, tuvo la habilidad de desviar la conversación insinuando que si el puente tuviese que construirse de nuevo habría que hacerlo cerca del lugar X en lugar del Y, que era donde estaba. Como la mayoría vivía cerca de Y, no estuvieron de acuerdo y, al recriminarles que el pueblo se había anegado por su culpa, pues echaban toda la basura desde el puente, con lo que disminuían su capacidad de desagüe, las mujeres, sobre todo, se enzarzaron en una acalorada polémica que terminó en el albergue. Los ayes, quejidos, lamentos, maldiciones..., que hubiesen contribuido a aumentar más el pesimismo de la gente hundiéndoles en la desesperación y depresión, se transformaron en argumentaciones fuertes, quizá groseras, pero siempre vivas, que obligaban a las mentes a buscar datos con que rebatir a su oponente.

Es en la cuarta fase donde el entretenimiento se convierte en un elemento esencial para la convivencia en el albergue. Así pues, lo que a continuación se expone está centrado en esta cuarta fase. Distinguiremos entre los criterios sociales asociados a los entretenimientos de los adultos pertenecientes a los grupos críticos y adultos, llamémosles, normales. No es una distinción discriminatoria, simplemente se basa en la diferente manera de entender la situación de unos y de otros debido a sus condiciones propias.

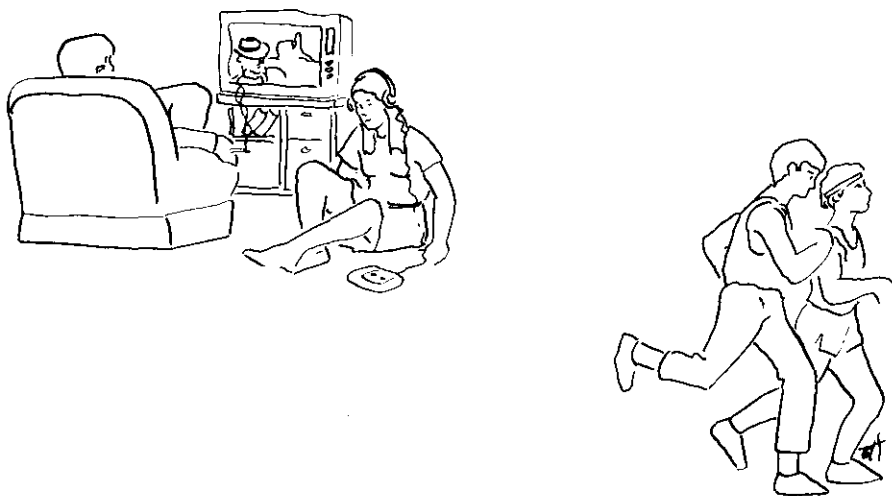


FIG. 46. ¡CUANTA DIFERENCIA ENTRE PASAR UNA TARDE VIENDO TV U OYENDO "ROCK" Y UNA TARDE HACIENDO DEPORTE!
PARADOJICAMENTE, LOS ULTIMOS ACABAN MAS DESCANSADOS.

Grupos críticos

Según hemos indicado en otro apartado, están constituidos por enfermos, impedidos y ancianos. Si bien la evacuación o el traslado, que son las únicas medidas de protección que requieren posterior albergue, pudieran hacerse de forma separada según los medios y la oportunidad del momento, éste ha de compartirse. Tendremos que eliminar los enfermos graves que serán ubicados en centros sanitarios adecuados a su enfermedad. Los impedidos no es conveniente separarlos, a no ser que necesiten unos cuidados excesivos; en este caso pueden ser considerados como enfermos. En cuanto a los ancianos, éstos deben acudir al albergue como ya dijimos, pues en cierta medida son necesarios.

La situación de inferioridad que padecen no debe ser óbice en ningún momento de discriminación, pero aún menos en circunstancias anormales que pueden incluso haber sido la causa de que se encuentren más solos, si han perdido algún familiar, amigo o pertenencia. Por ello, si hay entretenimientos, que los haya para todos de acuerdo cada uno con sus facultades y personalidad.

La satisfacción de participar (y ganar) en una competición está en el esfuerzo que supone el llegar al final de ello (aunque no se gane). Y es malo que se inicie la competición con inferioridad de condiciones pues ésta merma voluntad al individuo de ganar, y lo que debería ser un entretenimiento acaba siendo un sacrificio o, en el peor de los casos, una frustración.

Y así, como recomendamos en el volumen *La Evacuación la Dispersión y el Albergue*, los "profesionales" de algún tipo de juego o deporte, no deben jugar al mismo, pues siempre ganarían; tampoco se debe hacer en el caso de los grupos críticos. Lo contrario, es decir, dar entrada a "neófitos" es aceptable con tal de que los demás compañeros de juego lo sepan. Se consigue así que el novato ponga un gran interés en el aprendizaje.

Enfermos

Desgraciadamente, un enfermo está para "pocos juegos". La fiebre no le permite concentrarse, incluso puede empeorar si practica algún deporte.

Tal vez, si la fiebre es ligera, la lectura será lo que mejor le vaya, u oír la radio o ver la TV. En estos dos últimos casos, deberá salir de la cama e ir al salón recreativo. Si, como es usual, los enfermos están en una sola sala (hombres y mujeres, separados) no es lógico que se lleven allí los aparatos receptores que puedan molestar a los demás.

No recomendaremos ningún otro tipo de entretenimiento, pues es deseable que, cuanto antes, salgan de su postramiento.

Impedidos

Existen diferentes clases de impedidos: los que carecen o tienen atrofiado algún sentido: la vista, el oído, sordomudez... y los que no pueden mover alguna de sus extremidades, piernas o brazos.

Respecto a los primeros, por sus características especiales, destacan los ciegos. Prácticamente tienen vedados todos los juegos excepto los de mesa, y muchas veces con la ayuda de personas normales. La radio y los libros en sus ediciones para ciegos son buenos entretenimientos. Algunos ciegos que han sido convenientemente instruidos tienen facilidad para desarrollar algunas habilidades, pero que es difícil que compartan con otros ciegos. Podemos, pues, inducirles a la conversación y a la preparación de conferencias centradas fundamentalmente en las especiales características de su vida y experiencias.

Con ello, ellos se desahogan, al sentirse escuchados en sus desgracias y, los demás, la audiencia, se consuela al ver que hay otros con mayores motivos de queja que ellos. Recordemos aquí ese dicho de "mal de muchos, consuelo de tontos", o aquellos versos de... "cuentan de un sabio que un día / tan pobre y mísero estaba / que sólo se sustentaba de las hierbas que comía / ¡Habrá otro –entre sí decía– tan pobre y mísero como yo! / y cuando el rostro volvió halló la respuesta habida / ... que otro sabio iba cogiendo las hierbas que él arrojó".

Los demás impedidos de este primer grupo, los sordos, mudos o sordomudos, pueden participar en juegos de mesa y deportivos. Si ya saben, el tema se resuelve fácilmente; se les incorpora con el resto de los albergados a los diversos grupos que se formen. Si no saben, trataremos de enseñarles o que otros les enseñen. Con ello hacemos una gran labor social, pues capacitamos un poco más a estos impedidos a incorporarse a una vida normal.

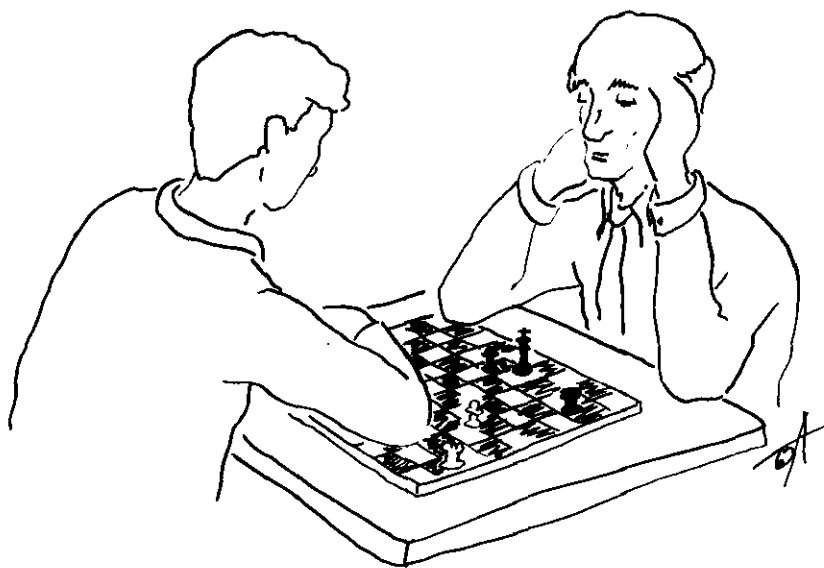


FIG. 47. ¡CUANTOS MECANISMOS PSÍQUICOS SE PONEN EN MOVIMIENTO... A PESAR DE LA APARENTE CALMA QUE LES RODEA... PARA PODER CONSEGUIR EL TRIUNFO!

Se da la circunstancias de que la naturaleza no suele ser "malvada", y si por un lado quita esas facultades de los sentidos a algunas personas, les da por otro lado otras. Lo que hay que hacer es desarrollarlas. Hay ciegos que son poetas, y buenos poetas. Todos hemos contemplado las obras de arte que hacen algunos minusválidos. Son insustituibles en trabajos en los que la paciencia es fundamental. No es una utopía suponer que en el ajedrez, damas, billar y juegos no completamente de azar, sean los primeros, por su enorme capacidad de concentración. El "ping-pong" y tenis son buenos deportes para este tipo de ciudadanos.

Pasemos al segundo grupo de impedidos. Podemos suponer que los peor dotados son los que no pueden utilizar los brazos. Efectivamente, si son las piernas las paralizadas, mediante sillas o muletas puede sustituirse su movimiento.

Los que manejan las piernas pueden participar en competiciones deportivas, pero la falta de control sobre los brazos le hará seguramente caer con frecuencia o no poder "medirse" con los demás, lo que les llevará a la frustración.

Hemos visto que, actualmente, existen Olimpiadas de minusválidos. Pero estamos en un Albergue en el que no se esperan más de dos o tres personas, como máximo, que padezcan estas taras y, además, no estarán seguramente entrenados por personal cualificado.

Lo prudente es que estos impedidos no participen más que en juegos de mesa, y que, al que no pueda valerse de las manos (que a lo sumo serán uno o dos), le sustituyamos esta carencia por nuestra aportación o la de otro vecino (que incluso puede ser un niño o un mayor).

Si no están interesados en estos juegos, sino que prefieren los entretenimientos pasivos: lectura, radio y TV, trataremos con alguna insistencia de animarles para participar en los otros, los activos, ya que el esforzarse por su parte en este tipo de entretenimientos es una buena terapia para olvidar o mitigar el olvido de la realidad.

Muchos paralíticos de piernas hacen ejercicios de tronco y brazos para evitar la obesidad. Debemos procurarles la forma de que hagan estos ejercicios, colgando de forma sólida alguna cuerda para que puedan sujetarse a ella. También son aficionados a la pintura y nos será fácil conseguir el material. Les animaremos a que materialicen plásticamente sus impresiones de la tragedia vivida. Con ello, a pesar de que ahondaremos más en lo que hemos dicho –que deberíamos evitarles el recuerdo de escenas pasadas–, no cabe duda que si sugerimos plasmarlas de forma artística para luego ser contempladas por otros o incluso publicadas, ese espíritu artístico que todos llevamos dentro se superpondrá al mero recuerdo desagradable, y lo adornará con otros elementos que, traídos a la memoria, difuminarán el drama, por muy duro que sea.

El argumento que hemos dado anteriormente podemos aplicarlo a cualquier artista (escritor, pintor, músico...) que se encuentre entre los albergados.

Ancianos

De los grupos críticos es el más numeroso. Pueden participar en todos los juegos de mesa, colaborar en las conferencias y en los deportes en que no tengan posibilidad de salir lesionados. Unos, por su avanzada edad, no podrán jugar al baloncesto, o correr una distancia determinada, aunque pequeña, o saltar una cierta altura, aunque mínima; pero otros sí que podrán hacerlo, y les apetecerá, por el noble deseo de emular a los jóvenes, pero no deben hacerlo. Una caída en mala posición, que le pasa a cualquiera, no sólo resta efectividad al grupo de albergados, sino que suma un problema más.

Dicen que el paseo es lo más conveniente para los ancianos, para los verdaderos ancianos. Para aquellos que por el bien del albergue les consideramos así, se puede sustituir por el denominado "footing" o "jogging", que está más de acuerdo con la capacidad muscular de su edad.

Estos "ancianos" serán los que, después de la rutina diaria, tendrán que reunirse para "enfrentarse" al futuro mediante los mil y un problemas burocráticos y administrativos que surgen después de una catástrofe, del "regateo" continuo de las indemnizaciones y pólizas; por ello, habremos de "conservarlos".

No es conveniente, pero tampoco prohibitivo, que los ancianos de verdad se mezclen en los juegos de mesa con el resto de la población. La idea de entender el juego es distinta. Su edad les hace considerarse como mentores de los demás, incluso en una partida de cartas. Si lo que intentamos son unos momentos de esparcimiento para todos y con el mejor resultado posible, el perder ante personas que puedan ser sus hijos o sus nietos puede serles frustrante.

Sí que pueden enseñar aquellos juegos a los más jóvenes que, hoy en día, con otros instrumentos de ocio más cómodos, no los conocen. Y, sin embargo, son más saludables.

Según las experiencias realizadas, sobre todo en poblaciones pequeñas y que nosotros podemos perfectamente comprobar, los jóvenes que se pasan largo rato en sus casas enfrascados en la lectura o aturdidos por los auriculares o amodorrados ante la pequeña pantalla, tienen un comportamiento más insociable y estéril (socialmente hablando) que aquellos otros que, en pandilla, salen a dar un paseo, echan la partida del café, o le "dan" al ajedrez. Y ello es lógico. Los primeros se encierran en sí mismos, recibiendo estímulos artificiales fabricados por otras personas, a lo mejor de forma de pensar distinta. Son menos receptores de los estímulos extraños. No aportan nada ellos mismos. Su creatividad es nula. Por el contrario, los otros, para seguir de una situación a otra han de aportar algo de sí mismos. El discutir o comentar o intercambiar ideas con los demás necesita un ejercicio mental para imponer su oposición. El tener que poner sobre la mesa una carta de la baraja requiere una reflexión previa o el mover una pieza del ajedrez, damas u otro juego cualquiera, necesita una meditación sopesada adecuadamente.

En estos albergues, debemos incitar a todos a jugar y pedir a los ancianos

que aporten su saber para enseñar a los jóvenes. No mostremos interés en entretenimientos de tipo pasivo, con ellos tal vez consigamos un estado depresivo mayor que el que normalmente se alcanza.

Adultos no pertenecientes a grupos críticos

A pesar de que no los hemos considerado como tales, como miembros críticos, en la fase del albergue los adultos son los que seguramente necesitarán un mayor cuidado por nuestra parte. Son, además, los más numerosos. Los que no tienen pretexto para dejar de hacer aquellas tareas que les son encomendadas por la Organización. Son los que más han perdido: su futuro.

Los ancianos siempre hablan de vivir de sus rentas o de los demás; los impedidos estarán atendidos por organizaciones sociales; los enfermos esperan curarse. Los adultos que no pertenecen a estos grupos esperan vivir y "sacar adelante" sus familias con su trabajo. Si estaban ya instalados cuando ocurrió la catástrofe, su desesperación es grande, y si no lo estaban, han visto truncadas las perspectivas que podían tener.

Los adultos pertenecientes a los grupos críticos ven en nosotros una ayuda, pues lo necesitan para compensar las limitaciones impuestas por sus taras. Nos consideran "amigos". Los otros adultos, la mayoría, ven en nosotros la fría cara de una Administración que nos trata como número en sus estadísticas. ¡Y no digamos si la catástrofe se ha originado por un accidente asociado a una industria, a un transporte, a la rotura de una presa, al desbordamiento de un embalse, es decir, a un hecho imputable al progreso!

Pasados algunos días, pocos, quizá dos después de la tragedia, han de enfrentarse con el lento regreso a la normalidad. ¿Qué solución se dará si las casas han sido destruidas? Si los recursos de la población han desaparecido, ¿cómo se arbitrarán otros?, ¿cuáles serán las compensaciones?, ¿cuánto durará la situación? Y con todos estos antecedentes, aparecemos nosotros y les decimos que ¡vengan a jugar una partida!

La situación puede resultar tensa, y por ello, tendremos que hacerles más reflexiones. No cabe duda que esas personas tan necesarias para la buena marcha del albergue y para la posterior vuelta a la normalidad, no han de alterarse psíquicamente. La organización que se crea para gestionar la vida en el albergue, como vimos en el volumen correspondiente de los Apuntes Didácticos, dedica un cierto tiempo al ocio. Por congruencia con sus actuaciones deben seguir el programa, máxime cuando se prevén castigos a los que no hacen las tareas que les corresponden y cuando a este tiempo de ocio le siguen unas reuniones en donde se dan cuenta de cómo está la situación.

No es que el albergue sea una dependencia militar donde la disciplina es inflexible, no. No se trata de que de 17.00 a 18.00 horas haya que jugar al "mus" obligatoriamente. Cualquiera que tenga que hacer otra cosa, que la haga, pero que no todos tengan que hacer otra cosa y los mismos días.

Un miembro de la organización del albergue redacta de vez en cuando (lo normal es semanalmente) un calendario de actividades recreativas y de com-

peticiones en donde están recogidos los participantes, que, exceptuando los enfermos, deben entrar todos, incluso los niños. Está claro que si alguien se niega a participar en el juego o la competición perjudicaría a los demás. Y si esa negativa no tiene justificación, sería aún más grave el asunto, pues constituiría un acto de insolidaridad.

Estas reflexiones pueden ser hechas de manera informal, junto a las recomendaciones de que sería beneficioso participar; tanto por uno mismo como por los demás. El juego sereno, por jugar, devuelve a su sitio las neuronas que hayan podido salirse de su normal situación, y el deporte como simple procedimiento de competir y compararse con los demás, elimina, a través de nuestros músculos, el estrés acumulado durante la jornada.

Cuando se vea el resultado de nuestros consejos, al notar que antes de la reunión o por las mañanas se tiene la mente más lúcida, comprenderán la bondad de nuestras recomendaciones.

ENTRETENIMIENTO PARA NIÑOS

A pesar de ser el grupo de la población más afable y estimado, son los que mayores dificultades presentan para poderlos retener en el albergue de forma más o menos controlada. Tanto si pertenecen a un grupo crítico de enfermos impedidos, como si no, su espontaneidad y comportamiento impulsivo nos conducen a tener que adoptar medidas especiales.

Si están enfermos (y como hemos dicho, sólo se admitirán enfermos leves en el albergue) difícilmente podrán ser retenidos en la cama. Si tienen fiebre, ellos mismos se quedan quietecitos, rendidos por ella y, todo lo más, exigen la presencia de algún familiar. Al día siguiente estarán bien. Si la fiebre no es alta y oyen a otros niños corretear, lo normal es que se escapen al menor descuido. Conociendo eso, que todos hemos hecho, trataremos de que no se vayan descalzos o sin abrigo en tiempo frío. Tal vez algún programa infantil, o un cuento, serán el único medio para mantenerlos a cubierto.

Si están impedidos, el caso es quizá más dramático, pero tal vez el de solución más sencilla, pues ellos conocen perfectamente sus limitaciones y están acostumbrados a estar solos o con personas mayores. Aquí la labor de los abuelos es importante. Algún anciano habrá que con gusto les acompañe y les haga pasar el rato. Hay juegos como la oca, el parchís, la búsqueda de palabras, etc., que se pueden organizar entre impedidos. Si se organizan clases para que los niños no pierdan el hábito de estudiar, los impedidos tendrán un trato de favor al ayudarles en algo. En la vida normal, con los ajetreos de todos los días, estos niños impedidos reciben el mismo trato que los demás, cosa por otra parte defendible, pero en una situación como la que tratamos, la soledad se nota más, y es conveniente no acentuarla.

CAPITULO 5

COMPETICIONES RECREATIVAS

COMPETICIONES RECREATIVAS

Como en el apartado anterior, vamos a profundizar desde el punto de vista de la asistencia social, en la conveniencia de estas competiciones, pues su organización, desarrollo y gestión quedaron definidas en el volumen *La Evacuación, La Dispersión y El Albergue* de los Apuntes Didácticos.

No hacemos aquí distinción entre diferentes grupos de población o por sus facultades más o menos óptimas para competir, pues la finalidad buscada es la de introducir en el ambiente tenso del albergue, o del lugar elegido por las autoridades para que los evacuados vivan de forma temporal, un componente de relajación y al mismo tiempo de ánimo y esperanza para afrontar las incógnitas que el futuro puede deparar.

Se podría decir que lo mejor sería dar buenas palabras, hacer promesas, "pintar todo de color rosa", como si la catástrofe hubiera sido una "bendición del cielo". Con ello todos nos animaríamos y algunos incluso se alegrarían de los malos ratos pasados.

Pero, por experiencia, sabemos que esto no es así. Desgraciadamente, las "mentiras piadosas", hechas con insistencia a una comunidad para darle ánimos, son un error. Pueden, eso sí, en un momento determinado, utilizarse a modo individual, como a veces nosotros mismos hemos recomendado, en el mismo momento de la catástrofe, para sacar de una situación comprometida a una persona afectada.

En lugar de trabajar la imaginación para que los afectados crean en expectativas que son pura ilusión, hemos de trabajar el espíritu de solidaridad y de

lucha contra la adversidad. Esto se consigue dotando al individuo de mecanismos psíquicos que, poniéndole ante "algo" que tenga que encarar y si es posible vencer, polarizan su norma de conducta hacia actuaciones positivas que le permitan ver el futuro con esperanza. Y esos mecanismos se generan promocionando las competiciones recreativas.

Podemos distinguir entre competiciones "blandas" que son las que indicaremos y que deben seguir las personas "duras", por lo que ya quedó dicho que hay que conservarlas, y competiciones "duras" para las personas "blandas": niños, mayores y jóvenes.

Supongamos una simple partida de ajedrez. Los contendientes, que saben que se juegan un puesto en la clasificación y un premio, se concentran al máximo tratando de descubrir los pensamientos del que tienen enfrente para desbaratarle su táctica y así conseguir imponer sus objetivos. El ajedrez es un juego "blando", pero tremendamente eficaz para mantener la mente despierta y reflexionar no sólo sobre nuestra situación, sino sobre la situación del contrario.

El juego de la baraja, como el "mus", también es una competición blanda, pero obliga a una colaboración con el compañero para hacer frente a los otros.

Hemos citado solamente estos dos ejemplos de juegos "blandos", que nos hacen comprender mejor, cómo para conseguir algo en un medio donde hay intereses diversos, lo mejor es reflexionar, pensar, "dar muchas vueltas", flexibilizar posturas, levantarse si uno está en mala posición, tener "rachas" de tranquilidad, etc. Preparamos así la mente para competir, tanto en el juego como en la realidad de la situación.

Los juegos "duros", además del espíritu competitivo, provocan una eliminación de hormonas y traen consigo una relajación física, lo cual siempre es bueno entre los jóvenes que practican dichos juegos.

No cabe duda que dedicando algún tiempo a estos ejercicios conseguimos enderezar algún mecanismo interno que se nos haya desviado hacia posiciones extremas, hacia el pasotismo o hacia la resignación piadosa. Estas competiciones nos colocan adecuadamente en el camino de la "lucha" que habrá que librar entre los propios vecinos, las autoridades y con nosotros mismos.



La intención de este volumen de ASISTENCIA SOCIAL, dentro del contexto de la colección Apuntes Didácticos, editados por la Dirección General de Protección Civil, ha sido el salirse de la fría técnica que todos los profesionales de protección debemos conocer y situarnos dentro de las condiciones humanas de la víctima.

Es indispensable conocer la metodología con la que hemos de aplicar los primeros auxilios, o efectuar un rescate o conseguir el salvamento de los afectados por una catástrofe o siniestro. Es fundamental conocer la forma de

sofocar un incendio, desenvolverse en ambientes contaminados, controlar el tráfico en diversas circunstancias (accidente, evacuación, riadas...), buscar supervivientes, rescatar víctimas. Es necesario saber organizar una evacuación, una dispersión, un albergue, un transporte, montar campamentos. Pero todo eso quedaría dentro de un frío marco de tareas, si no le aplicamos un componente humano.

Muchas personas quedan en una catástrofe sin cobijo, sin familiares, sin recursos... No es que nosotros, los de protección, vayamos a construirles nuevas viviendas, o darles a los seres queridos o amigos perdidos, o a proporcionarles medios para una nueva vida. Nosotros habremos de estar con ellos desde el principio y tratar de salvar esos "baches" anímicos que sufrirán. Restañar esas heridas tan profundas que no se ven con la vista ni se curan con instrumentos quirúrgicos, sino con la mente. Y así el tratamiento de esas "llagas" no puede conseguirse con aquellos mecanismos superficiales que cicatrizan cortaduras o colocan en su sitio un brazo o pierna dislocados o entablillan una extremidad rota, sino con la comprensión del dolor, la solidaridad en la soledad y la asistencia en el desconsuelo.

Hemos pretendido dar en este volumen las fases por las que atraviesa un ser humano cuando se barrunta un peligro, cuando se soporta y cuando termina dejándole en la más completa miseria.

Hemos tratado de profundizar en su psique para conocer qué es lo que pasa por su mente, qué amarguras le torturan, qué recuerdos le persiguen, qué esperanza le conforta... Hemos, en fin, intentado acercarnos al ser humano que sufre, no con un botiquín más o menos complejo para curarlo de sus heridas, no con una camilla para trasladarle, no con una bolsa de alimentos o ropas para nutrirle..., sino con espíritu solidario para compartir con él esos dramáticos momentos y encenderle una luz de esperanza y resignación.

Nos hemos centrado con mayor insistencia en los más débiles, en los grupos críticos. Hemos analizado sus limitaciones, su forma de pensar, su problemática en una situación de emergencia y, comprendiendo su situación, hemos procurado que, a pesar de sus taras, compartan el mismo riesgo que sus vecinos. No podemos permitir que un paralítico no corra porque le faltan las piernas, o un ciego no encuentre la salida porque su vista es deficiente, o un enfermo postrado en cama no tenga oportunidad de salvarse, o un niño solo en la calle no pueda encontrar de nuevo a sus padres, o un anciano se resigne a esperar lo peor porque sus largos años le encadenan a su suerte.

Podíamos haber concebido el contenido de este volumen como una lista interminable de cuadros estadísticos de los que pudiésemos deducir las bajas que se producen en cada catástrofe, lo mal que lo pasan los minusválidos y cómo podríamos disminuir el número de víctimas para la próxima vez. Es decir, aplicar las técnicas que existen para levantar el ánimo. Hemos preferido introducir esas técnicas al hilo de los sentimientos de los afectados no de forma automática sino comprendiendo sus problemas y discriminando la situación de cada uno de ellos.

Por fin, con nuestra asistencia en los albergues, nuestra intención ha sido la de encender una lámpara de futuro para los damnificados, haciendo florecer en ellos una llamita de ilusión, al comparar los entretenimientos y competiciones recreativas como un juego paralelo a lo que habrán de afrontar en adelante dentro del marasmo administrativo, judicial, burocrático, de incomprensión y de desesperanza que encontrarán.

A diferencia de los otros volúmenes, hemos tratado no de una protección al soma, sino al psique, no al cuerpo, sino a la mente (al alma para los creyentes), no a la víctima, sino al superviviente.